

ALFONSO
VALLEJO

BIBLIOTECA

Fernando Vallejo

Los días azules



FERNANDO VALLEJO

Los días azules

El río del tiempo N°1

Sinopsis

Esta novela, primera del volumen *El río del tiempo* y publicada originalmente en 1985, resalta las reflexiones autobiográficas que son comunes en la obra de Vallejo. Su nefasta relación con el catolicismo, sus pensamientos sobre la actividad creativa y la literatura, la visión sobre las costumbres de su región, la relación con su padre, el boom latinoamericano son algunos de los temas donde ancla ese explosivo pensamiento que ha sido fundamental para el desarrollo de su carrera literaria. 'Me pasé la infancia y la juventud en misa o leyendo novelas, y tantas oí y leí que perdí la fe: en dios, cosa que para los efectos de la literatura poco importa, y en el novelista de tercera persona que sí. Hoy por hoy no piso ni una iglesia ni de turista y no leo una novela ni a palos... me escapé del boom que no sé en última instancia qué fue.'

Autor: Vallejo, Fernando

©2012, Alfaguara

ISBN: 9789587584431

Generado con: QualityEbook v0.75

Los días azules

¡BUM! ¡Bum! ¡Bum! La cabeza del niño, mi cabeza, rebotaba contra el embaldosado duro y frío del patio, contra la vasta tierra, el mundo, inmensa caja de resonancia de mi furia. ¿Tenía tres años? ¿Cuatro? No logro precisarlo. Lo que perdura en cambio, vívido, en mi recuerdo, es que el niño era yo, mi vago yo, fugaz fantasma que cruza de mi niñez a mi juventud, a mi vejez, camino de la muerte, y la dura frialdad del patio. Ah, y algo más: la criadita infame que a unos pasos se convulsionaba de risa.

La escena absurda se repetía a menudo y la veían de Marte: se repetía con la certeza del aguacero del dos de mayo, día de la Santa Cruz, cada vez que salía mamá, muy confiada, de compras al centro, dejándome al cuidado de la criada, y a ella el encargo de no olvidar mi chocolate con pan de dulce de las tres de la tarde.

—Hoy no hay chocolate —decía riéndose, a las tres, socarrona, la maldita.

Y yo emprendía una veloz carrera, viento de furia, por el corredor que llevaba al patio, y en el patio, puesto de rodillas como musulmán en oración (Alá es grande y Mahoma su profeta), empezaba mi plegaria de golpes: ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! La frente del niño rebotaba contra la baldosa del piso en un redoble in crescendo rítmico, furibundo, y los tornillos, las tuercas, las ruedas, las roscas, los clavos, los muelles, los ejes, las cuñas, las hélices, el cigüeñal, el torniquete, el embrague, las coordenadas, las abscisas, los planos, las líneas, las simetrías, el sutil engranaje todo de mi cabeza se iba aflojando, desajustando, borrando, hasta que la pobre se convertía en una calabaza hueca que seguía dando tumbos, ciegos, sordos, por inercia de la furia, contra la terca inmensidad del mundo. La sirvientica taimada en tanto, llegada de la cocina, iba cambiando colores, del rojo encendido al blanco pálido, apretándose la barriga para no reventar de risa. Y la onda de su risa se cruzaba con la onda de mi furia, y juntas dejaban la atmósfera, la Tierra, y seguían rumbo a Marte, donde las captaban en sus aparatos los sabios marcianos.

Vivíamos en la calle de Ricaurte. Ricaurte el héroe, el prócer, ya saben, el que durante la guerra de Independencia se voló con todo un parque de pólvora para no dejarlo caer en manos de los realistas, gachupines enemigos de la patria. Los percusionistas y los héroes somos así. Tercos, irrevocables, porfiados. Qué le vamos a hacer, nos viene de familia. Mi abuelo, sin ir más lejos, era famoso en su

pueblo, Santo Domingo, porque logró lo que nadie: hizo mover una mula.

Por el camino de herradura de Santo Domingo a San Roque, en la cima de una montaña, la mula resabiada se detenía y se negaba a emprender el descenso, a seguir adelante. Le clavaban los espolines, le daban de palos, la cubrían de insultos, le quemaban la cola. Nada, no seguía, no cedía. No daba un paso más: se había detenido, y hasta aquí llegamos.

—Pero, ¿qué más te da, inmundada, seguir adelante o volverte atrás, si de todos modos vas a ir de bajada?

No, no había forma. Nadie logró hacerla dar un paso adelante, llegada a lo alto de la montaña. Cedía el jinete, volvía la brida, y la mula tornaba a ser lo de antes, un animal dócil y sumiso... pero de regreso a casa, por el camino andado. De ese alto desde donde se divisaba San Roque, no hubo empeño humano que la pudiera hacer pasar. Lo consiguió mi abuelo. Armado de libros, sombrilla y fiambarrera, yendo de por medio una apuesta y su honor de caballero, emprendió en la mula el camino de Santo Domingo a San Roque. Al llegar al alto la mula terca se detuvo, pero en vano se quedó esperando la insensata el chaparrón de injurias, de golpes, de espuelazos, o el incendio de la cola. Nada, nada de eso, habían cambiado de política. Bajo el tórrido sol del trópico mi abuelo abrió un libro y la sombrilla de su paciencia, empezó a leer y siguió sentado. Zumbaban las moscas, planeaban los gallinazos, chillaban los gavilanes. Fueron corriendo las horas y la mula terca seguía en pie y él sentado. En el gran paisaje opaco de montañas la escena inmóvil parecía el cuadro de un duelo. Al atardecer, motu proprio, la mula dio un tímido paso hacia adelante, otro, otro, y echó a andar decidida pendiente abajo, rumbo a San Roque.

Gran señor mi abuelo. De niño atravesó una pared de bahareque a cabezazos. De viejo se embarcó en un gran pleito. Tenía un lanchón que cargaba racimos de plátano por el río Magdalena y se lo hundió un barco petrolero. De ahí el gran pleito. Desde mis más lejanos recuerdos el pleito estaba en curso, y lo vi llevarlo, entre arrumes de requisitorias y memoriales, de estampillas y papel sellado, del Juzgado al Tribunal, del Tribunal a la Corte, de la Corte al Consejo de Estado. Lo prosiguió por años: durante mi infancia, mi adolescencia, mi juventud, y lo falló su muerte. Algún día he de volverte a ver, abuelo, en las encrucijadas del sueño...

Por en medio de la calle de Ricaurte pasaba un arroyo, manso, terso, cristalino, la quebrada Santa Elena. En Antioquia, donde todo lo trastruecan y

ponen de cabeza, a la Antioquía bíblica, para no llamarse como ella, le cambiaron el acento; y llaman al arroyo quebrada, confundiendo la depresión del terreno que forman en el fondo dos montañas con el pequeño cauce de agua que usualmente corre por ella. Digo esto para que nos vayamos entendiendo. La quebrada Santa Elena, pues, dulce, tintineante, cristalina, bajaba apacible con su música de aguas de lo alto de la montaña, del cerro Pan de Azúcar, en triángulo impecable. Pero detrás del cerro hay otro cerro, y otro y otro y otra montaña, y en mayo, el mes de las lluvias, cambiaba la cosa. Saltaba una chispa, brillaba un relámpago, sonaba un trueno y se soltaba el chubasco, el gran chaparrón de gotas grandes, vulgares. Y por los cerros y las montañas empezaba a rodar el agua. Y las fuentecitas se volvían arroyos, y los arroyos ríos, y ríos y arroyos iban a dar a la Santa Elena, que engrosada por infinitos torrentes cambiaba de nombre y se tornaba en una avalancha: La Loca, la quebrada La Loca.

Rugiendo, despeinada, La Loca se lanzaba sobre Medellín amenazante. Era el día de la Santa Cruz, el dos de mayo, en que en Medellín siempre llueve. Llueve porque llueve, así digan que las bombas atómicas trastornan el clima, porque en Medellín la lluvia del día de la Santa Cruz no es una lluvia: es una prueba de la existencia de Dios. Y Dios existe, ¿o no? Mi tío Ovidio, que tiene nombre de poeta latino, dice que no. Pero Ovidio es un descreído. Y a los descreídos el día de la Santa Cruz les tapábamos la boca.

—Hoy llueve, vas a ver, y me dices si Dios existe o no existe.

Y más temprano o más tarde, se soltaba la lluvia. Era el *argumentum meteorologicum*, rotundo como una pedrada.

Dos de mayo, día de la Santa Cruz, a la hora en que en Antioquia oscurece, seis de la tarde. Estábamos rezando lo que se reza ese día, los mil Jesuses, más largos que tres rosarios:

—Si en la hora de mi muerte el Demonio me tentare, que se aparte de mi lado porque el día de la Santa Cruz dije mil veces: Jesús, Jesús, Jesús...

Y así hasta llegar a mil, repitiendo el encabezamiento cada diez Jesuses, y marcando de diez en diez con un granito de maíz que iba a engrosar un montocito que se comían los pollos.

—¡Saquen esos pollos de aquí que se están comiendo los maíces! —gritaba mi abuela.

No respetaban ni el maíz de la santa religión, ¡qué atrevidos!

—Jesús, Jesús, Jesús —volvía a decir la abuela coreada por una salmodia de voces infantiles.

Cuando de súbito se oyó un retumbo: ¡Buuuuuuuuuum!

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

—¡Se soltó La Loca! —gritaron afuera.

Y nos asomamos a la calle. Sonora, rugiendo, furibunda, bajaba La Loca de la montaña dando tumbos, entre relámpagos y truenos, desmelenada. Se diría una culebra inmensa, inmensa, que hubiera perdido el juicio. O una cabra. Brincando de aquí para allá, rebotando con su cauda de aguas, anegándolo todo.

—¡Adentro! —ordenó la abuela.

Y nos metimos a la casa.

—Pero abuelita, ¿por qué la Santa Elena, que es una santa, el día de la Santa Cruz precisamente se vuelve un demonio y se aloca? No entiendo.

—Ya dejen de preguntar tanto, niños, y a seguir rezando: Si en la hora de mi muerte el Demonio me tentare...

La Loca se metió a mi casa de a poquito. Por la rendija de la puerta entró al zaguán primero, despacito, dando un paso aquí y otro más, como gallina timorata que entra en casa ajena. Después fue agarrando confianza y del zaguán pasó al patio, del patio al corredor, del corredor al comedor y del comedor a los cuartos, subiendo, subiendo, sacando las bacinicas de debajo de las camas, encharcando colchas, derribando mesas, levantando sillas, apagando velas (¡la veladora del Santísimo Sacramento, qué blasfemia!), y de un coletazo se metió a la sala.

—¡Se metió La Loca a la sala!

Sí, a la sala, a donde no podían entrar los niños y donde estaba el piano, ¡a hacer lindezas! A ahogar sillones, a volcar floreros, a arruinar sofás recién retapizados. Subía, subía en remolinos, sacudiéndose el cuerpo con bruscos cabezazos, hasta que llegó al cuadro del Corazón de Jesús y lo arrancó del marco. Cansada de hacer estragos en la sala, siguió al interior de la casa, no sin antes

sacarle por joder, como quien no quiere la cosa, tres o cuatro acordes impresionistas al piano.

Al comedor se lo tragó de un bocazo, y por el segundo corredor pasó al segundo patio, rumbo a la cocina. ¿Y ustedes? Nosotros sobreaguando, náufragos agarrados a las tablas de las camas. A la cocina llegó a apagarle al fogón la candela, y a husmearlo todo, como vecina entrometida y maleducada, a destapar las ollas para ver qué comíamos.

—Ajáaa, frijoles con tocino... ¡Qué bien! Huele bien.

Volvió a tapar la olla y continuó hacia el solar, la huerta, a darle un buen remojón a las lechugas, a las coles, a la yerbabuena, al cilantro, a las cebollas enhiestas de rabo verde. ¡Qué noche aquella! Papi, que volvía del trabajo, entró a la casa por un puente improvisado de tablones, lanzado de acera a acera. ¡Qué noche aquella! En Antioquia las quebradas son como los niños: berrinchudas.

Pasado mayo de los aguaceros, La Loca tornaba a ser la de antes, el arroyo manso, cristalino, la quebrada Santa Elena. Andando el tiempo la entubaron: la metieron en camisa de fuerza, en unos socavones de cemento armado bajo el pavimento de la calle. Al principio se le oía rugir abajo, después nada. En su oscuro reducto, en su eterna noche subterránea, la Santa Elena se fue secando, secando como todos los ríos de Colombia por la tala de los árboles. Ya ni quien sepa quién fue la Santa Elena, alias La Loca, que hacía temblar la tierra. Si usted pregunta hoy por ella, nadie sabrá de qué está hablando. Seca de sus limpias aguas, la ciudad desalmada la había convertido en un ignorado cauce de desagües, en alcantarilla municipal.

Salió el sol y sacamos a secar todo al patio. Muebles, colchones, colchas, sábanas, cuadros, todo, todo empapado, encharcado, arruinado. Al piano le pusimos a secar los maderos largos de las teclas y se torcieron. Y quedó sirviendo «para lo que sirven las tetas de los hombres» dijo Ovidio, el malhablado. El piano en realidad era una pianola, y tiempo después la operamos para descubrirle el secreto de que tocara sola. Abierta de tapa en tapa, le extrajimos las tripas, los muelles, los fuelles, el mecanismo entero de la autosuficiencia. Éramos niños cirujanos.

Mi voracidad de prodigios no conocía límites, y una y otra vez hacía repetirle a la abuela su fatigado repertorio de cuentos. Sentados a la ventana de la sala, en la noche tibia, nuestro asombro extasiado no se cansaba de escuchar esas

historias cuyas tantas veces oídas de duendes y de brujas, terroríficas, siniestras historias, narraciones inflamadas para exorcizar el tedio de la niñez.

—Ahora contanos, abuelita, el cuento de Domitila.

—Ah, sí, la bruja que era sirvienta del cura párroco de San Roque...

Y empezaba el ensueño. La vieja bruja taimada, cuando se dormían el padrecito y el pueblo, se levantaba de noche sigilosa y se iba a recorrer el mundo en su escoba.

—Salía al patio muy calladita ella, muy solapada, y se encubría a la región.

—¿A cuál región, abuelita?

—Allá, muy arriba. Volaba alto, muy alto.

—¿Más alto de lo que vuelan los gallinazos?

—Sí.

Subía volando hasta la torre de la iglesia, daba una planeadita sobre San Roque para tomar altura, y se encubría a la región. Volando, volando, alto, muy alto en la noche pasaba por Santo Domingo, que desde arriba se veía como un pueblito de nacimiento, de pesebre, con sus foquitos encendidos abajo, titilando. Volando, volando, dejaba atrás a Santo Domingo, Cisneros, Medellín, y por el río Magdalena se iba rumbo al mar, hacia la Costa Atlántica.

—¡Uy, el mar! ¿Y pasaba por Medellín, abuelita?

—Claro, pasaba por Medellín, daba un giro, y tomaba Magdalena abajo, hacia el mar.

Corridos los visillos y abiertos los postigos de la sala, la luna tenue, delicada, entraba con sus pasos de luz a la casa. Giraban las sombras sobre la cal del muro, mientras afuera caía tibia la noche, abrazando a Medellín. Todas sus historias de brujas terminaban igual: en el pueblo, en la plaza, sazonando la hoguera de la Santa Inquisición. No sé de dónde sacaba la abuela ese final tremendista, porque en Antioquia nunca montó su negocio el señor Torquemada. Después nos íbamos los niños a dormir, hasta que una noche ocurrió el milagro.

Habían apagado ya los focos y dormía mi casa, dormía Medellín. Unos ronquidos envolventes venían del cuarto de mi tío Ovidio. Unos ronquidos que arrullan, como las olas del mar. Iban todos en su sueño a la deriva, salvo yo, que me removía inquieto. Y oyendo la llamada del Infinito me levanté. Sigiloso, descalzo, crucé el cuarto de Ovidio, crucé el cuarto de Elenita (la hermana de mi abuela), crucé el cuarto de mis papás y llegué a la sala. Y decidido me dirigí a la ventana mágica. Abrí los postigos, corrí los visillos y entonces vi el prodigio: en el sortilegio de la noche arriba, de la noche extática, cruzando la luna redonda, colosal, volaba la bruja Domitila en su escoba. Iba vestida de negro, flotando al viento los tules negros, con su sombrero y su nariz en punta, y su corte siguiéndola: veinte gallinazos negros.

—Mentiroso, no inventes.

—Sí, Elenita, yo la vi.

—¡Cómo ibas a poder verla, si era de noche!

—La vi porque la iluminaba la luna.

—¿Y cómo contaste los gallinazos con la rapidez que llevaban?

—No iban rápido, iban como a veinte kilómetros por hora.

—No te creo nada, mentiroso.

Si mi tío Ovidio no creía en Dios, mi tía abuela Elenita no creía en brujas. ¡Unos descreídos ambos! Corría entonces a consultarle a la abuela.

—¿Verdad abuelita que las brujas existen?

—Sí, existen.

Y agregaba una frase enigmática que corría por toda Antioquia:

—Que las hay las hay, pero no hay que creer en ellas.

Profunda verdad teológica, que negaba afirmando.

De día, parado en la ventana mágica, empezaba mi show travesti. He aquí una descripción sucinta del personaje, subiendo de pies a cabeza: zapatos rojos de

tacón alto en punta, medias caladas, falda rojo encendido, cinturón rojo, cartera roja, guantes rojos, collar rojo de perlas, sombrero de velo rojo.

—¿Cómo es eso de collar rojo de perlas? Las perlas no son rojas.

—Ay doctor, así las recuerdo.

—Haga memoria, recuerde bien el color, que es importante.

—Rojo.

—¿Rojo suave?

—No, rojo fuerte.

—Pero, ¿cómo es que su mamá tenía ropa de color rojo?

—¡Qué sé yo! A lo mejor entonces así se usaba.

O a lo mejor no era rojo sino violeta, pero en mi recuerdo no hay medias tintas: rojo fuerte.

—¿Y qué edad tenía usted?

—Dos o tres años, doctor.

Porque apenas si sabía hablar. En un idioma que se diría chino, japonés o ruso, pero que resultó español castizo, iba mañana, tarde y noche tras de mamá insistiendo, hasta que por fin entendió: le pedía que me prestara los zapatos, los guantes, el sombrero...

—¿Y se los prestó?

—Sí doctor.

Al psiquiatra, como al confesor, hay que decírselo todo. Y vestido, digo, con la ropa de mamá, corría a la ventana mágica. Los vendedores ambulantes que venden naranjas, los choferes que manejan camiones, las beatas que vuelven de misa, las criadas que van a la tienda, los policías que agarran ladrones, todos en la calle todos me miraban incrédulos, pasmados de estupor. Cierro los ojos y vuelvo, con la imaginación del recuerdo, a esa calle de Ricaurte, a mezclarme con los

transeúntes de la hora, a mirar al niño vestido de rojo en su ventana. Y se esboza una tenue sonrisa en mi memoria por lo que el niño hace: se levanta la falda roja y orina despreocupado por entre las rejas de la ventana. Ya no existe la calle de Ricaurte, ya no existe la casa, ya no existe la reja, ya no existe la ventana. Como a todo en Medellín, se lo llevó el ensanche. Que se lleve el ensanche mi recuerdo.

—Ajá, a los dos años vestido de mujer, y sin embargo dice usted que no fue travesti.

—No doctor, ni tampoco fui cura.

Porque debo decir que con mis dos hermanos (los que tenía entonces pues después fueron muchos), obsesionados por la magia del ritual, por la pompa del culto, vestidos con largas batas de baño que trocaba nuestra imaginación en sotanas, con blancas albas que eran sábanas, con sobrepellices y casullas que eran jirones de trapo, celebrábamos solemne misa de tres padres. Sonábamos la campanilla, una copa de cobre habilitada, y era incienso el humo de periódicos quemados, y las altas naves de la catedral nuestros techos de vigas. Con un hisopo salido de no sé dónde rociábamos la casa de agua bendita: le echábamos Flit al Diablo.

—Travesti o cura, doctor, me obsesionaba la dignidad del culto.

Mea culpa. Mi soberbia arrepentida confiesa ahora que cura para mí era poca cosa: lo que quería en realidad ser era obispo, de mitra y báculo, o cardenal o papa.

—¿Se imagina usted doctor, yo vestido de papa en la ventana?

Las de la casa de la calle del Perú, a la que nos mudamos luego, eran más altas. Como la calle era en pendiente, y como además habíamos crecido un poco (en estatura, dignidad y gobierno), podíamos emprender la nueva hazaña: salir a la ventana a escarmentar borrachos. Pero por elemental educación, en este punto del relato hay que presentar a mis dos hermanos: Darío de bucles rubios, y Aníbal cascarrabias. Salía pues, con el rey persa y con el general cartaginés, a las ocho o nueve de la noche a escarmentar liberales. Don Luis Trujillo, liberal, bajito y borrachín fue el primero. En la esquina de arriba, en un tenducho, se pegaba unas borracheras de padre y señor mío. Luego, cuando bajaba hacia su casa, se detenía un instante en la acera, ante la nuestra, y como nosotros éramos conservadores gritaba, con insolente ademán y voz estentórea, desafiante:

—¡Viva el gran partido liberal!

Entonces se seguía muy tranquilo, como quien le confiesa al cura un asesinato, y diciéndose para sus adentros: «Al que le caiga el guante que se lo chante».

Una noche venía don Luis Trujillo, borracho, chaparrito y liberal trastabillando, desde la consabida esquina, por su camino habitual de bajada, cuando nosotros salimos a la ventana. Se detuvo un instante, como siempre, ante nuestra casa, y caballo brioso que enarca la cerviz dando un relincho, gritó templando el puño desafiante:

—¡Viva el gran partido liberal!

Los tres inocentes, al unísono, sacaron sus mangueritas al aire y orinaron.

—¡Ah carajo —dijo el borracho— se soltó el aguacero!

Y sacudiéndose unas gotas de lluvia amarilla apuró el paso.

Pero ¡qué ignominia el trasteo al Perú desde Ricaurte! La mudanza... Por esa puerta por donde entraba La Loca iban saliendo nuestras cosas: un sillón despanzurrado, bacinicas desportilladas, un santo sin cabeza, una mesa coja, colchones orinados... Y los vecinos, sin que los viéramos, viendo... Ojos por todas partes, detrás de las rendijas, muy abiertos. Ojos indiscretos viendo, espiondo. Doña Marta, la señora gorda de enfrente, se asomaba:

—¿Aún no ha pasado el lechero? —preguntaba al aire la fisgona atisbando, con disimulo.

¡Qué lechero ni qué lechero! ¡Pretextos! Para echar miradas disimuladas.

—Ahí sale el piano, el maldito piano.

Iba saliendo el piano...

—Ahí salen los muebles de la sala. ¡En qué mal estado!

Iban saliendo los sillones deslavados... En la penumbra de la sala se veían bien; afuera, en el pavimento, bajo la cruda luz del sol ¡qué vergüenza! Parecían viejos gordos desnudos, esperando a que los subieran al camión del acarreo,

enseñando el trasero. El sol los penetraba con sus rayos X implacables, partiéndoles el alma.

—Ahí sale la mesa del comedor cuarteada.

Salía la mesa...

—Ahí sale el cuadro del Corazón de Jesús, con el vidrio roto.

Salía el cuadro, salían las sillas, salían las ollas, salía la estufa, salían las macetas...

—¡Cuánta ropa vieja! ¡Cuánto trebejo! ¿Y eso? ¿Qué será eso?

A todos el corazón les dio un vuelco:

—¡Un ataúd!

Un ataúd, en efecto: salía el ataúd que le teníamos reservado a la tía Elena para cuando se muriera.

El camión de las mudanzas partió al fin, sin techo, atiborrado: a exhibirnos por toda la ciudad con indecencia. En el asiento delantero iba yo, el hijo mayor, con mi tío Ovidio, para indicarle al chofer la nueva casa. Atrás el carro de papi con el resto de la familia, resoplando. Una ligera brisa me aliviaba el sonrojo de la cara.

Al cuadro del Corazón de Jesús le cambiamos vidrio y marco. Vidrio nuevo, marco nuevo, vida nueva, porque viene el cura de la iglesia del Sufragio a entronizarlo.

—Pase usted padre. Por aquí, por aquí. Y ustedes niños a jugar al patio...

No, nada de jugar al patio, teníamos que verlo todo. Cruzaba el padre el zaguán y empezaba la ceremonia. Primero, la aspersion de agua bendita, ¡con hisopo de plata! En la sala, en el comedor, en los cuartos... Iba siendo expulsado el Maligno de sus baluartes. Una gota cae aquí, otra gota cae allá, arrojando en latín a los ejércitos de Satanás. ¡Afuera diablos! ¡Afuera diablos! Volaban los moscones rociados por el agua bendita... Santificados... Después, en la sala, venía la ceremonia propiamente dicha de la entronización del Corazón de Jesús: con mucho incienso y rezos se le consagraba la casa.

Terminados los deberes inherentes a su cargo, el señor cura, envuelto en una nube de incienso, se despatarraba etéreo en el gran sofá retapizado de la sala, a aspirar las volutas voluptuosas, a descansar.

— ¿No quiere el señor cura un vinito?

Sí, sí quería. Le traían vino de consagrar, de la alacena, un vino dulce como coma diabético. Vino de consagrar y galleticas en la bandeja reluciente de plata: la charola. El vino se lo servían en unas copitas de cristal tallado, que después se pusieron de moda en las casas de citas de Medellín.

En los días sucesivos iban llegando las vecinas a ponerse a las órdenes de mamá: a cumplir la primera visita de rigor, a enterarse, a curiosearlo todo; es a saber: a ver de cerca lo que el primer día vieron de lejos: lo que desempacábamos al final del acarreo.

— ¿No se le antoja a la señora un vinito?

Sí, sí se le antojaba. Y le traían vino de consagrar de la alacena, con galleticas en la charola de plata. Las señoras se quedaban conversando en la sala, y los niños nos íbamos a jugar. Tiempo después, a la puerta de la casa, las señoras se despedían.

— Y mucho gusto en conocerla, señora. ¡Qué preciosos niñitos!

Nosotros. Ya podía irse la vecina tranquila, ya conocía a los nuevos vecinos, los del piano, ya nos conocía.

Era una casa de techos altos de vigas, piso fresco de baldosa y paredes encaladas. En las cuarteaduras de las paredes vivían los alacranes. Allí podían permanecer, vivos, sin comida, sin aire, sin agua, hasta veinte años. Nosotros hicimos el experimento: tapiamos uno en su agujero con barro fresco, dejándolo, sensu stricto, emparedado. Después de una eternidad lo destapamos. El alacrán salió muy orondo, vivo, como si nada. Lo rodeamos de un cerco de papel periódico, que incendiábamos. Viéndose cercado de fuego por todas partes, el alacrán volvía su arma temible sobre sí mismo, y desesperado se daba muerte clavándose la ponzoña. Menos mal que no les aplicábamos nuestro rigor científico a las personas, porque si no, ¡que tiemblen los liberales! A las seis de la tarde, cuando oscurece, subíamos con Ovidio y su radio al techo, a captar las ondas del Universo.

¡Qué espectáculo el mundo desde arriba de mi tejado! ¡Alta atalaya de tejas

dominando a Medellín! Y Medellín inmenso, inmenso, con sus veinte barrios y sus tejados bermejos. Iba mi vista prisionera en un vuelo de campanas de campanario a campanario. ¿Ven allá esas casas sobre la ladera, a la izquierda, en la montaña? Es Manrique, el barrio de Manrique. Blanco, con su iglesia gótica, gótico-antioqueño, y la torre esbelta con pararrayos. Allí tuvo la abuela una casa. A la derecha abajo, en el fondo, por donde pasa esa quebrada sucia y ruidosa, es el barrio de La Toma, de camajanes.

— ¿Qué son, Ovidio, camajanes?

— Atracadores, ladrones, cuchilleros, marihuanos.

— ¿Y esa casota blanca, allá arriba, qué es?

— Es el convento de las carmelitas descalzas.

— ¿Por qué descalzas? ¿No tienen con qué comprar zapatos?

El rojo sol se ponía tras el cerro del Pan de Azúcar...

Tenues reflejos rojizos iban cediendo paso a la sombra y las luces de Medellín se encendían. En torno nuestro, corazón de paloma, empezaba a palpitar la ciudad. Miren más allá de las laderas de Manrique, ¿qué ven? ¿Unos foquitos que titilan en la oscuridad? Sí, allá, en la oscuridad, allá surge el Chupasangre, el degollador de niños, con su puñal. El estremecimiento nos recorría el cuerpo, con filo de cuchillo. Entonces Ovidio prendía su radio.

Un cable eléctrico muy largo lo conectaba abajo a la toma de corriente, el enchufe, en el corredor del patio. Se tardaba dos o tres minutos en sonar, en calentarse, pero luego... Empezaban a hablar los ruidos cósmicos. En onda corta primero. Cogíamos emisoras del Japón, de Cuba, de Marte... Las emisoras de Cuba tocaban danzones y guarachas. Tangos las emisoras de Medellín cuando Ovidio, cansado de lejanías, cambiaba a la onda larga. Eran tres: Ecos de la Montaña, La Voz de Medellín y La Voz de Antioquia. Esa noche tocaban tangos. Diez años después, tocaban tangos. Veinte años después, tocaban tangos. Hoy en día, en que escribo, tocan tangos. Por algo Gardel se mató en Medellín: en el aeropuerto, que entonces se llamaba simple campo de aviación. Dizque dijo que los antioqueños eran maricas, y cayó su avioncito en llamas, como bólido de fuego.

— ¿Dónde está el campo de aviación, Ovidio?

—Un día de éstos los llevo.

Y nos llevaba a ver caer aviones.

En ese techo supe de Cuba, capital La Habana. Cubita linda de danzones y guarachas ¿cómo serás? Era una isla verde, decía Ovidio, con playas blancas blancas y guacamayas.

—¿Vos has estado?

Claro que había estado. En Cuba, en Rusia, en los Estados Unidos, en todas partes. Ovidio es como un brujo: ha estado en todas partes y todo lo sabe.

—¿Cuántos kilómetros hay de aquí a la luna?

—Doscientos ochenta y cinco mil trescientos cuarenta y cinco. Con cuatro metros en el solsticio de verano.

—¡Uy, qué lejos!

Vigías del infinito en el temblor de la noche, escrutábamos el rompecabezas del cielo para sacarles a esas estrellas vagabundas, trasnochadoras, el secreto de nuestros destinos errantes.

Astrónomo, filósofo, teólogo, botánico, ingeniero, mi tío Ovidio en puritud de verdad no era nada, ni había salido de Antioquia: estudiaba la secundaria en el colegio de La Salle, con los hermanos cristianos. ¡Pero qué sabiduría de gente mayor! Acabó por convertirse en una gigantesca computadora de ciencia inútil, en un alud de cifras. Sabía los nombres de los cien gobernadores que tuvo Antioquia. La distancia entre Medellín y Santo Domingo, entre Santo Domingo y San Roque. El número de células de un insecto, de estrellas de una galaxia, de habitantes de Singapur... Sabía el costo de una onza de heroína en 1924, en Nueva York. O en Taiwan. El punto de fusión del hierro, la dinastía de los Omeyas, las cinco declinaciones latinas y el origen de la teoría de la contransubstancialidad. Todo lo sabía, todo, todo.

—¿Cuánto pesa una onza de hierro, Ovidio? —le preguntaban por joder.

Y él, impasible:

—Depende: si en la Tierra, o en la Luna, o en Marte, o en Júpiter, o en

Mercurio.

Y tenía razón.

Veinte novias tuvo Ovidio, en los veinte barrios de Medellín. En Boston, en La América, en La Toma, en Buenos Aires, en Prado, en Manrique, en Aranjuez... Boston era el barrio nuestro y Aranjuez el más lejano, encaramado a horcajadas sobre Manrique, en la montaña. Una novia era tuerta, otra coja, otra desbalanceada. Una nariguda y otra chata. A una le sobraban orejas y a otra le faltaban. La de Manrique: despechada; la de Buenos Aires: semiciega; la del barrio San Cristóbal: despiernada. Cada cual, a su modo, más fea que las otras. Juntas sumaban toda la fealdad del mundo, pero todas novias al fin. Íbamos a visitarlas en el carro de papi, que él nos prestaba. Manejando Ovidio, y a presumir. Lo veían aparecer como el exiliado en la Antártida ve salir el sol.

—¡Qué milagro, Ovidio, que te dejas ver! —exclamaba la despechada, muy coqueta, zalamera—. ¿Dónde te habías metido, que tan poco se te ve?

Y empezaba el cacareo, la alharaca.

—¿Aún sigues tú en el colegio de los Hermanos Cristianos?

Que si tú esto, que si tú lo otro. Iba el tú y venía como bola de ping pong. En Antioquia se habla de vos, y sólo se le da el tú a Dios, o a la novia. Muy sofisticado.

El techo, con tantas subidas a oír radio, quedaba hecho una coladera. Se partían las tejas crujiendo bajo nuestro peso, y cuando se soltaba un aguacero eran tantas las goteras que parecía que viviéramos a la intemperie o bajo un cedazo. Y las gárgolas botando agua a chorros como orines de caballo... Mami, la criada, Elenita, sin darse abasto, iban de un lado a otro recogiendo goteras en las ollas de la cocina; nosotros como endemoniados, chapoteando en los charcos del patio... Venía un albañil, tapaba las goteras, y a dormir tranquilos. ¡Qué delicia la lluvia sonando arriba en el techo, de noche, sin podernos hacer nada! Nos dormíamos y ella seguía una o dos horas arrullando sordos, hasta que cansada se iba calmando, in disminuyendo, hacia un pianissimo delicado que terminaba en silencio absoluto, pautado de cuando en cuando por la última gotera sobre los charcos.

Mi abuelo fue el de la idea de comprar la finca Santa Anita, en Envigado. Papi y él la compraron, en compañía. La mitad era nuestra, la otra mitad de ellos: del abuelo y la abuela. Y nos fuimos a vivir juntos. Santa Anita estaba a medio camino entre dos pueblos: Envigado y Sabaneta. Y a una distancia enorme de

Medellín: ocho kilómetros. En uno u otro de esos ocho kilómetros, el carro de papi se varaba, con la certidumbre absoluta de las crecientes de La Loca el día de la Santa Cruz. No hubo un solo viaje entre cientos en que no se varara. Mañías de los carros de entonces: ocho kilómetros se les hacía una eternidad. Se recalentaba el motor, se fundía una bujía, se iba la corriente eléctrica, se desinflaba una llanta. Mientras papi y Ovidio se enfrentaban a la falla eléctrica o mecánica, nosotros, a la vera del camino, perseguíamos gavilanes a pedradas.

— ¿Y ese pájaro negro que está sobre la vaca, qué es, Ovidio?

— Un garrapatero.

Un pájaro útil: le sacaba las garrapatas al ganado.

— ¿Y para qué se las saca?

— Ya dejen esa preguntadera —decía mami, sentada sobre una gran piedra, acalorada.

Un intento, otro, otro, y por fin, resoplando, arrancaba la carcacha. ¡Y a seguir el viaje! Para llegar a Envigado había que cruzar una quebrada que cortaba la carretera, la Ayurá, en la que no se podían bañar las mujeres porque salían embarazadas.

— ¿Y por qué, Ovidio?

— Porque en ella se bañan los estudiantes del Seminario.

Y mami, al punto, cambiaba el tema:

— Miren niños, ahí viene un gavilán siguiendo el carro.

Envigado tenía una iglesia blanca, de torres redondas. Era un pueblo de cantinas, de borrachos, de serenatas. Con palomares y palomas. El que matara una con el carro pagaba cinco pesos, o cinco días de cárcel por orden del alcalde. Cosa que a papi le tenía sin cuidado, «porque el alcalde de este pueblo es conservador». Y bajando de tumbo en tumbo, de bache en bache, enrumbábamos hacia Sabaneta. Pasábamos frente al cementerio en silencio, sobrecogidos de terror: lo que se veía desde la carretera era una casona siniestra, de paredes de cal blanca y aleros de teja. Y un platanar saludable que batía el viento, abonado con los huesos de los muertos. Y ahora sí, ya estábamos cerca a Santa Anita. Sólo faltaba pasar la casa de

Los Locos, levantada a un lado del camino, en un cerrito. Los Locos era un apodo. Eran muchos, una familia numerosa de quince o veinte, todos hombres, mayores, sin mujeres. Quien pasara frente a la finca de Los Locos tenía que taparse la nariz para protegerla de un insidioso olor a porquerizas. Criaban cerdos, cultivaban plátanos, ordeñaban vacas, manejaban camiones. Sólo que en plena zona conservadora eran liberales. Lo cual quiere decir que no podían vivir en paz, que estaban jodidos, que vivían en el error.

—Pero, ¡quién los manda a ser liberales! —comentaba mami, la ingenua—. ¡Por qué no cambian!

Como si en Colombia alguien cambiara de partido: menos grave era cambiar de sexo. Se nace conservador o liberal como se nace hombre o mujer, y así se muere. Es cuestión de cromosomas. En los pueblos conservadores las puertas y las ventanas van pintadas de azul; en los liberales de rojo. El que las pinte de verde, vaya por caso, está en el limbo de la política, doblemente jodido: enemigo de los unos y de los otros. De los pueblos y zonas conservadoras se destierra a los liberales, y viceversa: por estética; porque sus casas con su color chillón rompen la discreción del paisaje. Cromofobia. En el caso de Los Locos, lo que procedía era irse: a tierra de liberales. Pero no, ellos no, no se iban, se obstinaban en quedarse.

—¿Por qué hemos de irnos, si vivimos en un país democrático?

Les mataban los perros, les quemaban las pesebreras, les envenenaban el ganado, los hostigaban por todas partes. Y ellos nada, se quedaban. Una bandada de loros cabrones, de loros y pericos, pasaba volando por sobre su casa y en coro gritaba:

—¡Liberales hijueputas! Jua jua jua jua jua.

Corrían Los Locos al interior de la casa por la escopeta, pero cuando volvían a salir con el arma ya era tarde: veían perderse en lo alto, en el espesor de una nube, a lo lejos, un alegre batir de alas verdes.

Una curva, otra, otra, y al fin surgía en todo su esplendor Santa Anita, levantada en un alto. Una casona inmensa, inmensa, inmensa. En la portada una placa de mármol decía: «Santa Anita, 1935». Unos camajanes desarrapados de una pedrada la rajaron, y la placa de mármol quedó rajada para la eternidad. Después de la portada venía el camino de entrada, una subida de cascajo blanco. A la derecha una palma. A la izquierda un naranjal. Y un árbol que se llamaba

carbonero, florecido de unos gusanos amarillos, engañosos, redondos como borlas de oro. Al término del camino estaba la casa. Con sus amplios corredores de baldosas rojas, frescas, con sus piezas espaciosas, con sus techos altos, con sus anchos patios. Y en uno de los patios una enredadera frondosa, una bugambilia, un curazao para más precisión, por donde se perdían, sinuosas, las culebras. Aunque a veces llegaba a tal su descarado que se metían a la casa. La abuela, al amanecer, las mataba con un garrote torcido, goroveto, su bordón. O las perseguía hasta sus moradas secretas. Cierro los ojos y te veo, abuela, matando culebras en el corredor con tu garrote. Una brisa que sopla de las montañas entra por el corredor a la sala, a los cuartos, al comedor, a los patios, refrescando en mi recuerdo la casa.

En Santa Anita la abuela tenía una criada: Paulina. Vieja, con nariz en punta y mentón en punta, se diría una bruja. Y yo empecé a alucinar. ¿Será Paulina bruja? Bajo el carbonero de gusanos amarillos hubo un conciliábulo de gente mayor: Darío, Aníbal y yo (porque hay que decir que cuando nos fuimos a vivir a Santa Anita la pródiga cigüeña ya había traído otros dos). Por unanimidad, por triple voto, se decidió en esa primera sesión del Congreso sorprender in fraganti a la hechicera, a punto de emprender el vuelo en la consabida escoba, para ir a reunirse, en un claro de luna, al gran aquelarre en el Valle del Cabrón. Ancas de rana, cabeza de culebra, ojos de niño, arañas tiernas, ponzoña de alacrán, vinagre hirviendo, sal y pimienta, plantas secretas, ya la veíamos echándole sus menjurjes al caldero de Satanás. Entonces ¡qué escarmiento le íbamos a dar a la maldita!

Lo imposible fue despertarse a la media noche, cuando vuelan las brujas. Y es que siempre, por más que no lo quisiéramos, una noche y otra y otra, más que el deber pudo el sueño. Así fue menester recurrir a otros expedientes: le poníamos disimuladas trampitas:

—¿No querés un poco de sal, Paulina? —le preguntábamos, con disimulo.

Pero ella captaba la oculta intención y se escabullía:

—¿Para qué voy a querer sal, niños? En la cocina hay mucha.

Y es que las brujas suelen tocar a las casas para pedir un poco de sal.

—¿O no, abuelita?

En el cuarto de Paulina, en una horqueta, se colgaba los chorizos. Entrábamos disimulando al cuarto, dizque a verificar: a ver si el gato no se los había comido, pero en realidad a espiar: un cuarto oscuro, de muros ahumados por

el humo de los años que llegaba de la cocina. Un tufillo de azufre, bocanada del Infierno, rezumaba de su interior. Y recargada en un muro, prueba fehaciente, testigo mudo, se veía una escoba. La tomábamos con aprensión, como quien agarra una rata rabiosa por la cola, y se la llevábamos a la abuela.

— ¿Qué hace esta escoba, abuelita, en el cuarto de Paulina?

— ¡Qué sé yo!

Y seguía afanosa en su trajín.

Contábamos las escobas que había en la casa, y al atardecer las amarrábamos en su sitio con un hilito blanco, invisible, para ver si durante la noche alguien las cogía. Y al día siguiente, en efecto: la escoba estaba fuera de su lugar, el hilo roto, alguien la había tomado.

— ¿Quién cogió esta escoba anoche? — íbamos indagando por toda la casa.

La había tomado en la mañana temprano la abuela, o Elenita, para barrer.

Sin norte, desconcertados, atisbábamos un ir y venir de escobas despreocupadas, por los corredores y los patios, cumpliendo su obligación. ¿Qué hacer? Paulina se nos esfumaba, maliciosa, por entre el humo de su cocina, y vuelta al carbonero a conspirar contra su suerte. Esa noche entramos, descalzos, a su cuarto, a constatar si estaba: un bulto negro roncaba en el catre de tablas. Cuchicheos.

— A lo mejor no es ella —decía Darío—, sino un bulto que hizo con las cobijas.

Sí, pero el bulto roncaba. Además serían las nueve, y las brujas salen a las doce, cuando ensordecen la noche las cigarras y da doce campanadas el reloj.

Hubo que consultarle francamente el asunto a la abuela:

— ¿No es verdad abuelita que Paulina es bruja?

— Ahora no me estén molestando, niños, que estoy muy ocupada —dijo ella, y su respuesta me partió el alma.

Y por la cuarteadura del alma se me fue metiendo el gusanito infecto de la

duda: ¿Y si la abuela también fuera bruja, como Paulina? Si la estuviera encubriendo... Se irían las dos en sus escobas, a volar muy alto en la noche, a encumbrarse a la región. O las tres, porque había tres escobas: y miraba de hito en hito, con ojos de Gran Inquisidor, a Elenita, que ahora estaba barriendo el comedor... ¡Con una escoba! Iban mis miradas de la abuela a Elenita, de Elenita a la escoba, desesperadas. No, no podía ser, no podía ser, era una sospecha infame, una idea absurda. Y el pobre niño atormentado vivía en su alma deshecha el drama del cardenal que pone en duda la infalibilidad del Papa o la existencia de Dios.

En el patio de las bugambilias tenía Ovidio un cuartito de paredes tapizadas con recortes de revistas, de viejas en pelota. Abrasada el alma por la duda, corría yo al cuartito de Ovidio a consultar:

—No es verdad, Ovidio, lo que te voy a decir, pero vamos a suponer: si Elenita y la abuela fueran brujas... ¿qué pasa? ¿Las queman en Envigado en una hoguera?

A Ovidio, me decía yo, tendría que preocuparle tanto como a mí el asunto, porque si la abuela de mí era la abuela, de él era su santa madre. Esa noche la fiebre me subió a cuarenta grados y hubo que llamar al médico de Envigado.

—Este niño se va a morir —dijo el médico—. Denle dos aspirinas con agua de panela caliente, por no dejar.

Era un médico de pueblo, ignorantón, que no sabía un carajo de infectología: la alta fiebre, que mata la espiroqueta pálida, mata también los gusanos de la duda. A la mañana siguiente yo estaba bien, y amaneció el día azul.

Tengo ahora a mi lado mientras recuerdo, mientras escribo, a una señora de abrigo negro, maravillosa. Hace dos años que me acompaña, duerme conmigo y pasan mis noches al ritmo plácido, tranquilizante, de su corazón. Es muy esbelta, y su fino oído, que oye las horas, capta los ruidos más pequeñitos que me circundan, alerta siempre a mi más mínima voluntad. Sé que hay hambre en el mundo y que existe Biafra, pero me importa un bledo la humana especie. Mil pruebas me ha dado de su cariño, y por ello creo que se merece lo mejor de lo mejor: queso importado, jamón serrano, crema holandesa, chocolatinas... Tiene dos años, dientes muy blancos, un bigotito, bellas orejas y una asombrosa elasticidad. Se llama Bruja. Y es gran danés.

Fue un domingo cuando mi tío Argemiro trajo a la familia de su novia a

presentárnosla: porque se iba a casar. Llegaron en varios carros, cincuenta o más invitados. La novia: Lucía, y la madre de Lucía: doña Adela. Lucía muy bajita, ¿no te parece?, pequeñita, y doña Adela con una pata de palo y muletas. Cuanto asiento había en Santa Anita hubo que sacarlo al corredor. Sillas, taburetes, mecedoras, sillones. Las macetas de la abuela hubo que moverlas, y a quitar gladiolos, geranios, azaleas... Se instalaron. Y a hablar, hablar, hablar. La abuela, Elenita, mami, trayéndoles vino de consagrar con sus correspondientes galletas en la charola de plata y otras bandejas. Las bandejas no alcanzaban, ni las galletas, ni las botellas, ni los vasitos de cristal tallado. Saquearon la alacena.

—¡Pero a quién se le ocurre —decía mami— traer de visita semejante batallón!

Y yo en un rincón aparte alucinando: doña Adela, que tenía una pata de palo, ¿no estaría leprosa? Porque hay que decir que el más terrible de mis terribles temores de entonces era la lepra, que le tumbaba a los niños los dedos, las orejas, la nariz. El pipí.

Argemiro (Miro en abreviado, «el pobre Miro») es nombre raro. Más bien ridículo. Suena mal. Según descubrí luego, todos los maricas que regentaban casas de citas en Medellín se llamaban Argemiro. No se de dónde sacó el nombre la abuela, porque él de marica no tenía nada: en su tránsito por la tierra, su ansia perpetuadora procreó diez hijos. Tanta era la fecundidad de Argemiro que Lucía, decían, quedaba embarazada con sólo verlo en calzoncillos. Unos estafadores chilenos, de esos que mandan cartas sin saber a quién, le hacían llegar a Argemiro folletos ofreciéndole un aparato contra la impotencia, por si tenía problemas de funcionamiento en su aparato reproductor. Argemiro fue fotógrafo, fue criador de caballos, fue carpintero. Pero su verdadera vocación eran las casitas de juguete: se pasó la vida haciéndolas. Con su salita, su cocinita, su comedorcito, con sus cuartitos. Silloncitos chiquitos, sillitas, ollitas, ¡qué preciosidad, qué paciencia! Mal negociante, cambiaba una casa por un carro, el carro por una moto, la moto por una bicicleta, la bicicleta por unos patines. Y los patines los tiraba al bote de la basura, ¡no fuera a ser él tan de malas que se cayera y se quebrara una pata! ¡Qué lotería se sacó con él Lucía!

Y Lucía, su mujer... ¡Qué lotería se sacó Argemiro! Era de un candor optimista, rayano en la santidad. Ya casada y con diez hijos, invitaba a san Nicolás de Tolentino a su casa, a que le multiplicara el mercado. Los martes, a las tres, oía que tocaban.

—Debe ser el santo —decía su mente perturbada, y corría a abrir—. Pase usted, san Nicolás de Tolentino, cómo ha estado, qué me cuenta, sígase por aquí...

Y hacía pasar al santo invisible al interior de la casa, a la sala, como quien recibe una visita. Hablaban de todo, se contaban todo. Es decir, ella hablando, y el santo mudo, escuchando. Pasado un tiempo prudencial, algo así como una hora, Lucía pedía permiso para retirarse un instante, y se dirigía a la cocina.

De la cocina volvía trayendo papas, plátanos, frijoles, sal, arroz, azúcar, panela... De todo un poco, como muestra, en pequeña cantidad. Y en la conversación con el santo le iba deslizado, como quien no quiere la cosa:

—Las papas están carísimas. No sabe usted san Nicolás lo que han subido. Mire usted las que me quedan. ¡Ni para un sancocho!

Y pasaba a hablar de otra cosa. Luego volvía a lo de la comida y la carestía, con discreción:

—Los frijoles también subieron —mostrándolos—: a dos con cincuenta el kilo. Ya comer frijoles es un lujo.

Y cambiaba el tema. Después, señalándolas, aludía a las arracachas, unos tubérculos blancuzcos, insípidos, feos como niño albino, para pasar a otro asunto y terminar volviendo a lo del encarecimiento de la vida, haciéndole ver al santo, como si en Europa no se conocieran, la sal, el arroz, el azúcar, las remolachas... Quería cerciorarse bien de que san Nicolás había visto y entendido. Como ya san Nicolás tenía que irse a otras obras de caridad, ella lo acompañaba hasta la puerta de salida, a la calle. Allí entre mil zalamerías se despedía. Al día siguiente dizque la cocina le amanecía llena: no sé cuántas arrobas de arroz, de sal, de azúcar... Racimos de plátanos gigantescos, costales de narajas, piñas, papayas, qué sé yo... ¡El mercado se le había multiplicado!

Una tarde, en casa nuestra, quiso repetir la escena delante de nosotros para que aprendiéramos. Mami, interesadísima en el asunto, convencida de haber descubierto una mina.

—San Nicolás, éstos son familiares míos —dijo Lucía recibiendo al santo en la puerta y presentándonos.

Lo hicieron pasar por el zaguán al interior de la casa, le indicaron un asiento en la sala y empezó la plática. Hablaron y hablaron las dos mujeres, y el santo

oyendo. A su debido tiempo fueron a la cocina por los comestibles de muestra, y regresaron a la sala. Todo anduvo bien, hasta que se nos ocurrió a los niños ir a sentarnos sobre el santo invisible, en su asiento vacío. San Nicolás, enojadísimo por la grosería, salió invisible, ofendido, sin decir palabra ni despedirse de nadie. ¡Y adiós milagro!

Los visitantes de Santa Anita se hicieron incontables. Visitas sábados y domingos, días festivos y entre semana. Pululaban. Aquí llega Teresa Pizano, Teresita (todas las hermanas de mi abuela van en diminutivo), casada con Antonio Arango, conservador. Aquí llega Graciela Rendón, prima de mami, casada con Joaquín Araque, liberal. Y sus tres hijas. Teresita era gorda feliz, de incontenible conversación. Para ella la vida fue hablar, hablar: sólo la callaba un televisor. Tenía una criada que le embarazaban cada que llovía.

—¡Ay Eufemia, Eufemia! —le decía Teresita—. Te volvieron a llenar la cocina de humo, ¡cuándo vas a aprender!

Un día llegaban las Marines: Tulia, Ester y Teresa (otra Teresa). Y sus amigas. Y al siguiente Eva, hermana de mi abuelo con sus diez hijos y sus cien nietos: diez por hijo, lo usual, a esculcar, a rebrujar, a abrir cajones, a asolar el naranjal como langostas. Llegaba la madre Angelina, religiosa. Y los otros nueve hermanos de mi abuelo: Gabriel y sus hijos y los nietos, Nicolás y Blanca Fadul la turca, Maruja y Martín su cónyuge, apellidado Martínez y apodado Trancas, estafador que no carecía de cierta grandeza. Etcétera, etcétera, etcétera. Toda la parentela. Olga, hija de Toñita, la hermana menor de mi abuela, casada con Pacho Licasale y con siete hijos: las siete plagas de Egipto. Pacho hacía santos y pedía prestado. Le tenían pánico. Aparecía y relampagueaba un sable. La sola mención de su nombre aún hoy causa escalofríos. Y llegaban los hijos de Teresita: Fabio, Armando, Alberto, Augusto, Norma, Consuelo, Amparo, todo el santoral. Ellos con sus novias, ellas con sus novios. ¡Y a armar un baile! Con aguardiente y vino de consagrar.

—Y no contentos con traer a los hijos y a los nietos, traen a los vecinos — comenta mami indignada.

Y llegaban otros y otros y otros: los amigos de los hijos, los amigos de los nietos, los vecinos de los amigos, los amigos de los vecinos. ¡Todo Medellín! Sacaban las mecedoras al corredor delantero, y a conversar.

—¡Qué envidia de ustedes que viven en el campo. Medellín es un horno. En

cambio aquí, ¡qué fresco! ¡qué delicia!

Y olfateaban como marranos. Y nosotros a la cocina a prepararles jugo de naranja. A los que llegaban temprano, a las nueve, se les daba jugo, y a las diez lo que se llama la mediamañana: más jugo. A las once un tintico: un café. A las doce al comedor, al almuerzo, porque ya que vinimos hasta aquí nos quedamos a almorzar. Les poníamos las escobas patasarriba tras de las puertas para que se fueran, pero la fórmula, probada en tantas casas, en Santa Anita no servía. Ni el cordón de san Benito. Vuelta entonces al corredor a la una, y otro café. A las dos más café y luego el chocolate con pan de dulce de las tres de la tarde. A las cuatro se les antojaba un vinito de consagrar. Y ya que se está haciendo noche, se quedaban hasta las siete a cenar. A las ocho o nueve, ¡al fin!, se iban: llevándose un costal de naranjas, un costal de mangos, un costal de yucas, y dos o tres racimos de plátano: Y denle gracias a Dios que no somos como los Zainos de Santo Domingo, el pueblo de tu abuelo, que llegaban a una casa ajena de visita y se instalaban dos o tres meses, en pelotón. Entonces mami, Liíta, con su sabiduría dijo:

—Fue un error haber comprado esta finca. Se volvió un paseadero.

Y le empezó a tomar manía.

Como yo era un gran pianista, ejecutante de escalas y piezas de Ana Magdalena Bach, al abuelo se le metió en la cabeza aprender piano. Quería tocar el «Ciribiribín»: Do si si la dooo, la sol, fa dooo, fa sol, fa dooo, la sol, fa siiiii... En fa mayor, con si natural primero y luego si bemol. ¡Qué desastre! No podía... Tenía los dedos tan engarrotados que no le respondían... Con los dedos de la mano izquierda entonces iba levantando los de la derecha, los que hundían las teclas. Se diría un segundo mecanismo externo del piano, contrapunto del interno, de resortes y martillos que iban movilizando dedos. Uno por uno, desengarrotándolos. Al cabo de verlo luchar eternidades contra lo imposible, yo, el maestro, meneaba la cabeza vencido, convencido: mi abuelo no había nacido para la música. Imposibilitada además la mano izquierda para el acompañamiento, sólo podía aspirar, si acaso, a ser pianista de melodías. Era una pena, con tanto empeño...

Dos alumnos he tenido de piano, y fueron muchos: mi abuelo y mi hermana Gloria. A mi abuelo le enseñé siendo yo un niño; a Gloria siendo ella una niña y yo un muchacho. Tenían ambos una virtud en común: me sacaban de quicio. Al abuelo, subido yo en un taburete, acabé dándole coscorrones en la calva:

—¡Así no! ¡Así no! ¡Ya te dije! Si natural primero, luego si bemol. ¡Cuándo vas a aprender!

Y él, con su sempiterna paciencia de hacer mover mulos, vuelta a lo mismo: Do si si la dooo... A veces se me antojaba ir por un cuchillo a la cocina para rajarle los dedos y sacarle los huesos a ver si así se le desengarrotaban.

Como no pudo aprender piano, de la noche a la mañana le dio por manejar. Y se compró un Hudson reluciente. No le enseñó mi tío Ovidio, gran chofer, su hijo, porque vivían peliados; le enseñó un instructor: en la primera curva, en la primera clase, sin llegar siquiera a la portada ni salir de su propiedad, se llevó por delante un naranjo y aligeró de media trompa al Hudson. Le dieron licencia; esto es, la patente, pero le pusieron en ella, con letras grandes, explícitas, una salvedad: «No puede manejar sin gafas». Y las gafas se le volvieron una obsesión. Las buscaba por todas partes, bajo las camas, en las gavetas, en los bolsillos, en el carro bajo los asientos: las tenía puestas. Se van a referir aquí, porque justo es que se sepan y queden consignadas para la posteridad, por la pluma de quien las vivió con riesgo de su vida, las hazañas de chofer de mi abuelo. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Al llegar por primera vez manejando a Envigado, en el parque central apachurró tres palomas. Le exigían pagar treinta pesos, o en su defecto treinta días de cárcel.

—Verá usted, mi estimado —le empezó a decir al alcalde—, yo soy Leonidas Rendón Gómez, de Santo Domingo, un forastero conservador. Ni sabía lo de las palomas ni conozco a Envigado, pueblo precioso y de tradición...

Habló por media hora sin parar y salió impune. Lo dejaron ir, y seguimos rumbo a Medellín. En la bajada de El Poblado, truene que llueve, le apagaba el motor al carro para economizar gasolina, y se iba con el impulso dos kilómetros, hasta la zona industrial. No había poder cósmico que lo hiciera detener. Volaban a lado y lado las gallinas, los burros, las vacas, los humanos. Imposible frenar pues habría perdido la economía al volver a encender, «y así qué chiste». Un día, Dios es testigo, se llevó a una niña de corbata y ni cuenta se dio.

—Pará, pará abuelito —gritábamos sus nietecitos aterrados—, que mataste una niña.

Frenó en seco y casi nos descalabra contra el vidrio.

—¿Dónde, que no vi?

Como era un caballero, ni por un instante pensó en huir y se bajó a inspeccionar. La niña se levantó del pavimento como si una voz de lo alto le hubiera ordenado: «Levántate y anda». Le habían dado tan sólo un susto, un rozón. Así son los milagros.

Ítem más: de la misma suerte que se le engarrotaban los dedos en el piano, se le engarrotaba el pie en el acelerador. Y ahí vamos, con el acelerador pegado, a cien kilómetros por pleno centro de Medellín. Brincaban los transeúntes a las aceras como gotas de un charco, se abría en abanico veloz la multitud. A un policía que estaba en una esquina distraído le pasó rozando. Desquitó el maldito dando un brinco atrás como maromero, aterrado, pero nosotros lo acabamos de rematar. Por la ventanilla le gritamos:

—¡Negro hijueputa!

Y lo dejamos aturdido, como descalabrado. Cuando se repuso un poco, como endemoniado empezó a silbar. ¡Pero quién ha visto que un silbato de policía alcance a un Hudson a cien kilómetros! Con chirriar de llantas y un chispero nos le perdimos en la primera esquina. Dizque anotó la placa, el pobre estúpido, y largábamos la carcajada: no sabía que le habíamos trucado el número a la placa. Como los números eran blancos, los modificábamos con tiritas de esparadrapo para proteger al abuelo de la autoridad. Y donde decía treinta y cinco, el guardián de la ley vejado leía ochenta y dos. Pero el abuelo no sabía lo de las placas ni lo del policía ni lo de los transeúntes ni nada: iba ahora por Ayacucho en contravía, embebido en su monólogo interior. Y ése era su problema para manejar, más grave que el engarrotamiento del pie y que la vista cansada: su problema era que el cuerpo iba en el carro manejando, pero la mente andaba ausente, en otra parte: cinco cuadras adelante, en un juzgado, redactando un memorial.

Un policía malencarado lo detuvo en Juanambú. O mejor dicho, se detuvo mi abuelo solo, por su libre albedrío, porque paró desprevenido pensando en no sé qué.

—¿No se da cuenta de que va en contravía? —se acercó diciendo el esbirro.

Y pretendió quitarle la licencia. Pero mi abuelo, vive Dios, fue un caso insólito de sangre fría ante la autoridad: los envolvía en sus malabarismos verbales, y dándose tiempo y maña jugaba con ellos como el gato con el ratón.

—¿Por qué será que Medellín es tan bonito? —empezaba diciendo su palabra sagaz.

Luego se presentaba:

—Leonidas Rendón Gómez, a su mandar.

¡Qué dominio! ¡Qué lenguaje! ¡Qué arte! ¡Qué faena! Un muletazo seco a la izquierda, y un muletazo flexible a la derecha, con torsión de figura como despidiendo al toro. Le ponía una banderilla y a sus órdenes la finca Santa Anita, que era un locus amoenus, como quien dice una delicia, donde sobraban naranjas. Le ponderaba la belleza de Medellín, el tamaño, la avenida La Playa, la catedral.

—¿Sabía usted que es la más grande del mundo, entre las de ladrillo cocido?

Parecía que hablara el Espíritu Santo u Ovidio el estadístico por su boca. Entonces pasaba a toriar por chicuelinas, y aludía a la simpatía de los antioqueños, como si él no fuera antioqueño y con lo comemierdas que son. Banderilla aquí, manoletina allá, para acabar dejando la muleta y tomando el capote. Y empezaba a girar de talones, como un trompo, envolviendo al animal en una verónica interminable que pasaba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, girando, girando en un fugaz torbellino y ¡Oléeeeeee! Caía el toro emborrachado por las vueltas y se levantaba en una ovación la multitud. ¡Oléeeeeee! No tenía necesidad de salir a matar mi abuelo. Habiendo doblado la rodilla y clavado la cerviz, la pobre bestia se despanzurraba en media plaza. Le recogía su licencia al animal borracho, volvía a encender el carro y en contravía a su monólogo interior.

—¿Por qué decís abuelito que Medellín es bonito? Bonita. Con «a». ¿No ves que es una ciudad?

Le teníamos que estar corrigiendo todo el tiempo.

Pero la más bella hazaña de mi abuelo al volante fue la de embotellar a Medellín. Junín es la principal vía, la arteria aorta, la vena cava, la que lleva el smog al corazón. Un coágulo en Junín es infarto. Pero el abuelo nada sabía de medicina, sólo cobrar: como los médicos de la Clínica Soma, ya ustedes saben, la que está en la avenida La Playa, unos mercachifles. Operaban sin importarles el paciente, por su propia necesidad: hoy necesito tanto, opero; mañana no. Le dejaban en la barriga tijeras, guantes de operar. Y así dejó el abuelo convenenciero su carro en el puro centro de Junín.

—Ya regreso niños, no me tardo. Voy a una diligencia a aquel almacén.

Y bajó llevándose las llaves. Veinte minutos después, un concierto de claxons históricos nos mentaban la madre, al unísono, en un tutti fenomenal. Un policía, incrédulo, se acercó:

—¿De quién es este Hudson, niños?

—De mi abuelito —contestamos en coro los tres: Darío, Aníbal y yo.

—¿Y dónde está el abuelito?

—Por allá...

Y nuestro vago por allá abarcaba a Medellín.

El policía subió al carro, quitó el freno de mano, hundió el embrague, y un grupo de voluntarios, de buenos ciudadanos empezó a empujar, a sacarnos a la orilla del río. Entonces salió mi abuelo del almacén: tan distraído que al ver la escena, en vez de sacar las llaves y echar a andar su carro, se unió al grupo de voluntarios a empujar.

De regreso a Santa Anita atropelló un mulo, con el faro izquierdo, y regresamos con ese ojo abollado, tuertos. En la noche se volvió un peligro salir en el Hudson. Ciego de un ojo, en la densa oscuridad parecía una moto.

Cansado de hacer estragos con el carro se dedicó a Santa Anita.

—Esta finca —dijo— necesita una mano.

Y empezó a fabular con albercas de las «Mil y una Noches», con una piscina. Pensando, buscando, encontró una mina: de piedras como pelotas, redondas, oblongas: las que necesitaba para la piscina. ¡Qué bien, se iba a economizar las piedras y el acarreo! Las había por todas partes en la finca, enterradas: cuestión de encargarle a un peón que se las sacara. Se empezó a reunir pues las piedras redondas, oblongas, y a abrir el hueco para la alberca persa. Pero cosa rara, como de Mandinga, el hueco se llenaba de agua, solo, en las noches. ¿Qué podría ser? Fue entonces cuando papi descubrió la catástrofe: las piedras redondas, oblongas, que se hallaban enterradas por doquier, eran los filtros de la finca, los que canalizaban las mil aguas subterráneas que venían de lo alto de la montaña. No estaban donde estaban por capricho de la naturaleza, sino por diligencia del

anterior dueño de Santa Anita.

—¡Con razón se filtraba el agua al hueco de la piscina! —dijo mi abuelo quitándose un misterio de encima.

Sólo que el agua se empezó a filtrar también a las huertas, a las pesebreras, a la casa, a los potreros, a toda la propiedad. Y Santa Anita, como pianola operada, quedó sirviendo para un carajo, se volvió un pantano. Clavábamos un palo de escoba en el pasto y brotaba un surtidor.

—¡Don Leonidas, por Dios, qué hizo usted! —decía papi aterrado.

Papi, el copropietario...

El montón de piedras quedó a la derecha, a la vera del camino que llevaba de la portada a la casa, como túmulo indígena. Por un año, por dos, por tres, por cientos, esperando a que lo vengán a descubrir los arqueólogos del futuro. En cuanto al hueco, quedó convertido en un gran charco: la tumba de las ilusiones. Unos sapos ojones, burleteros, surgían de cuando en cuando con un gran salto, como impulsados por un resorte, dándose un buen clavado en su piscina, para escarnio de mi abuelo. Nosotros adoptamos el túmulo de piedras como campo de batalla cuando nos dio por jugar a los muñequitos. No es que fuéramos niños maricas, no: éramos dramaturgos, de una inventiva feroz. Los muñequitos estaban hechos de hilo calabrés y vestidos con papelitos de aluminio, de relucientes colores: los que envolvían las chocolatinas y los cigarrillos Lucky Strike. Una cajetilla vacía de Lucky Strike entrevista a la orilla de la carretera adquiría pues el valor de un tesoro. El abuelo tenía entonces que parar su Hudson para que nos bajáramos a recogerla. Paraba porque paraba. ¡Pobre de él si no!

Vestidos los muñequitos con sus colores relucientes, armados de kris malayos, de sables y cimitarras, se trocaban en sanguinarios piratas: Sandokán, Yáñez, Tágalo, Girobatol, quienes sostenían en sus guaridas, por entre las cuevas de las piedras, sanguinarias refriegas con los ingleses. Había un problema de tramoya: que no bastaban seis manos para mover un batallón, pero se dirimía en combates singulares: uno contra uno, o uno contra dos. Aníbal manejaba un muñequito, Darío otro, otro yo. El resto, veinte, treinta, cien soldados ingleses y piratas malencarados contemplaban desde los distintos niveles de las piedras el combate mortal. Una culebra escurridiza, copropietaria del túmulo, se asomaba molesta a ver qué era el escándalo. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! sonaban tiros de cañones y mosquetes, y brillaban al sol los sables y las cimitarras.

Mi vida, en un inventario general, aparece como un inmenso error. Y se explica: mi íntima verdad, mi verdadera vocación, lo que quise ser fue pirata. ¡Pero de dónde sacar la cimitarra! ¡De dónde sacar la goleta! ¡De dónde el gobernador inglés de Palauán, de cuya hija me enamoré! Mi instinto aventurero se negaba a llevar la vida barrigona del común mortal. Hay una novela de Salgari, doctor, que aún me duele en el alma: «El Rey del Mar», en que Sandokán se despide de su destino. El autor, compasivo, lo hizo retirarse a tiempo para no ponerlo a hacer ridiculeces como don Quijote, en unos mares contaminados con submarinos nucleares. Sepan que el Rey del Mar soy yo, que tengo perturbado el corazón.

Entonces mami, Liíta empezó a ver de noche el espectro: un aparecido de esos que en Antioquia solían esconder en vida lo que tenían, en un entierro, y muertos regresaban de noche, a joder a los vivos, desde el más allá.

—Aquí te entierro y aquí te tapo, el Diablo me lleve si de aquí te saco — decía el viejito tacaño en el acto trascendental de enterrar la olleta de barro repleta de morrocotas de oro, bajo un zapote, bajo un naranjo, entre los resquicios de la tapia de un muro, o bajo el piso, en un socavón.

Muerto el viejito, se convertía en un alma en pena: del Purgatorio no podía salir hasta que un alma caritativa no se sacara el entierro. Eran los aparecidos. El que le cupo en suerte a mami se le presentaba en sueños y le decía:

—Lía: está bajo el zapote.

Al día siguiente los peones a escarbar, a tumbar el zapote: nada, no había nada, si acaso una muñeca vieja sin cabeza. Entonces por la noche se le volvía a aparecer el espectro y rectificaba:

—Lía: me entendiste mal: no está bajo el zapote: está bajo el naranjo.

—¿Cuál?

—El grande, en la portada.

Y a echar a tierra el naranjo grande de la portada. Nada, tampoco había nada.

—No haces caso Lía: está en el techo de la pesebrera.

Había que tumbarle el techo a la pesebrera, y las pobres vacas quedaban

durmiendo a la intemperie, a cielo raso. A las ocho o nueve de la noche, antes de irse a dormir, Lía empezaba a ver el fantasma por doquier: en la sombra de un naranjo, de un zapote, de un plátano, de un limonero. Las sombras le hacían señas. Los penachos largos del platanar la llamaban, como brazos:

—En nombre de Dios Todopoderoso, diga qué quiere —conminaba Lía a una mata de plátano.

No respondían nada. Las sombras por lo general no responden. Ni las matas de plátano.

Enseñoreado de sus sueños, de naranjo en naranjo y de plátano en plátano, el espectro se fue acercando a la casa y una noche a Lía le indicó: bajo el piso del corredor delantero, bajo la quinta azalea. Movieron la maceta de la abuela, rompieron la baldosa y cavaron en la tierra: lo de siempre: nada, no había nada.

—¡Qué raro —decía Lía— aquí fue donde indicó!

—¿Estás segura —le preguntaban— de que fue en la quinta azalea?

—Segura como que me llamo Lía.

Pero en la noche el espectro le señalaba bajo la cuarta, y al día siguiente, a volver a cavar en el corredor. De geranio en geranio, de azalea en azalea se rompió todo el piso del corredor delantero. Después el espectro mostró una pared de la sala: y a abrirle un boquete a la pared de la sala.

—El espectro —declaró solemnemente mi abuelo— debe de ser don Francisco Antonio Villa, el anterior dueño de Santa Anita, que ya murió.

Callaron todos. Por primera vez en cien años dejaron de hablar a un tiempo, y en el silencio expectante la voz del abuelo resonó tumbal y hueca y salió por la perforación de la sala.

—Hacé un poco de memoria Lía. ¿Cómo era él? ¿Bajito?

—Sí, bajito —dijo Lía—, barrigón.

Era él: don Francisco Antonio Villa, un hombre riquísimo, el espectro. Y la fiebre empezó a subir de treinta y siete a treinta y ocho, a treinta y nueve, a cuarenta grados. Dos días después estaban tumbándole el techo al cuarto de

Elenita. El fantasma una noche, con dedo rígido, le indicaba a Lía: «aquí», y otra «allá». Donde marcaba el dedo había que amanecer a cavar. Le tumbaron a Ovidio su cuartito de viejas en pelota.

—Lía, por Dios —decía papi, el único que conservaba la cabeza fría—, ya deja esa obsesión.

No. Colombia es matriarcado.

—No —decía ella—, no es por el interés del dinero. Con mi marido y mis hijos tengo de sobra.

Era por sacar un alma en pena del Purgatorio.

Primero fue el cuarto de Elenita, después el de Ovidio, después los nuestros, después el comedor. El abuelo anochecía dudando: Santa Anita, su casa, ¿qué iba a ser de ella? Pero el espejismo áureo le hacía amanecer decidido: reverberaban en el horizonte las morrocotas de oro, y a tumbar. La abuela, en la cocina, antes de que se la tumbaran dijo:

—Si quieren acabar con la casa, acaben con ella.

El tono era de amargo reproche: lo tomaron por aprobación. De cuarto en cuarto terminamos durmiendo todos, en promiscuidad de tugurio, en el de los abuelos: el último en caer. Así terminó la finca Santa Anita: por una ambición.

El enciclopédico, el estadístico, el imprevisible, el incomparable Ovidio me deparó el único trasteo feliz de mi vida. Caída Santa Anita como la casa Usher, se impuso regresar a Medellín. Iván nos prestó su volqueta. Iván, hermano de Lía y de Ovidio: para honor suyo tío nuestro. Médico rural y gente sensata: sus últimos años se los consagró a estudiar chino antiguo. Cargamos su volqueta de bote en bote con nuestros muebles ¡y a Medellín! Ovidio al volante; Darío, Aníbal y yo de copilotos. Papi había partido adelante en su carcacha, con Lía y el resto de la familia, liberándonos de la sacra potestad. ¡Y a correr!

Cincuenta, sesenta, setenta, ochenta, noventa, cien, ciento diez, ciento veinte, ciento treinta kilómetros, reventaba el marcador. Y nosotros:

—Más, más, más Ovidio, hundile más el acelerador.

Poco más había que recomendárselo a quien mantenía el alma embriagada

de velocidad. Pasaban postes, pasaban vacas, pasaban casas. De poste en poste iban los cables de la luz: cinco hilos como un pentagrama. Pasaba un poste y ¡zas! Otro y ¡zas! Otro y ¡zas! Dándonos bofetadas. Hileras de mirlos instalados despreocupadamente en los cables, en plena conversación. La corriente eléctrica les pasaba bajo las patas, haciéndoles cosquillas. Alígera al viento volaba la volqueta de Ovidio, rauda como un gavilán. ¿Y los baches? Los baches ni se sentían, eran colchón de plumas. O mejor dicho de agua, porque acababa de llover. Esparcíamos el agua de los charcos remojando a los transeúntes del camino con un chaparrón. ¡Jua jua jua jua jua! Quedaba un pobre estúpido empapado, sorprendido, corrido, avergonzado, diciéndonos hijueputas, pero con la velocidad que llevábamos ¡qué íbamos a oír!

—¡Más Ovidio, más, más!

En una curva voló a la izquierda una silla y fue a dar a un gran charco. En la siguiente, a la derecha, voló un colchón. No nos deteníamos. ¡Quién detiene un bólido de fuego! De las casitas campesinas se precipitaban hombres, mujeres, niños, perros, a recoger lo que les aventábamos. ¡Ahí les va un sillón, una olla, pobretones! Les llovía del cielo lo que no habían trabajado. Una bendición. Ovidio era un irresponsable. Darío un irresponsable. Aníbal un irresponsable. Yo un irresponsable. ¡Qué más da!

Cruzamos la Ayurá de un suspiro, levantando manantiales de agua. El radiador se mojó, pero era tanta la velocidad que se secó en el acto y la volqueta siguió. Pasaban borrosas las casas campestres de los ricos de El Poblado... Manchas fugaces de colores en un transporte de felicidad. ¡Ciento cuarenta! Carros y camiones se apartaban a nuestro paso, reverentes, como quien ve pasar a su lado una revelación.

—¡Hundile más el acelerador, Ovidio, la carretera es nuestra!

Ciento cincuenta y estalló el velocímetro. La carretera era nuestra. Frenéticos, vertiginosos, endemoniados, poseídos por el demonio de la velocidad, tomamos la bajada de El Poblado a Medellín acelerando, y entramos a la zona fabril, a la recta final. Entonces, frente a la fábrica de oxígeno Fano (Fábrica Nacional de Oxígeno, ¿para qué será esa idiotez del oxígeno, Ovidio?), entonces, entonces... Entonces...

—¡Cuidado Ovidio que viene un bache inmenso! Inmenso, inmenso, inmenso. Y en ese bache inmenso tronó la carrera y tronó el carro. ¡Buuuuuum! Se

despanzurró la volqueta de Iván con nuestros muebles dando un acorde de tónica: do mayor.

Y aquí hay un ligero bache en el relato (también los relatos tienen baches), que lo puede llenar quien quiera con la reacción de papi en Medellín. Yo no. A otra cosa.

Mami, Liíta, con su voluntad caprichosa y tornadiza quiso también aprender a manejar. Y tuvimos que conseguirle un instructor de choferes: Mi Rey, el mejor de Medellín. Mi Rey enseñaba en una camioneta muy vieja, una Ford, de los comienzos de la era industrial. Pero Lía Rendón tenía cinco grandes problemas para aprender a manejar: sus cinco hijos. A clase tenía que asistir con los cinco: los tres que ustedes ya conocen y otros dos: Silvio y Carlos: cuarto y quinto fruto respectivamente del árbol pródigo que habría de dar muchos más. Cuando aterrizó Carlos, papi nos llamó a presentárnoslo:

—¡Levántense, que van a conocer a otro hermano!

Lía estaba en su cuarto, en su cama grande arropada con cien sábanas no se fuera a resfriar. Religiosamente, las mujeres de entonces guardaban cuarenta días de cama tras el parto, comiendo, reponiéndose, para no morir. Nos inclinamos con los ojos muy abiertos sobre la cunita de Carlos y él rompió a llorar. ¡Qué joda, otro niño berrietas!

Dos años tendría Carlos, y Silvio uno más, cuando asistieron a las clases de Mi Rey. La primera clase: doña Lía conociendo el carro, sus partes externas, sus adminículos, lo que es. Vamos a enumerarlas en original y traducción española:

—Esto que ve aquí, doña Lía, es la rueda de manejar (el volante). Y esta palanca de aquí son los cambios (las velocidades). Que son seis: neutra, primera, segunda, tercera, directa y reversa. El pedal del pie izquierdo es el cloch (el embrague). Y este otro pedal del pie derecho es el freno, que va a ser el más importante para usted.

¿Qué quería decir Mi Rey? ¿Que lo que iba a aprender Lía era a frenar? ¿No a manejar?

—Y esta palanca que usted ve, que se jala con la mano izquierda, así, es la emergencia (el freno de mano). También muy importante para usted. En caso de pánico, jale la emergencia hundiendo el pedal del pie derecho y soltando el acelerador.

—¿Y cuál es el acelerador? —cortábamos nosotros—. Todavía no se lo ha explicado.

—El acelerador es éste, doña Lía.

Y se lo mostraba sin hacernos caso. Y ella:

—Aaah...

Las clases eran lunes y miércoles a las tres de la tarde. Manejando él, Mi Rey llevaba su camioneta desde nuestra calle en pendiente hasta una calle plana y desierta. Allí empezaba la clase, sus explicaciones. Mes y medio había transcurrido y por esa calle plana, desierta, Lía no había avanzado un solo metro. Mi Rey no quería que arrancara hasta tanto no supiera hacer los cambios. Y Lía era incapaz de hacer los cambios. Se trababa, los trababa.

Como los cinco niños estábamos hartos de la calle plana («¡Otra vez la misma historia!»), Mi Rey se vio obligado a dar un paso más en su instrucción. Y arrancó Lía a su lado, llevando ella el volante: ¡la rueda de manejar! En la primera esquina metió un frenazo que me recordó a mi abuelo: descalabró a Silvio. ¡Y al hospital a coserlo!

A los tres meses Lía estaba aprendiendo a arrancar en pendiente: por la subida más en pendiente del barrio Manrique, que es una pared. Con el pie derecho tenía que dejar de frenar y simultáneamente acelerar, una combinación de movimientos para ella imposible: se le iba el carro hacia atrás. Me tapo los oídos cerrando los ojos, y ahí vamos barranca abajo de culos, hasta que los reflejos aterrados de Mi Rey hundían el freno, con chirrido horripilante, poniéndole término a una ciega carrera en reversa hacia lo hondo, hacia el camposanto.

Mi Rey desistió de hacerla arrancar en pendiente.

—Simplemente, doña Lía, no se meta por ninguna subida. Vaya siempre en plano o en bajada.

Saludable consejo en una ciudad de montaña.

Un mes después, Lía presentaba su examen para recibir la patente: en subida: la hicieron arrancar en una calle en pendiente, la falda de Buenos Aires que está cerca a la Dirección de Tránsito. Las cinco criaturas fuimos con ella, a darle apoyo moral e indicaciones. El perito examinador sudaba su terror a chorros.

Regresamos a la Dirección de Tránsito con él manejando:

—Verá usted, doctor —le dijo a papi, que era un jefe político importante—: su señora no sabe manejar, pero si quiere usted que yo le dé licencia se la doy, para que maneje carro y avión.

El único viaje que hizo Lía de chofer patentado fue a Santa Anita, a visitar a la abuela: un diez de mayo, día de la madre. Le llevábamos un pastel. Al lado de Lía iba papi, ocupando el lugar que en la instrucción ocupaba Mi Rey: alerta, muy alerta. Sólo llegamos hasta Envigado: a la entrada del pueblo Lía atropelló un niño: lo mandó rebotando de un trancazo al pavimento.

—¡Lo mató! —gritamos todos, y Lía se echó a llorar.

Papi bajó del carro a recoger el cadáver, pero el niño se levantó como si nada, y sacudiéndose el susto se fue a jugar. Los niños antioqueños somos así: machos y verracos, no nos mata ni un camión. Al llegar a Santa Anita, manejando papi, Lía rompió su patente y echó al aire los pedacitos de su sueño de chofer.

Liíta, que no aprendió a manejar, me enseñó a leer. Nos instalábamos en la ventana de la sala con la cartilla, un librito ilustrado con figuritas. Aprendí las vocales, las consonantes. Con inseguro trazo las iba garrapateando en un cuaderno cuadriculado.

—¿Cuál es ésta?

—La ce.

—¿Y ésta?

—La a.

Ce y a: ca; ese y a: sa; ca y sa: ¡Casa! Y estaba dibujada en la cartilla la casa. ¿Por qué se llamaría ese librito cartilla? Cuando el abuelo estaba enojado decía: «A mí no me pongan cartilla». ¿Qué tenía que ver una cartilla con la otra? ¿Cartilla era un motivo de rabia? Casa, gato, papá, mamá... Y después de las palabras se iban formando frases en la cartilla, con sus correspondientes ilustraciones. Había una que no podré olvidar: «El enano bebe». Y se veía al enano con su copa. ¿Qué beberá el enano? ¿Aguardiente? ¿Vino de consagrar? Enigmática y transparente, insólita y cotidiana, la frase con su imagen ha llegado a tener más realidad para mí —diez, cien veces más— que la de ese Ser Creador de que tanto hablan, con Su

Divina Providencia. El enano sosteniendo su copa se ha incorporado a los huesos de mi cabeza. Sé que habrá de acompañarme siempre, hasta mi último momento, con el Diablo a mi izquierda, en la impenitencia final. El enano bebe... ¡Y qué!

Tiempos antediluvianos de mi niñez en que ocho kilómetros era el fin del mundo, y en que la bragueta de los pantalones tenía botones. Cuando aprendí a leer me metieron a la escuela, a un colegio de monjas que en el primer año era mixto: inocentes niñas mezcladas con demonios. Si bien el primer día los llevaban aterrados, los demonios iban agarrando fuerza. A mí me llevó Lía una tarde, y tras de conversar un poco con la maestra (la señorita) me abandonó. Me dejó solo cortando el cordón umbilical que me unía a ella, a mis hermanos, a papi, a la abuela, al abuelo, a mi casa, a Santa Anita, a mi felicidad. Empecé a dar unos alaridos tales que se diría un marrano que estuvieran acuchillando en el matadero. Después, a fuerza de abandono, me calmé. En las horas sucesivas fueron llegando otros marranos acuchillados, que abandonaban sus mamás. A las cinco un autobús repartía a los marranos ya calmados, llevándolos de vuelta a sus respectivas casas o porquerizas. Dados mis extensos conocimientos en letras, me convertí en profesor auxiliar de la señorita, para enseñarle al resto de los marranos a leer: El-e-na-no-be-be-vi-no. Seguía bebiendo el borrachín.

Para los sociólogos históricos y para los historiadores del lenguaje, que se lleva el viento, anoto aquí que el peor insulto que se le podía decir a un niño entonces era el de niña. Era echarle encima un alud de herencia española, una tonelada de honor español. Se le subía al infante la rabia a la cabeza, y a pelear. Y esos guerreros de cinco o seis años, caballeros de pipí, por el insulto de niña se batían durante los recreos como gallos de pelea levantando el polvo del patio, hasta que los separaban o hasta morir. Se reventaban las narices a trompadas y ¡oh horror! se sacaban sangre. El niño tal «le sacó sangre» a tal otro. La expresión corría de boca en boca por el salón, cargada del siniestro prestigio de una puñalada asesina en una cárcel.

Un profesor de gimnasia fue contratado para meternos en cintura: «Hijos de la gran puta, conmigo sí no van a poder» nos decía su mirada torva. Y el contingente de los treinta gallos de pelea, que abusaba de la maestra, empezaba a temblar como gallinas. Éramos unas niñas cobardonas de pantalón: pantaloncito corto azul oscuro, camisita blanca de manga corta y una especie de batón blanco de rayas azules que entonaba el conjunto: la capa del rey.

El autobús que a las cinco nos devolvía a nuestras casas una tarde me olvidó. Hube de salir entonces del colegio de las hermanas a pie, para retornar,

como Ulises, a mi lejano hogar: por mares de tormenta desafiando naufragios. Claro que no se naufraga a pie, pero se puede morir: treinta cuadras azarosas que eran cien kilómetros, cruzando el barrio La Toma, de los camajanes. El barrio estaba en un hoyo cósmico, agujero negro del Universo por el cual corría una quebrada ruidosa y sucia como su alma. Había que bajar por una escalera de cemento y subir por otra tras de cruzar un puente de tabla, quebradiza: rugiendo el monstruo abajo. Quien metiera la punta de un dedo en las aguas inmundas de la quebrada La Toma moría de tifo; en cada milímetro cúbico de líquido mortal había cinco millones de *corynebacterium diphteriae* y *rickettsias*: Ovidio las contó. Amén de *yersinias pestis* destrozadoras de ganglios, *pasteurellas multocidas* acuchilladoras de pieles, *shigellas dysenteriae* perforadoras de intestinos, *pseudomonas rompedoras* de oídos, *listerias monocytogenes*, vibriones coléricos, *francisellas tularensis*, *bordetellas pertussis*, *erysipelothrix insidiosas*, mil quinientos tipos de *salmonellas*, un escuadrón de *proteus vulgaris* y putrefactosos, *brucellas*, *klebsiellas*, *veillonellas*, *treponemas*. ¿Para qué seguir? Preferible dejarme caer en el abismo. Mis pasos inciertos avanzaban por el puente de tablones movedizos hacia el desenlace fatal: a quien lo cruzara lo remataban en la escalera de subida los camajanes. «¿A dónde irá este niñito riquito hijueputica? —pensaban viéndome pasar—. Habrá que bajarlo». ¿Pero qué me iban a bajar? ¿La maletica de los útiles? ¿La cartilla con el enano bebedor? ¿De qué les iba a servir?

A mami le dio un soponcio viéndome regresar vivo, a pie. Era como para demandar a esas hermanas gorronas, como para levantarles un sumario criminal, como para hacerles clausurar el negocio por la Secretaría de Educación. Al año siguiente entraba a estudiar con unos esbirros tonsurados de Satanás en el colegio del Sufragio.

¡Más me valiera no haber nacido! Cambio cien vibriones coléricos por uno de ellos. Cambio cien años de purgatorio o infierno por los seis que pasé allí. Qué fieritas los padrecitos salesianos, y aún no les clausura el negocio la Secretaría de Educación. En el primer recreo, el primer día, el padre Slovez de un bofetón le estalló el oído a un niño porque al sonar la campana no formó a tiempo. Cierro los ojos para imaginar el infierno, y veo un amplio patio en la vecindad de una iglesia de ladrillo, y en el patio diez fieras de sotana negra rondando a dos o trescientas ovejas que no pueden escapar: los cristianos del Coliseo en pleno foso de los leones.

Si en los recreos rompían oídos, ¡qué no harían en las clases estas *erysipelothrix insidiosas*! Estos leptóspiros, estas borrelias, estos clostridios gangrenosos, adoradores de un santo pervertido que tenía por amante a un niño.

Levantarse a un niño por las patillas era castigo menor. Y si el inocente pedía permiso para ir al sanitario, a olvidarse por un instante del alma obligado por su humana esencia, se tenía que aguantar. Así que quienes no salían de ese colegio despatillados o sordos estallaban. Una furia seminal contenida les daba a estos verdugos nazis una falsa apariencia de salud en la cara, siempre a punto de explotar, y les pudría el alma y el aliento. Seis años, digo, de campo de concentración, pero sobreviví.

Al terror físico se sumaba el moral: terror por partida doble. De aperitivo, los miércoles de ceniza nos servían polvo con gusanos: «Polvo eres y en polvo te habrás de convertir». En eso habían terminado todos, reyes y emperadores, incluso Napoleón. De plato fuerte venían los Ejercicios Espirituales, nuestra semana de pasión. ¿No han vivido estas vacaciones? Entonces no saben qué es una confesión sacrílega ni la impenitencia final. Voy a explicar. Al confesor se le dice todo, absolutamente todo, y quien algo omita se jodió. Hay que decir cómo, cuándo, cuántas veces, dónde, con quién y el teléfono. Si por buena educación se calla algo, la comunión que sigue es sacrílega, y de confesión sacrílega en comunión sacrílega el pecado se va acumulando, como deuda de país subdesarrollado, hasta el Juicio Final. Un obispo que pasó en vida por un santo varón, muerto, el día de su entierro, se levantó del ataúd en pleno oficio de difuntos y ante toda la congregación aterrada dijo: «No os engañéis hijos míos sobre mi santidad: voy camino al Infierno por una confesión sacrílega que hice en mi juventud». Y se despeñó en la Eternidad.

En cuanto a la impenitencia final, les daba más bien a los que estudiaban con jesuitas, como Voltaire. En el lecho de muerte se negaban a recibir al confesor, y si éste, humilde, santo, se colocaba a la derecha como buen conservador, el moribundo giraba la cabeza con desprecio para dar el último suspiro por la izquierda, donde estaba Lucifer, liberal. ¡Qué jesuitas ni qué Grace Line! A mí denme cien jesuitas por un salesiano.

Al pecado de pensamiento, por si usted no lo sabe, sigue el pecado de obra. Como los dos causan infierno, se pasaba del uno al otro con toda naturalidad. Así pues, el riesgo estaba en el primero. Y he aquí que de la noche a la mañana un enjambre de malos pensamientos empezaron a importunarme con insidia, como abejas africanas empeñadas en clavarme su punzón. Aterrado, movía de un lado al otro la cabeza con fuerza para sacudírmelos, con grave riesgo de un desprendimiento de retina.

Dice la ciencia teológica, condensada en el catecismo del padre Astete, que

los enemigos del hombre son tres: Mundo, Demonio y Carne. Por el primero no me preocupaba: ¡qué me iba a importar esa bola estúpida que va dando vueltas por el vacío sin ton ni son! Pero el segundo me tentaba con el tercero y no me dejaba en paz. La carne, ¡fea palabra! Cuando Lucía le comentaba a san Nicolás sacándola de su contexto propio: «La carne ha subido mucho», yo me extrañaba. ¡Qué! ¿Ha subido la falda o el solomo? ¿O subieron las putas? ¿Qué quería decir? Ahora bien, si el segundo enemigo tentaba con el tercero no eran dos sino uno. La ciencia teológica mostraba en este punto cierta falta de rigor. Era como esos manifiestos del doctor Goyeneche, sempiterno candidato a la presidencia de Colombia, que vivía en la Ciudad Universitaria y sacaba cien votos, uno de los grandes personajes que han pasado por mi vida a menos de cinco metros (a Jean Paul Sartre lo vi sentado en el Tre Scalini de la Plaza Navona en Roma). Empezaba la proclama del doctor Goyeneche: «Los tres más graves problemas de Colombia son: Uno y Dos».

Concebido en forma de breves preguntas y respuestas, el catecismo del padre Astete era un modelo de pedagogía y ciencia religiosa. A una respuesta que enunciaba el complejo postulado teológico de las tres personas distintas y un solo Dios verdadero en la Santísima Trinidad, recuerdo que seguía esta pregunta: «¿Por qué?» Y a tal pregunta una respuesta genial: «Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que saben responderlo». Les chutaba el padre Astete a los pobres doctores de la Iglesia la pelota de la gran complicación. Pero su servidor, que detesta el fútbol, nunca quiso chutar, y empezaba a razonar, a blasfemar: ¿Cómo era eso de que Jesucristo trocaba el agua en vino en las bodas de Canán? ¿Estaba alcahuetando la borrachera? ¿Y por qué sacar furioso a los mercaderes del templo? «Mi casa no es cueva de ladrones sino sitio de oración», y fue. ¿Perdía la paciencia porque unos pobres señores con mujer e hijos estaban trabajando? ¿Por qué no los hizo entonces ricos si no quería que trabajaran? ¿O por qué no les construyó un mercado? ¿Y para qué hizo al ciego de nacimiento si después lo curó? ¿O no lo hizo él sino el Padre? Entonces, los desastres que hacía el Padre ¿los remediaba el Hijo? ¿Por qué más bien no ponerse antes de acuerdo los dos? ¿O los tres? Porque eran tres, ¿o no? ¡Dónde estarás François Marie Arouet! Bajo tierra, claro, pero a más de cinco mil metros de la superficie, en el último círculo, adonde van los que cometen el gran pecado de pensar. Quiero terminar como tú, en tierra caliente.

He gozado del privilegio de ser en Semana Santa uno de los doce apóstoles, y de salir un Corpus Christi en carro alegórico convertido en santo. Justa compensación a mis desvelos por dominar el catecismo del padre Astete de pasta a pasta, de cabo a rabo, que me llevaron a ser el primero en religión. Y el mejor en religión, es lógico, era el mejor en geografía, el mejor en ciencias naturales, el mejor en matemáticas. Llegado el acto público de fin de curso me cargaban el corazón de

honoros y el pecho de medallas. ¡Qué orgullo para mi papá! ¿Y a tu hermano Darío? A él nada. ¿Y a Aníbal? Nada. Digo, pues, que salía en carro alegórico, transfigurado por una luz celestial. No sé a santo de qué fue el último desfile en que salí en tarima móvil. El que venía conmigo, en estatua, era Don Bosco, con su Domingo Savio. Ellos amarrados por la base, con unos lazos que no veían los feligreses de la calle, al techo del camión. Yo de misionero salesiano, otros niños de indios, y una niña de monjita. Formábamos un cuadro estético inmóvil. Lo más que se nos permitía era entornar los ojos, sin podernos mover.

El camión partió del colegio y de la iglesia del Sufragio con su cuadro celestial en el techo rumbo a la Basílica Metropolitana, en el centro. Lenta, ceremoniosamente. A lado y lado de la calle, abierta de acera a acera, la multitud reverente nos veía pasar. Un ángel-niño, móvil, les iba lanzando nardos y azucenas que sacaba de un cesto, desde nuestro camión. ¡Qué preciosidad de cuadro! ¡Qué orgullo para los salesianos! ¡Qué paz para todo el mundo! ¡Qué placer para mí la santidad! Un haz de luz celeste me iluminaba a mí solo con un aura beatífica, un resplandor. Cuadras y cuadras avanzamos por entre la ciudad extasiada, en tanto otros carros alegóricos se iban sumando al nuestro, camino de la catedral. Se derretía la multitud de calor y fervor. Cuando llegamos al parque de Bolívar, ante la basílica (la más grande en ladrillo, con dos millones de ladrillos cocidos, ya saben), punto de confluencia de otros ríos de religiosidad y principio de la gran ceremonia, mis ojos entornados bajaron de la corte celestial a la tierra, al techo de mi camión, un instante, para descansar, y vieron a la monjita misionera mirándome. Y me enamoré. ¿Se imaginan ustedes un padre misionero enamorado de una monja misionera? ¡Qué horror!

Terminada la procesión, el desfile, la multitud se dispersó. Y emprendimos el regreso a casa, al colegio del Sufragio, en el ex carro alegórico, en el camión. El cuadro celestial se relajó, se descompuso, y los inditos empezaron a jugar y el chofer a correr. A correr, a correr, a correr por las calles desiertas. Íbamos la niña y yo, palomas de campanario, diciéndonos nuestro amor con la mirada, cuando ocurrió el accidente: Don Bosco tropezó con la cabeza contra un alambre de la luz, y pasando sobre la mía describió una parábola veloz y fue a dar contra el pavimento. A un paso de la muerte, lo vimos caer aterrados: la estatua de yeso se descabezó. Pocos días después, para reemplazarla, en su altar de la iglesia del Sufragio los padres salesianos instalaron otra, que le mandaron hacer a Pacho Licasale, el esposo sablista de la prima de mamá. Quedó Don Bosco más flaco, más pálido, más demacrado, como si acabara de salir de un paludismo. Ni me pude acostumbrar al nuevo santo, ni volví a ver a la monjita misionera. Nos habíamos dicho nuestro amor con la mirada, pero se nos olvidó decirnos el teléfono. Mi amor

desesperado la buscó por todo el barrio. Nunca la encontró. En vano esperé verla aparecer en misa de siete, de ocho, de nueve, de diez, de once, de doce. Un domingo, otro, otro... Nunca apareció. Mi vida, ahora lo sé bien, habría sido muy otra de haberla encontrado: tan distinta como el destino de Europa si Napoleón no hubiera perdido en Waterloo. Pero perdió. Esa tarde habían pasado a mi lado una señora de negro y un chiquillo de blanco: la Muerte y el Amor, que se siguieron de largo.

La piscina que no hizo el abuelo en Santa Anita la hizo Lía en Medellín: cuando se le metió en la cabeza bañarse en las saludables aguas del mar. Como el mar está a cuatrocientos kilómetros de Medellín, por carretera polvosa, hubo que hacerle uno propio en el solar de su casa. Dejando en pie el naranjo excavamos la huerta y se construyó la piscina. Lía hacía echarle costalados de sal, y en los muros blancos, encalados, hizo pintar palmeras para reforzar la ilusión. Grandes abanicos de palma, que movían sus hijos en la tramoya, echaban a andar la brisa, y con un atronar de tapas de ollas simulábamos la tempestad. Uuuuuu... aullaba y se iba el viento.

Días después de construida la piscina, nuestro mar propio, Silvio cayó en ella: dio un bote en el fondo, ascendió a la superficie y se agarró del borde a esperar. Esperó una hora, hasta que notaron su ausencia y lo rescataron. Así el niño de pocos años fue salvado de las aguas, como Moisés. Sólo que el remordimiento por poco acaba con Lía:

—Ay hijito mío, hijo lindo, te me ibas a ahogar.

Y se deshacía en otro mar de lágrimas, ya con sal.

Y el remordimiento le dictó una drástica determinación: clausurar la piscina. Y a taparla con tierra. Dos días después, el sentido práctico le dictaba una contraorden: «Estás loca, Lía, no es cuestión de tapar la piscina, que el niño aprenda a nadar». Y a vaciar la piscina de tierra para que se pudiera llenar de agua. Pasado un mes volvía a hacerla clausurar: temía que al bañarse sola le diera un calambre y se ahogara. Pero el sentido práctico: «No seas tonta, Lía, lo que procede es no bañarte sola y conseguirte un salvavidas». Se consiguió el salvavidas y teníamos que vigilarla horas y horas, con el palo con que tumbábamos las naranjas listo para que se agarrara en caso de necesidad. Los largos baños eran por el gran placer de aprovechar el agua, que las Empresas Públicas de Medellín cobran carísimo. Ahora bien, las hojas del naranjo caían a la piscina, se pudrían, y había que cambiar el agua cada dos o tres días, porque no se iba a bañar ella en un

pantano, en una ciénaga, no era un sapo. El cambio continuo de agua costaba una fortuna, y la hizo tapar por tercera vez. ¿Y tu papá? Él callado. Uncido al carro de su destino, a trabajar y a callar. Se reabrió porque Lía dejó de dormir pensando en la inversión gigantesca que le había obligado a hacer.

Fue entonces cuando dejamos de ser «los del piano» y nos convertimos en «los de la piscina». Famosísimos. Nuestra fama iba de boca en boca, de casa en casa, de cuadra en cuadra, y ya se salía de la circunscripción del barrio de Boston. Infinidad de niños se presentaban a nuestra casa a bañarse, en la mañana, en la tarde, en la noche, en traje de baño o en calzoncillos. Y hasta traían a sus papás.

— Esto se va a volver otra Santa Anita — dijo Lía.

Pero andaba mal: no «se iba»: se había convertido en otra Santa Anita, en propiedad pública, en baño público. Y se clausuró una vez más. Sólo que si había un motivo para taparla, siempre había otro para volverla a abrir. Así el ciclo se empezó a repetir ab aeterno: era una piscina mágica que se vaciaba de agua para llenarse de tierra y viceversa, al ritmo de una obsesión.

Nos convertimos en ases de los cien metros y del clavado. A falta de trampolín servía el techo: tomando impulso desde la fachada partíamos en carrera libre sobre el tejado, haciendo crujir las tejas, y ahí vamos: ¡Buuuum! ¡Doble vuelta en el aire! Las tejas rotas, para no desperdiciarlas, servían de proyectiles contra la fortaleza de enfrente, la casa de los Morenos, liberales: Magda y Libia. Magda era la cuerda. Locutora en La Voz de Antioquia o en La Voz de Medellín, había escrito una novela: «El Embrujo del Micrófono»: en el último cuarto de su casa tenía guardada, íntegra, la edición. Caía una teja, tronaba un vidrio, y salían los Morenos a inspeccionar: nada, la cuadra vacía. ¿Quién pudo ser? Los pusimos a vivir en permanente zozobra. Sin saber a qué atenerse, un día caía la teja a las cuatro, al siguiente a las tres. ¡Tas! Tronaba el vidrio con ruido seco, vulgar. Desde las almenas de nuestro castillo los veíamos salir: como avispas toriadas de su avispero.

Cuando descubrieron que las tejas eran conservadoras, que provenían de enfrente, cruzaron la calle y vinieron a quejarse con papá. Lo hicieron comportarse esa vez de forma infame con sus hijos y copartidarios: se puso de parte de ellas. Dizque no era cuestión de política la tunda de cintarazos que nos propinó... Salieron muy derechas, muy dignas ellas, las dos solteras.

— Tísico, tuberculoso, ojalá te murás — me decía Libia cuando volvimos a reincidir.

Y cinco demonios se contorsionaban de risa. Años después les aterrizó un personaje que parecía de Marte: una tercera hermana, Isabel. Ingenua y dulce, nada sabía Isabel de las cosas humanas. Gorda, con un trasero prominente, los camajanes irrespetuosos le decían:

—Monita, ¿me lleva al anca?

Les contestaba con una sonrisa. Después descubrí que venía del manicomio y cómo perdió la razón: en unos ejercicios espirituales, de jovencita. Empezó a obsesionarse con haber hecho una confesión sacrílega y enloqueció. Veinte, treinta años debía de haber pasado en el manicomio cuando la conocí. Y mi ternura volteriana se enamoró de Isabel.

Años antes de estos sucesos, otras procesiones ya me habían hecho subir la fiebre a la cabeza: las del viernes santo. Viernes santo, día de dolor, a las once de la mañana por el centro de Medellín, cuando Jesús cae tres veces, procesión de las tres caídas. Adelante, precedidos por los monaguillos y los incensarios, iban tres padres con sus casullas bordadas de oro. Atrás iba la banda tocando «Las Estaciones» de Vidal. En medio nosotros, los comparsas, los extras, la multitud. Y sobre nosotros Cristo, Pilatos, los judíos, los apóstoles. Iban los doce apóstoles en fila india, tambaleantes, con sus largas vestiduras de terciopelo, rojas y azules. Como si los detuviera un semáforo celestial, paraban en cada esquina y se perdían por un instante, etéreos, entre un fervor de rezos y nubes de incienso. En la noche, a las nueve, en nuestro barrio de Boston tenía lugar mi procesión preferida, la de la Soledad. Salía la Virgen Dolorosa de singular hermosura, sola, desolada, con su manto negro tachonado de estrellas, tambaleándose sobre las cabezas de la multitud: la iban meciendo las olas de un río humano. Virgencita linda, ¿por qué vas así de triste? ¿Qué te pasó? ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! hacía el bombo con su voz luctuosa, fúnebre, velada de violeta, e iba la tuba dando ayes profundos de dolor. Papi me llevaba de la mano, no me le fuera a perder en una nube de incienso o entre la multitud. Ardían los cirios, llorando, y él nunca estuvo más cerca de mi corazón.

En la casa del Perú había un naranjo, y en Santa Anita un caracol rosado que guardaba en sus volutas toda la cadencia del mar. Aplicado al oído entregaba su secreto. Una madrugada partimos en el viejo jeep de papi por una carretera polvosa, a conocer en persona al dueño de esa voz profunda, que desde el fondo del caracol nos llamaba. Curvas, montañas, curvas, montañas, viajábamos a lo largo del día dejando atrás las horas polvosas con sus montañas. Al atardecer llegamos a un gran río, el Cauca, y a un pueblo de pescadores: Puerto Valdivia,

donde reina la muerte liberal. En su único hotel, un hotelucho de tablas de esos que se lleva el huracán, pasamos la noche: nos dormimos abrumados por el polvo y el cansancio y arrullados por el río.

—¿Qué hay en medio del Cauca?

—¡Un caimán, una isla!

—No: una «u».

Al amanecer reemprendimos el viaje: por una zona tórrida, liberal. Pueblos de madera liberales y más pueblos liberales. Y se fueron quedando atrás las horas con sus pueblos liberales.

Lo que sentí del mar primero, antes que su rumor inmenso fue la sal. La traía el aire, el viento, en ráfagas que azotaban los maizales. Después oí su voz: honda, inconmensurable, abismal, viniendo del fondo de las edades. Una curva, otra, otra y entonces lo vi: una explosión seca de azul. No era un azul claro, no era un azul fuerte: era simplemente el azul. Un cuadrado de azul seco, rotundo, en la plenitud de la tarde. Se me saltaba el corazón. Sólo puedo comparar a la impresión del mar otra que viví muchos años después: la de la nieve, en el desamparo, en Nueva York. En estas expansiones líricas caemos siempre los que somos del trópico y de montaña, pero qué le vamos a hacer. Pido disculpas. Qué risa me darán los limeños describiéndome la lluvia, a mí que nací bajo un aguacero...

Después del mar hay en mi recuerdo una carretera asfaltada y un crepúsculo, que me ahorraré el trabajo de describir. Todos los crepúsculos son iguales, un lugar común. Y sirven para un carajo: para pedir deseos que nunca se han de cumplir. Después del susodicho crepúsculo estaba Cartagena con sus murallas. Tiene Cartagena un convento en un cerro que se llama La Popa; tiene casas de balcones; tiene iglesias coloniales; tiene un fuerte de socavones misteriosos, San Felipe, rompeolas de todos los piratas y de todos los ingleses; tiene una población de negros africanos perezosos, indolentes, que son todo gritos, risas, dentaduras relucientes y un sin fin de voces que suenan como maracas; tiene carrozas tiradas por caballos para que den la vuelta los forasteros, y un cabrón cochero que abusando de nuestros arrebatos admirativos de turistas, como médico acostumbrado a ver morir pacientes, por veinte cuerdas nos cobró un dineral. Todos estos lugares son así: no falta el bandido en cada esquina para abusar del viajero. Por eso cuando un taxista me pregunta en Nápoles, en Venecia, en Río, cómo me parece la ciudad, yo invariablemente respondo: «Fea».

Más ancho y más hondo que el Cauca es el Magdalena, ese que parte la geografía de Colombia en dos, con un trazo sinuoso. En persona no lo conocí, nunca me lo presentaron; sólo de oídas supe de él, por alusiones de la abuela. Años antes de que yo naciera hizo un viaje, el único, del que siguió hablando el resto de su vida: en un barco de vapor por el río Magdalena, desde Barrancabermeja en el confín de Antioquia hasta Barranquilla, la Costa. Hablaba de caimanes despanzurrados al sol en sus riberas, calentándose la barriga. A la hora del almuerzo, a medio día, cuando el sol ahorra las sombras, el caimán abría la boca inmensa por veinte minutos, media hora: se le iba llenando de moscas. Y entonces ¡tas!, la cerraba de un golpe seco, como quien tira una puerta. Luego a hacer la siesta, el haragán, en los playones. Cierro los ojos y veo los caimanes del río Magdalena que no conocí, y sus barcos de vapor que ya no existen: los veo en el recuerdo de Raquel Pizano, mi abuela. Como cajitas chinas que salen unas de otras, el mío es un recuerdo de un recuerdo. En Barrancabermeja, donde la abuela se embarcó, mi abuelo tenía negocios. Una dorada, un pez inmenso que nunca supe si era de la familia del caimán o del tiburón, pero que acaso por ser mujer, engañosa, lo fuera de la familia de la sirena, se llegaba hasta el embarcadero a acechar ingenuos: una noche se llevó a un señor... Ese río Magdalena de mi recuerdo es caudaloso, turbio, siniestro: tiene un color de agua terrosa, sucia, como alma en pecado mortal. Dicen que el marido de Toñita, la hermana de mi abuela, en él se ahogó. Una noche cayó al agua de un planchón, borracho, al cruzarlo. Pero era tanta la borrachera que ni cuenta se dio. Así quiero morir yo: de muerte piadosa, sin saber. El marido de Toñita se llamaba Carlos y tampoco lo conocí; antes de que yo naciera se lo llevó el río...

Antioquia vivió por siglos aislada, en sus montañas. El ferrocarril que construyó Cisneros, en plena selva, la desembotelló. A Cisneros, cubano, le hicieron en Medellín una plaza, con su nombre y su estatua: la de la estación ferroviaria, de donde partía el tren. Era un tren escandaloso, que silbaba en cada curva, pero bueno pa subir montañas. Salía de Medellín a toda máquina, por entre platanares y maizales. Uuuuu... Uuuuu... Uuuuu..., silbaba para que lo oyeran pasar. ¡Aquí voy yo, a un lado vacas! Y su negro penacho de humo se alargaba y se deshacía en el viento. Pero, ay, después de la alegre planicie venían las montañas, y a resoplar, a subir, a sufrir. Llegaba recalentado, hirviendo, a lo alto de una cuesta, y arriba decía «Aaaaaah», desinflándose con un suspiro. Un descanso, por favor. Miraba hacia adelante a ver qué le faltaba: cumbres, cumbres y más cumbres y montañas. Seguía una bajadita de dos o tres kilómetros como para engañarlo un poco, para dorarle la píldora, y otra vez a subir. Iba el tren de Cisneros por Antioquia como un surfer salvando olas de montañas. Su-bo-y-ba-jo-su-bo-y-ba-jo decían sus ruedas, sacándole chispas a la carrilera. ¡Ah, la carrilera!

— ¿Qué fue lo que pasó en la carrilera, abuelita?

La carrilera era la vía férrea, y en efecto, algo en ella pasó. Benjamín, uno de los dos hermanos de mi abuela, al que no conocí, trabajaba en el ferrocarril de Antioquia. ¿De maquinista, tal vez? Ya no recuerdo y ya no está la abuela para preguntárselo. De algo trabajaba, en fin, en el ferrocarril. Un anochecer iba Benjamín a pie, por la carrilera, de polín en polín, saltando polines, cuando he aquí que ve a su lado a una mujer.

— ¿Puede usted ayudarme a cruzar, joven? —le dijo ella.

Y él le tendió la mano para que diera un paso. Entonces la mujer se desvaneció en el aire con una carcajada horrisona, dejándole a Benjamín un hueso en la mano. ¡Era la Muerte!

Yo no quiero morir así, no quiero morir con un hueso en la mano. Quiero morir en paz, sin sustos, sin saber. Niñita linda, abuela, ¿dónde estarás?

Las estaciones del Ferrocarril de Antioquia, de extremo a extremo, entre Medellín y Puerto Berrío eran: Bello, Copacabana, Limón, Cisneros y Caracolí. En Caracolí tenía mami una prima, Emma, liberal, con veinte hijos. ¡Veinte liberales más! ¡Qué barbaridad!

Sólo supe el amor que te tenía cuando nos fuimos a vivir a Bogotá. Nos fuimos en trimotor, por sobre las nubecitas blancas, de algodón. Sí, de algodón, como esa palomita blanca de algodón que tú me diste al despedirnos. Arrancó el trimotor trepidando y nos elevamos sobre el campo de aviación, donde se mató Gardel. A papi lo habían nombrado para un puesto muy importante: zar de precios en Bogotá, el que controlaba los robos de todos los comerciantes del país. Tal la razón del viaje. Pero el viaje es tan lejano que lo tengo que sacar de las brumas del olvido, a jirones. Recuerdo que sólo tenía dos hermanos. Recuerdo la paloma blanca. Recuerdo que llegamos a un hotel. Recuerdo que tomamos una casa en las inmediaciones de una fábrica de chocolate. Recuerdo el insidioso olor a chocolate. Recuerdo un rayo y mi dolor porque me faltabas tú. El rayo cayó en nuestro patio un domingo, día del Señor. Papi estaba retapizando unos muebles viejos y el rayo se le vino encima sin decir agua va: le chamuscó un metro de tela nueva, de retapizar, y para bajarle el susto le soltó un chaparrón. Yo hubiera querido que ese rayo me matara puesto que me faltabas tú. Pero la muerte se me iba, escurridiza, y sólo me quedaba esperar a que llegara la noche para irme a dormir y recobrarte en sueños. Volvía entonces a estar contigo, en tu casa del barrio de Manrique, la casa

que tenías cuando compramos Santa Anita, en una de esas pendientes por donde tu hija Lía no habría de poder aprender a manejar. Volvía a estar feliz, contigo, pero tras el sueño feliz venía el frío amanecer... El sol tacaño de Bogotá llegaba a nuestro patio en unos débiles rayos. Mi recuerdo adolorido por tu ausencia, abuela, empieza a tiritar.

Bien poco recuerdo de tu casa de Manrique. Tan sólo los sillones de la sala. Estoy sentado en uno de ellos y la esposa de tu hijo Iván, recién casado, me mira y dice:

—Este niño tiene los pies torcidos. Claro, se le torcieron de tanto ponerse los zapatos de tacón alto de la mamá.

Me hacían caminar siguiendo las líneas del piso de baldosa para que se me enderezaran. Recuerdo la línea de las baldosas, pero una línea recta en cualquier parte es igual. Ah, recuerdo algo más: ya no camino, voy tapado, envuelto en una sábana, contra mi voluntad. Entre bromas y veras me lleva mi padre del cuarto de mis abuelos al suyo porque, dice Lía, ellos le están robando mi cariño. Después, compramos a Santa Anita, ¿recuerdas? ¿Recuerdas cuando murió Gaitán?

Estábamos en el corredor delantero de Santa Anita una mañana cuando empezó a incendiarse Colombia: habían matado a Gaitán. Dicen que lo mataron los conservadores. Dicen que lo mataron los comunistas. No se supo entonces ni nunca se sabrá. Papi regresó de improviso de Medellín con la noticia. La abuela al punto empezó a entonar el «Magnificat», que sólo rezaba cuando había temblor de tierra fuerte o terremoto. Y hacía bien: la muerte de Gaitán partió la historia de Colombia en dos, con un tajo de machete. Después el machete se siguió cortando cabezas. Y los ríos se fueron llenando de decapitados: por un cadáver de conservador que bajaba sin cabeza, bajaba un liberal descabezado. Los gallinazos, apolíticos, gozaban el banquete de la neutralidad instalados sobre unos y otros.

Humilde labrador de los campos, siervo de la gleba, cortador de caña, desbrozador de montes, limpiador de maleza, el machete se levantó enfurecido porque le había llegado su hora. En el corazón del monte, en la ceguedad del odio, en el rugir del viento, Amo de los Caminos, Dueño de la Encrucijada, Violador de la Noche, deja oír tu timbre metálico que ya la noche enmudece. Deja ver tu brillo partiendo la luna. Machete de filo y sangre, machete de sangre y muerte, Alma Negra, Sangre Negra, Capitán Veneno, Cortador de Cabezas, Rey del Reino de Thánatos, Señor de Colombia, ¡álzate! ¡Levanta mi brazo que voy a matar! «Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad

de mi Dios y Salvador, porque ha puesto la mirada en la humilde sierva suya...» Así rezaba la abuela, y nosotros en coro, como loros, con ella: «en la humilde sierva suya», en femenino, como si fuéramos mujeres.

No voy a referir aquí en sus pormenores una historia que me niego a hacer mía. Está en los periódicos. Es hartamente conocida. El encono se había vuelto odio, y el odio muerte. En primera plana aparecían las fotos de los genocidios: veinte, treinta, cincuenta, cien cadáveres de campesinos descalzos tendidos sobre el suelo, decapitados, y frente a los cadáveres decapitados sus correspondientes cabezas: cabezas confundidas, asignadas por manos piadosas a cuerpos extraños... Fue surgiendo entonces en el barrio de Guayaquil, de tango y cuchillo, en las esquinas donde paran los camiones de escalera (esos que se van a cabalgar montañas), una literatura fúnebre escrita en papel amarillomuerto, que iba a desplazar los Ibis de Vargas Vila y sus sierpes voluptuosas: la nueva literatura de la Violencia, con cruces sobre el túmulo de las tumbas de las portadas, y gallinazos volando sobre su cielo siniestro. Luego los genocidios pasaron a segunda plana y después ni eso, desaparecieron de los periódicos. Eran obviedad de todos los días, como titular que dijera: «Nos morimos de calor».

Días antes del asesinato de Gaitán murió mi abuelo. No el principal: el otro, que casi no conocí. Una tarde papi me llevó a verlo y alguien me pidió que lo besara. Pero, ¿por qué había de besar a ese señor desconocido? pensé con extrañeza: mi abuelo era el otro, el único, «Leonidas Rendón Gómez, a su mandar». Mi abuelo paterno, Lisandro (¡otro general antiguo!), con un sentido de extraña premonición, antes de morir le anunció a mi padre los inminentes sucesos que se avecinaban para pedirle que renunciara a su puesto, y él renunció: era Secretario de Gobierno en Antioquia, cuando el gobernador Pepe Metralla, conservador recalcitrante capaz de matar liberales al por mayor si lo requería la ocasión.

Hoy los conservadores quemaban a Rionegro; mañana los liberales quemaban a Marinilla. El lunes los conservadores quemaban a Puerto Triunfo; el martes los liberales quemaban a Puerto Salgar. La pelota de fuego saltaba de un lado al otro de la montaña, de orilla a orilla del río. Como el gobierno era conservador, la policía les daba garrote a los liberales. Mas para unos y para otros, salir de noche por una carretera era morir: si en una curva no esperaba al viajero la muerte conservadora, su copartidaria, en la siguiente lo esperaba su enemiga, la muerte liberal. Y los curas desde los púlpitos atizando la hoguera... Papi, en medio del incendio, salía a hacer campaña de pueblo en pueblo para el próximo presidente conservador, Laureano Gómez.

Laureano era el sol. Con su palabra de fuego, desde su curul del Senado, fustigó por años a los corruptos gobiernos liberales y a los tartufos de su partido. No se paraba en curas ni en ateos ni en arzobispos. Era la intransigencia del bien. Ascendido al poder Laureano sin un solo voto en contra liberal (se les mandó a recoger las cédulas), se empezó a hablar en Antioquia de que mi padre iba a ser el próximo gobernador. Ya la voz corría por los dominios de los salesianos, y mi imaginación, que siempre ha saltado por sobre los sucesos no acaecidos si a mí me conviene, ya me hacía árbitro del destino de estas aves agoreras con sotana. Ya me veía intrigando para que les clausuraran el colegio, cuando la ilusión se derrumbó: le dieron un cuartelazo a Laureano. Unos cuantos centenares han muerto a bala y machete en predios de mi cabeza, donde en ese entonces les hice clausurar cien veces el negocio por la Secretaría de Educación.

Tras el golpe de Estado, los liberales corrieron a acogerse al nuevo gobierno como pollos mojados, y a ensalzarlo corrieron los tartufos conservadores, que resultaron ser casi todos. Laureano se fue a gozar del exilio, y los pocos que permanecieron fieles a él, como mi padre, pasaron a sufrir garrote en la semiclandestinidad. Para terminar esta historia digamos que el general del cuartelazo, el generalote traidor, apagó el incendio: trajo la televisión. Porque el televisor, capaz de callar a Teresa Pizano, calmó al país.

En el barrio de Boston fuimos los primeros en tener televisor. Lo instalamos en la sala y abrimos de par en par las ventanas. ¡Qué desatino! Afuera, en la acera, en la calle, se fue congregando una multitud. Y noche a noche, a las siete, cuando empezaba la transmisión, empezaban a llamar a golpes a la ventana:

—¡Abran, carajo, qué pasó con el televisor!

Una noche en que, porque nos dio la real gana, lo apagamos y quisimos cerrar las ventanas, por poco derrumban la casa. Entonces descubrí la mala índole de mis paisanos, haraganes que quieren disfrutar del bien ajeno pero nunca trabajar. Quieren finca Santa Anita pero no la cuidan, quieren naranjas pero no las siembran, quieren piscina pero no la cavan, quieren televisor pero no lo compran. El pueblo es así.

A la noche siguiente a la del escándalo volvimos a abrir las ventanas y a encender el televisor, pero entonces le aplicamos otra política a la multitud: pasada una hora de transmisión, por sí solo se apagó el aparato.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —preguntaban los desgraciados.

—Es lo que quisiéramos saber: no sabemos qué pasó.

Poco a poco la multitud empezó a dispersarse desilusionada, a evacuar la acera, a evacuar la calle. Se fueron convencidos de que el aparato se había descompuesto, pero no había tal: simplemente uno de nosotros, que no estaba en la sala, de acuerdo con los demás había cortado el interruptor eléctrico de ese sector de la casa. ¡Al pueblo que lo alcahuetee su madre que lo parió!

Encerrado en su caja metálica de un color verde, gris, azul, indefinible, ese televisor por lo demás era un peligro. Ciertas noches estaba a punto de estallar: después de trabajar tres o cuatro horas, al que se le acercara a un metro, con un haz de electrones de rabia concentrada lo derribaba. Había que apagarlo entonces a larga distancia, desde la central eléctrica de la casa: había que manejarlo como a la multitud.

Puesto que para esta época ya la abuela se había enclaustrado en Santa Anita, fue preciso llevarle hasta allí el televisor para que lo conociera. Íbamos pensando en el camino que para ella, que no conocía el cine, el invento habría de tener el carácter de una revelación. Lo encendimos: estaban pasando un noticiero filmado en la finca del general del golpe de Estado, y se le veía chapoteando en el charco de una quebrada. La abuela miraba al general en cueros en el aparato, y nosotros la mirábamos a ella para sorprender su asombro. ¡Qué desilusión! Ante el general en el aparato sagrado, mi abuela se comportó con la misma indiferencia de un perro viendo a un congénere que le ladra desde un televisor: no le importó un higo.

—Yo no sé —comentó— qué le verá Teresita a esta idiotez.

Y se fue a dormir.

No es que la abuela estuviera en contra del progreso. No, ya que adoraba el radio. Oía ocho o diez radionovelas al día. Elenita, que estaba menos enviciada, oía cinco o seis. Vivían inmersas en un mundo de mendigos que se convertían en reyes, de huérfanas vapuleadas, de ciegas que recobraban la vista, de mujeres malas. Castillos con puentes levadizos, perros ladrándole a la luna... Decía el narrador de la radionovela: «Iba la silla de posta por la extensa planicie dejando atrás el castillo», y la abuela y Elenita lo imaginaban todo. Si acaso les hacían resonar unos cascos de caballo o algún tintineo metálico para reforzarles la ilusión, pero nada más. Después hablaba el héroe, el caballero que iba en la silla de posta, y ya quedaban metidas en la aventura medieval. Y claro, la televisión colombiana

qué iba a poder competir con sus generales barrigones chapoteando en su charco, o con sus míseras telenovelas que pasaban entre cuatro paredes ¡y sin un narrador! ¡Cuándo iban a mostrar un castillo! ¡Cuándo iban a mostrar una silla de posta! ¡Cuándo una extensa planicie! ¡Cuándo unos perros aullándole a la luna! Con la imaginación de mi abuela, la televisión colombiana no podía competir. Ahora entiendo bien, con el correr de los años, al recordar a la abuela y sus radionovelas, que el hombre ha perdido la capacidad de imaginar, como ha perdido la capacidad de sumar: necesita ver, tanto como de una calculadora. Mi abuela tenía razón: la televisión es un retroceso, una solemne idiotez.

Tras una tregua de breves años, Lía resolvió que cinco niños eran muchos, y que quería una niña para variar. No se le podía mencionar a la inconsciente esa otra señora antioqueña que, estando en su caso, se le metió en la cabeza tener una niña y ajustó los doce apóstoles. No: Lía, hija de mi abuelo, quería niña, y niña nació. Nos levantaron a conocer a la recién llegada un amanecer:

—¡A levantarse, muchachos, que les nació una hermana!

Estaba Lía en su ancha cama, envuelta en las consabidas sábanas, no se fuera a resfriar. Esa mañana fuimos de casa en casa, a ofrecer a Gloria a los vecinos:

—Que mi mamá le manda ofrecer una niña.

No era un regalo: era la tradición. A partir de Gloria, y en previsión de los que habrían de venir, Lía adquirió una saludable costumbre: se paraba de cuando en cuando ante una pared blanca, vacía, y decía: «Fernando, Darío, Aníbal, Silvio, Carlos, Gloria...» Repetía el rosario de sus hijos, no se le fueran a olvidar. Yo, que estaba libre del vicio de hablarles a las paredes vacías, adquirí en esos tiempos el hábito de observar hormigueros: me pasaba las horas como Plinio y Maeterlinck, siguiéndole la pista a una hormiga entre un millón.

Trajeron a vivir con nosotros al primogénito de Iván: Iván chiquito, como le siguieron diciendo para distinguirlo del papá, hasta que la muerte lo rondaba en la vejez. Iván grande, mi tío médico, se iba con su mujer y sus hijos pequeños a la Argentina, a especializarse en enfermedades de la piel. Al año regresó contando mil historias de Buenos Aires y de sus maestros, unas eminencias, que, sin embargo, se empeñaban en que a Medellín tan sólo lo conocían porque allí se mató Gardel, siendo al revés: a Gardel lo conocían porque se mató en Medellín. Dizque los antioqueños eran maricas, dijo el zorzal criollo, y se fue a tierra. ¡Pero a quién se le ocurre semejante barbaridad!

Iván, al contrario de Lía, no supo educar a sus hijos. Los consentía en exceso, en demasía, y los echó a perder. Uno de los últimos, Gonzalo, era una furia. Terco y empecinado, quería que el mundo sólo hiciera su voluntad. Le negaban algo, y emprendía una veloz carrera al patio, a darse de topes con la frente contra la baldosa del piso. ¡Habrased visto mayor necesidad! Le pusimos un apodo infamante de mujer: La Mayiya.

—¡Mayiya brava! —le gritábamos.

Él oía, oía el apodo que le hacía subir la sangre a la cabeza, y cegado por la ira la emprendía otra vez a topes contra el piso. Nos reventábamos de risa...

—Así no se educan los hijos, Iván —le decía Lía a su hermano.

Iván no conocía sus sistemas. Ella no se paraba en consentimientos, en consideraciones. Aventaba lo que tenía a su alcance: zapatos, tijeras, cepillos, martillos. A Darío lo descalabró con unos alicates. Después se iba al piano, a tocar el «Carnaval de Venecia» para calmarse. En el clímax de la impaciencia, en el súmmum de la rabia, en el colmo de la desesperación, nos decía hijueputas, sin darse cuenta de que le rebotaba el bumerang.

Si bien esta familia estuvo siempre unida ante el mundo exterior, en su interior, ay, no reinaba la paz. Nos desatamos en unas guerras intestinas que duraron diez o quince años. Escaramuzas, refriegas, combates, la casa del Perú se convirtió en permanente campo de batalla. No cabe hablar aquí de alianzas: la única expresión que puede describir con justedad lo que ocurría es la que usó Adamov para una obra suya de teatro, y que podría titular la historia de mi casa en mi niñez: «Todos contra todos». Investigando sobre los motivos profundos de la guerra, los historiadores han llegado a determinar una gran causa operante: Lía, General Jefe Supremo, nunca supo establecer un sistema de jerarquías que asegurara el orden, la paz. Siendo así que el sistema estaba estatuido por la propia naturaleza: yo, el primogénito, el mayor, por sagrado derecho de progenitura debía mandar sobre los demás, sobre los que vinieron luego. La tierra, en la conquista española, era del que llegó primero, y se tomaba posesión clavando una estaca en el suelo. Mi derecho, pues, estaba consagrado por la Biblia, por la Historia, por la Carta de las Naciones. ¿Cuándo se ha visto que en los Estados Unidos los que llegaron en el Mayflower sean los que lavan los inodoros? Los lava el último que llegó. Así el cepillo de la ignominia ha venido pasando de los nórdicos a los polacos, de los polacos a los italianos, de los italianos a los puertorriqueños, de los puertorriqueños a los colombianos. A los colombianos nos

lo tienen asignado desde hace más de una década, en Nueva York. Pero Lía no entendía de consideraciones históricas, ni bíblicas, ni sociológicas. Y al querer imponer su democracia entronizó la disensión. ¿No te das cuenta Lía de que la democracia es ilusoria? No puede haber democracia donde unos llegan antes y otros después. Y alcahueteados por su quimera democrática, Darío, Aníbal, Silvio, Carlos y los demás quisieron pisotear mis derechos de progenitura dando al traste con el principio de autoridad, y eso sí que no podía ser.

Roto el principio del orden en la cabeza, el mal iba a repercutir en la cola, ya que si Darío no me obedecía a mí, Aníbal no le obedecía a Darío, y la insubordinación iba bajando de escalón en escalón hasta llegar al piso, que andaba hecho una porqueriza porque a Lía no le duró sirvienta más de un día. Como ella no resistía a las sirvientas, y las sirvientas menos a ella, la pobre mártir tenía que cocinar, lavar, planchar, coser, barrer, trapiar. Y era tanto el quehacer que abrumada por la perspectiva y el cúmulo de ropa sucia lo mandaba todo al diablo y se iba al piano a tocar el «Carnaval de Venecia».

Pero claro, como algo teníamos que comer, y de vez en cuando se tenía que barrer, ella a mandar: «Fernando: hacé esto, hacé lo otro». Y yo: «Darío: hacé esto, hacé lo otro», y Darío le pasaba la orden a Aníbal, y de general en capitán, de capitán en sargento, de sargento en cabo, la orden llegaba al soldado raso: el último en nacer: un insubordinado. En esta familia ejemplar, numerosa, ay, feliz, cada nuevo hermano se recibía como un rebelde: un motivo más de discordia.

Como último plato de la comida venía el postre: dulce de mora, dulce de piña, dulce de guayaba. Un día Lía echó a una sirvienta, y decidió para lo sucesivo no hacer más postre. No había tiempo: sin postre se puede vivir. Después eliminó el sorbete, y después eliminó la sopa, o primo piatto. Con la carne era suficiente: tenía vitaminas, proteínas, carbohidratos, grasas. Nada le faltaba. Para no tener que ir a comprarla afuera, se descubrió un distribuidor al por mayor de salchichas, que surtía las carnicerías, y se las mandaba a pedir por teléfono:

—Llamá Fernando a don Heriberto y que nos mande un bulto de salchichas.

Y yo:

—Llamá Darío a don Heriberto y que nos mande un bulto de salchichas.

Y seguía la cadena de la insubordinación. Raza mía rebelde, dada siempre a mandar y a no obedecer. Como nadie obedecía y las salchichas no llegaban, Lía me

castigaba a mí, yo a Darío, Darío a Aníbal, etcétera, etcétera, hasta que estallaba la batalla campal: todos contra todos, dijo Adamov.

Comimos salchichas dos o tres años, hasta que Lía descubrió que el ser humano podía vivir sin ellas. Esto es: sin comer. Entonces dejamos de comer. Las familias numerosas son tan felices, gozan de tal dicha y ventura, que pueden prescindir de comer.

Desavenidos, desunidos, anárquicos, perdiendo peso rumbo a la insubstancialidad y en plena guerra civil, esta familia de mandamases insumisos que no obedecía más ley que la del desacato pactaba de súbito una tregua milagrosa ante la más pequeña amenaza exterior. Se diría la Roma de los Silas y los Marios olvidando sus rencillas en aras del bien común. No carecía de cierta grandeza nuestra súbita solidaridad, hay que convenir. El altano, el pampero, el alisio, el siroco, el burán, el mistral, el simún, la rosa toda de los vientos se encauzaba entonces en un solo y gran huracán. Y ahí vamos, a avasallar. Brincando camas, tumbando sillas, quebrando vidrios, sembrando escombros, palazo aquí, palazo allá, íbamos detrás de la rata armados de palos y escobas por toda la casa, hasta que la acorralábamos en el desagüe del fregadero. Dos falanges macedónicas, dos acantilados se levantaron ipso facto a cabo y rabo del tubo con tablas de las camas para impedirle escapar. La fuga de la maldita estaba bajo control, pero ¿cómo hacerla salir de su reducto inaccesible donde se había atrincherado? ¿Con un alambre? Lo esquivaba. ¿Con humo? Contenía la respiración y se carcajaba. Ni quería ella salir, ni podía el gigante de Liliput entrar al tubo. El estratega que siempre ha habido en mí, avezado en mil combates conduciendo filibusteros, halló el pronto recurso: una ollada de agua hirviendo por un extremo: salió por el otro el portador de la yersinia pestis bien quemado, y lo rematamos.

Ni una sola vez, en años —e incluyo las noches de navidad—, nos sentamos a la mesa juntos, a comer. (Hablo, se entiende, de aquellos felices tiempos en que conjugábamos ese verbo peregrino, otrora usual.) No: unos comíamos a unas horas, y otros a otras. Unos una cosa, otros otra. Y este abuso libertino fue nuestra perdición: no había sirvienta que durara: desertaban. De desertión en desertión caímos en el régimen de las salchichas: lunes salchichas, martes salchichas, miércoles salchichas... Salchichas la semana entera, incluyendo el séptimo día, en que el Señor descansó. Unas salchichas frías, blancas, flácidas.

—¿Si por lo menos las frieras, Lía, en manteca de cerdo?

—No: produce colesterol.

Yo he tenido, como cualquiera, el sueño de Ícaro: el de volar. Me veía volando sobre los plataneros de Santa Anita, o sobre los carboneros de la calle del Perú. Empezaba dando saltitos, salvando un metro o dos, como pichón de pájaro en aprendizaje; luego iba agarrando confianza y lograba cinco o seis metros, hasta que al fin levantaba el vuelo y me iba planeando sobre el ramaje de los árboles, a lo largo de mi calle, una o dos cuadras. En mi barrio de Boston nunca fui más allá, ni subí a más de cien metros. Era de vuelo corto. Tenía que descender. Entonces les preguntaba a los Posadas, unos niños vecinos:

—¿Vieron lo que hice?

Y ellos:

—¿Qué?

Y yo:

—Volar.

Y ellos:

—Bobo, ¡si es lo más común!

Y se iban a jugar balón.

Es un sueño ancestral, que tenemos todos guardado en los repliegues más recónditos del cerebro, un recuerdo de cuando éramos pájaros. Con él no voy a presumir. Pero lo que apuesto es que usted no ha tenido el sueño del cavernícola, como yo. Me veía con mis dientotes filosos, fuertes, devorando un enorme chamorro, un sanguinoliento pernil. Arrancando la carne a tirones, con furia. Dejaba el hueso pelado, y con el hueso me hacía una tuba y me iba a un claro del bosque a trinar.

Una noche Pacho Restrepo y Esperanza, su mujer, nos invitaron a su casa a cenar. Mucha agua ha arrastrado el río desde aquella única ocasión en que con ellos coincidí, pero es tan memorable en mi ascética mocedad, que en este punto del relato puedo consignar sus nombres: Francisco Restrepo y Esperanza, su mujer. Para honrarlos, con gratitud.

Un olorcillo filoso, ahilado de chicharrón de marrano se empezó a dejar venir de la cocina de Esperanza hasta el comedor, donde papi, Darío y yo

estábamos con Pacho conversando, y mis reflejos de Pavlov embotados empezaron a despertar, a preguntar: ¿Qué podrá ser? ¿Chicharrón de marrano? ¿No será espejismo? ¿No será alucinación? No. No era: con él venía un chisporroteo de lumbre, de paila con fritanga, para confirmar. Haciéndole tercera, en segunda voz, al olorcillo ahilado se le fue sumando otro en un registro más alto, con timbre de patacón. Mi oído absoluto al punto lo reconoció: plátano verde frito machacado, con sal. ¡Ay Dios! Luego entró un son discreto, apagado, de solomillo asado, y una voz blanca, tibia, deleitosa, quemadita en los bordes de arepa en el asador. Salpicado a tramos por toques zalameros de plátano maduro frito, entró el tutti soberbio de las violas y los chelos, un resonar profundo, sordo, caldoso de frijoles en olla de peltre, que me regresó de un golpe seco a la casa de Ricaurte, a mi niñez.

—¿Qué te pasa! ¿Te empendejaste, o qué? — me preguntó papi viéndome tan arrobado.

Ay paila mía, sartén mía, perol mío, no me vayas a matar. Había entrado en trance, en éxtasis, y cuando empezaron a llegar las bandejas y los platos al comedor creí desfallecer. Iban llegando a la mesa los chicharrones, los chorizos, los patacones, las morcillas, dándome caricias, bofetadas calientes. Llegaban ahora las arepas, los plátanos, la carne asada, y un tazón de ají pajarito con rabillos de cebolla verde picados y perejil. Todos empezaron a comer, salvo yo. Ante la perspectiva del atracón sublime, mi apetencia famélica se paralizó. Ni un palmo más, ni un palmo menos, me pasó lo que a ese mocito frenético, desesperado, que no conocía mujer, y cuando por fin tuvo una en la cama le cayó de improviso un ataque de impotencia feroz. Así a mí. Los largos meses, años, de abstinencia habían embotado mi sentido de la realidad. No pude comer.

El Tonusco, por si ustedes no lo saben, es pésima persona. Malgeniado, cuando se le sube la rabia se crece y arrastra hasta al demonio. Anda por las montañas de Santa Fe de Antioquia y se junta con malas compañías: va a dar al Cauca, ¡y a hacer estragos los dos! Apiñados en el carrito de papi fuimos un domingo a conocerlo, con Argemiro y Lucía. Ella, como siempre, fabulando. Agarrando por su cola de humo a una quimera. Dizque íbamos a hacer muchos viajes juntos, como éste, pero no cerca: lejos, más lejos que los confines de Antioquia. Nos íbamos a ir hacia el sur, hacia Cali, Buenaventura, Tumaco, el Ecuador, la Argentina, hasta la Tierra del Fuego... Íbamos a seguir derecho incluso, barranca abajo, dando la vuelta para regresar por el otro lado. Que íbamos a llevar esto y lo otro, que nosotros pusieramos la gasolina y el carro, que por el fiambre para el camino no nos preocupáramos: para eso tenía ella su san Nicolás de Tolentino. Le pensaba encargarse no sé cuántos jamones y no sé cuántos pernils.

¡Nunca hicimos un carajo! Mucho cuento fue que regresáramos a Medellín completos, porque entonces casi se nos muere Silvio. Él tendría entonces dos o tres meses, no más puesto que cupo en un canasto. Al llegar al Tonusco, el canasto lo colocamos en un altico, y las señoras se fueron a calentar el fiambre y a seguir hablando de viajes, los señores a beber aguardiente, y los niños a jugar. Pero he aquí que vemos horrorizados que el canasto se va deslizado por la pendiente hasta ir a dar en el río: cayó bien, en posición, y como una barcaza indolente, despreocupada, se fue yendo aguas abajo. ¡El Tonusco torrentoso se llevaba a Silvio! Echamos a correr tras el río, a tratar de alcanzarlo. Pero estaba escrito que Silvio, como Moisés, habría de ser salvado siempre de las aguas. ¡A un paso de la desembocadura del Cauca lo sacamos!

Con la mala suerte que traían, determinamos no hacer más viajes con ellos. En un trayecto de cincuenta o cien kilómetros, con Argemiro y Lucía el carro se varaba dos o tres veces, por lo bajo. ¡Y hablando de llegar hasta la Tierra del Fuego! Con ilusos no se puede contar. Están siempre haciendo las cuentas de la lechera: hoy cambio este litro de leche por un billete de lotería, y mañana me saco el premio mayor y compro esto y lo otro... Lo curioso es que en el libro del destino estaba escrito que Argemiro se sacara la lotería: la que páginas adelante cambió por unos patines. Y siguió sembrando vástagos por el mundo, no se le fuera a perder el linaje.

Entonces a Lucía, con todo y la ayuda de san Nicolás, el mercado se le volvió una obsesión. «¡Qué puedo hacer, Lía, con lo que me da Argemiro!» es una frase que le oí repetir cien veces, como disco rayado. A comienzos de mes, la despreocupación de Argemiro le daba dos pesos y le cantaba: «Mira Bartola: ahí te dejo estos dos pesos: pagas la renta, el teléfono y la luz; de lo que sobre, saca de ahí para tus gastos, guárdame el resto pa comprarme mi alipús». No era una canción: era la realidad. Ahora bien, el fabricante de casitas en miniatura, el laborador incansable, el amo de su casa, el que daba los dos pesos, quería comer gallina, que entonces era una exquisitez. Y con esa fecundidad... A Lucía le nacían mellizos, y no sabía qué hacer para multiplicarse en milagros. Tomó a Lía, su cuñada, como paño de lágrimas. El pobre Miro por lo menos era un cordero...

Sólo que también estaba escrito en el libro del destino que el manso cordero habría de trocarse en lobo: extinta ya su furia perpetuadora, y calvo como mi abuelo, Argemiro empezó a someter a su mujer y a sus hijos al imperio del terror. A las doce o una, en la alta noche cuando todos dormían, se levantaba a rondar su casa como fiera enjaulada de mirada torva. De súbito, acometido por la perturbación, a la primera puerta que tuviera a su alcance le daba una patada

fenomenal y gritaba:

—¡Pa que sepan que aquí estoy yo!

Los puso a vivir en el sobresalto. Las puertas de la casa de Argemiro estaban rotas todas con un boquete a la altura de su pata.

Pero nos hemos saltado más de cien páginas en el libro del destino. Volvamos atrás, a cuando yo era pirata...

A las seis y media encendíamos el radio para oír a «Sandokán, el tigre de la Malasia», que patrocinaba la leche de magnesia Philips en La Voz de Medellín. Dejábamos entonces nuestra Antioquia cotidiana de frijoles y de coles, y nos íbamos al abordaje, a arrostrar peligros por mares de tormenta. A despanzurrar ingleses con nuestros kris malayos, a luchar cuerpo a cuerpo por entre los socavones de un río subterráneo con los adoradores de la diosa Kalí, y a declararle nuestro amor, en apacibles playas de palmeras, a la hija del gobernador de Palauán. Yo era Sandokán, Darío era Yáñez, Aníbal Girobatol. Juntos hasta la adversidad.

La vocación de pirata me nació cuando vi mi primera película, «El Corsario Negro», en el cine pequeñito del Bosque de la Independencia, frente a un lago de barcas y un tablado donde bailaban rumba los camajanes y las sirvientas. Ese Corsario Negro me trastornó. Tiempo después volví al cine: con mi hermano Aníbal, a ver «El ladrón de Bagdad» en el Teatro Buenos Aires. En Colombia a los cines los llaman teatros, y a los teatros nada porque no hay teatro. Allí tienen el lenguaje trastrocado, para conjurar la realidad. En el Teatro Buenos Aires de que estoy hablando había una cortina a la entrada: cuando pasaba un espectador, encandilado, a la sala, lo envolvían los camajanes en la cortina y le robaban el reloj. Qué ladrón de Bagdad ni qué cuentos, ¡ladrones los que estaban a mi lado! Desde entonces no tengo reloj. ¿Para qué? Cuando quiero saber la hora se la pregunto a cualquiera en la calle: a cualquier ladrón.

Después de Sandokán fui Doc Savage y fui La Araña. Andaba con mi red y con mi genio tornadizo envolviendo a traficantes de cocaína en Nueva York. A la Argentina, que como yo habla de vos, le debo la Editorial Molino: un arrume de ensueño. En su cuartico empapelado con viejas en pelota Ovidio tenía toda la colección, que me leí con devota avidez. Y empecé a despachar como Doc Savage en el piso ochenta y seis del Empire State, con mi piel bronceada y mis cinco ayudantes: Ham, Monk, Johnny, Long Tom y Renny, los cinco mayores cerebros

jamás reunidos en un solo equipo. Ahora no me llames, Lía, con ese vicio tuyo de mandar, que no estoy para obedecer. Para qué echaste en el último mes más de veinte sirvientas, una tras otra, sin probarlas ni un día, ¿si no eras capaz con tu casa? Que te hagan ellas los mandados, que te barran el piso, que te planchen la ropa, que te zurzan las medias, ¡déjame en paz! Estoy planeando mi próxima campaña para darle caza en su cráter de la isla del Trueno a un asesino diabólico llamado Kar, que acaba de desintegrar a Jerome Coffern con el gas mortal del Humo de la Eternidad. Y enfilo en estos momentos mi aeroplano rumbo a Nueva Zelanda, de donde he de volver por barco a San Francisco de California, tras mi batalla contra los pterodáctilos.

Capitán es un perro. Rubio él, de buena estampa, con melena de león. Tiene los ojos mansos y el alma fiera. Alerta siempre, buen cuidador, vigila en los corredores. Como Santa Anita es una propiedad enorme, de cuatro cuadras, Capitán no se da abasto para cuidarla: ha concentrado entonces su atención en la casa, y va rondándola, de uno a otro corredor. Duerme en un costal, que unas veces le ponen en el corredor delantero, otras en el posterior. Mejor dicho, no duerme: vigila. Es Santa Anita la que puede dormir en paz. De día, a veces se aposta tras el carbonero, desde donde domina la carretera y Las Casitas, y se da a acechar camajanes, a ver si se atreven a entrar. Los mantiene a raya con la mirada: los mira de soslayo, con el rabillo malicioso del ojo, y ay de quien se atreva a moverse: lo pulveriza a dentelladas. Aristócrata él y muy racista, detesta a los negros, y al pueblo y sus raterías. Porque Las Casitas es un barrio pobretón. Frente a él, en un alto y del otro lado de la carretera, Santa Anita parece un castillo. Y ése es el único inconveniente que la finca tiene: la mala vecindad. De los dos millones que vale, según Argemiro, le hace bajar medio, o uno, y así la finca queda valiendo un millón. Pero como el abuelo le sacó los filtros para hacer la piscina y la volvió un pantano, Argemiro dice que se le bajan otros quinientos mil pesos, y con la vecindad de Avelino Peña, con quien linda por la izquierda, no queda valiendo un centavo. Mi abuelo, el papá de Argemiro, no es de esa opinión. La vecindad de Las Casitas es una suerte: ubica a Santa Anita, un lugar apacible, campestre, en plena civilización, y a los cinco millones que vale le sube tres. Avelino Peña, con su yerno en el gobierno, es una seguridad: el día menos pensado le hace pasar una carretera a su finca por arriba, que a fuerza se tiene que seguir por Santa Anita, y entre carretera y carretera ésta se puede convertir en una urbanización: con agua propia. El que necesite agua, clava una estaca en el pasto y le brota una fuente pura, sin microbios, como por la varita de Moisés. Así no hay que pagarle agua al municipio, y sumando una cosa y otra, uno y otro millón, Santa Anita queda valiendo diez.

Salvo la explanada donde está la casa, Santa Anita es una falda: el arranque de una elevada montaña que se va a perder en el más allá. La abuela, que nunca pasa de los corredores, no la conoce. No conoce su propiedad. Y siempre está preguntando: Niños, qué hay allá y allá. Hay zapotes, abuelita, naranjos y un limón, y un platanar y un cafetal, y la casita de don Valerio Hurtado el mayordomo, y una pesebrera donde duermen las vacas. La casa de don Valerio sí la conoce: sabe que es de piso de ladrillo y cocina con fogón de leña, ahumada; y la pesebrera alcanza a divisarla, pero no puede ver más allá: una cortina de hojas de plátano le tapa la vista, y por eso tiene que preguntar. Y así como ella pregunta, nosotros le preguntamos a ella. Por eso sabemos quién es don Valerio: no es un desarrapado de Las Casitas, un holgazán: él es un señor. Como mi abuelo. Son amigos desde Barrancabermeja. Él era rico, pero empobreció, y mi abuelo, para que tuviera un empleo, se lo trajo de mayordomo de Santa Anita, sólo que como ya está muy viejo no sirve para trabajar; además nunca ha sido de campo y no sabe echar azadón. Por eso la finca está vuelta un monte alzado: la maleza viene y va. Pero la ventaja que tiene Valerio es que es honrado, y eso sí es una seguridad. Julia se llama su mujer, malgeniada, huesuda. Tienen cuatro hijos, tres hombres y una muchacha: Rosalba, bonita; Arturo y Hernando son los hijos mayores, como de la edad de Ovidio; Rodrigo es como yo; o mejor dicho, un año menor. A un lado de Santa Anita hay cuatro mangos vetustos, frondosos, que tapan el cielo y se llaman «el bosque»; las cuatro cuadras de la falda se llaman «el monte». Bajo los mangos del bosque hay unas bancas de guadua gruesa, rústica, y algunas noches papi se instala en ellas con unos políticos importantes, que vienen de Medellín a beber aguardiente. Alumbran con un candil de petróleo la totalidad del país.

La otra tarde subimos con Capitán y Rodrigo hasta el final del monte a escarmentar camajanes, que desde hace días se están robando las naranjas. Había tres o cuatro emboscados en la maleza del cafetal, y nos mandaron una andanada de piedras. Tuvimos que regresar con Rodrigo descalabrado. Un día se gana, otro se pierde: la guerra es así. Lo que importa es combatir. Capitán se fue de repente detrás de una mala mujer y no volvió. Como quien dice, se fue por amor. Pasaron dos años, tres... A la puerta del cuarto de mis abuelos, que da al corredor, una noche negra empezaron a llamar de un modo extraño: con unos rasguños como de garras de fiera.

—¿Qué podrá ser, Leonidas? —preguntaba intrigada mi abuela despertándose—. ¿Será un espanto? ¿Será el demonio?

Y salió a abrir con su garrote y su valiente corazón. Apenas si entreabrió la puerta, lista a golpear a quien fuera, cuando un bulto rubio se le vino encima, a

abrazarla, a besarla: era Capitán que había regresado. Traía colgando un pedazo de cadena rota. Dos o más años había estado el pobre, prisionero, hasta que logró escapar. Regresó flaco, hambreado, escuálido, hecho una lástima. Unos días después murió. Me he pasado la tarde entera llorando por Capitán.

Para reemplazarlo, la abuela se consiguió otro Capitán. A todos los perros de color claro que tuvo les ponía Capitán, y si eran negros, Diablo. A las perras las bautizaba Catusa: pelaban unos dientecitos filosos, de odio, y nos detestaban. Corrientes todas esas Catusas, sin ninguna nobleza, lo que se llama unas perras chandosas. Ahora están ladrando porque viene un vecino de enfrente: don Alfonso Mejía, dueño de una finca extensa, que va desde la carretera, a un lado de Las Casitas, hasta el mismo río. Él sí es finquero, no como don Valerio, y sabe echar azadón. Anda de pantalón de dril sucio de tierra mojada, camisa blanca de manga corta y un sombrero negro abollado, de espantapájaros. Cargando siempre un racimo de plátanos o un costal. Pasa un momento a la cocina de mi abuela, a tomarse un café negro y a comentar. Cuestiones de finqueros: que hoy ordeñó tanto, que si va a llover o que si no, que si el tiempo va a empeorar, que tal abono ha subido a tanto, y que esto se siembra así. Toca melodías en una hoja de naranjo, su dulzaina, y no puede hablar dos palabras sin citar una vida de santo o un pasaje bíblico. Aunque está viejo es soltero, pues nunca se casó: por sostener una familia inmensa de hermanas huérfanas, que han tenido cientos de hijos y de nietos con papá y mamá. Jamás dice una grosería, una mala palabra. En esto se parece a mi abuelo, y por eso son tan buenos amigos. Antes de irse pasa al comedor a conversar un ratito con él, con don Leonidas, a oírle el memorial que acaba de redactar. Los vínculos de la honradez, de la corrección, de la bondad y del bien, sellan entre don Alfonso y mis abuelos una amistad apacible, feliz. Gran señor, todo un hidalgo, gran caballero, algo de Don Quijote tiene el vecino de mi abuela, don Alfonso el Bueno.

Años después don Alfonso cambió. Dejó de trabajar, y empezó a callar, a rumiar. No volvió a salir de sus labios una sola parábola, un solo sermón, y dejó de venir a Santa Anita. Taciturno, montaraz, reconcentrado, si abría la boca era para soltarle a alguien una sarta de palabrotas, para echarle encima un baldado de vulgaridad. Una vez le oí gritarle, desde el corredor de su casa, a una mujercita embarazada del barrio de Las Casitas que pasaba frente a él, por la carretera:

— ¿Adónde vas? ¡Putal! ¿Qué llevás en esa barriga?

Le arriaba la madre hasta a Su Santidad.

A mi abuela todos la quieren, incluso los habitantes de Las Casitas. Cuanto tiene es para ellos: para los pobres. Los zapotes, las naranjas, los plátanos, las yucas, las arracachas de Santa Anita a ellos van a dar. Como tiene que hacer sus caridades a escondidas (a la luz del sol nos dejaría en la calle), los recibe en la cocina, pero su íntimo deseo es tenerlos en la sala, o sentarlos a la mesa del comedor. La abruma de cuentos y de penas, y en la noche tiene que saquearle al abuelo los bolsillos del chaleco o del pantalón: roba para dar. Los martes por la mañana, llega una mujer que bien podría estar cerrando las piernas o de sirvienta en mi casa, con el eterno cuento de los cinco hijitos que necesitan leche: sale con leche, con sal, con azúcar, con panela... Con un mercado completo de san Nicolás de Tolentino. Los sábados por las tardes (ésta vive muy lejos, pasando el ferrocarril), no falta una vieja desdentada de tanto fumar tabaco, que además de su mercado le saca doscientos pesos. Se presentan obreros desempleados, niños abandonados, jóvenes impedidos, viejos tullidos, y un seminarista de Sabaneta que quiere ser sacerdote. La fama de mujer caritativa de mi abuela se extiende: por el Norte hasta Envigado; por el Sur hasta Sabaneta; por el Oriente hasta el Ferrocarril; y por el Occidente hasta la ladera opuesta de la montaña. Como quien dice diez millas a la redonda: el radio de acción de un arcángel. Si un niño de Las Casitas se descalabra y le sale un chichón, ahí está misiá Raquelita que tiene hielo en su nevera. Si tienen que hacer una llamada, doña Raquelita tiene teléfono. Si el marido no da para el gasto porque es borracho, el esposo de doña Raquelita es rico. Si hoy no hay plátano, en Santa Anita hay racimos de sobra.

Al seminarista la caridad no le servía en mercado: la quería en metálico: para sus misales, para sus sotanas, para sus textos de teología. El seminario, que es gratis, cuesta una fortuna. A ése lo recibía en el corredor delantero, y sentados en sendas mecedoras, absorta ella lo escuchaba una hora hablando de religión. Si bien el seminarista se presentaba invariablemente de civil (pantalón caqui y tenis), mi abuela lo vestía con la imaginación de negra sotana, con alba encima, casulla y bonete, y aunque aún no se había ordenado lo ponía a celebrar. Ya se veía ella entre grandes cirios chisporroteantes, como una santa Mónica, la madre de san Agustín, asistiendo a la primera misa que él, con devoción agradecida, le iba a dedicar. Ordenado el sacerdote, lo veía obispo, y empezaba a recoger, a ahorrar para comprarle anillo y báculo, sin olvidar la mitra, que ya la iba convirtiendo en solideo y vestidura morada de cardenal. Un poco más y tenía papa propio, papa particular.

Siempre a punto de ordenarse, el pichón de cura estuvo viniendo por años a Santa Anita, pero, cosa rara, siempre sin sotana ni tonsura. Para tener un mejor asidero a sus sueños, a su desfalleciente imaginación, la abuela le pidió que en la

siguiente visita viniera de sotana. Y ojos que te volvieron a ver. El futuro papa se esfumó. Fuimos con Lía a Sabaneta a investigar, y lo pudimos desenmascarar: era un mujeriego empedernido, bebedor.

Va la carretera de Santa Anita a Sabaneta dando curvas, y en sus orillas hay casitas campesinas de corredor. De escasos dos kilómetros el trayecto, en la mitad está Palenque: una bomba de gasolina y una cantina, donde en las noches reina el aguardiente y el cuchillo. Viajo en un camión de escalera, en el extremo abierto de una de sus siete bancas, el del estribo, que es el que prefiero porque me da la brisa. Fluye la carretera de Santa Anita a Sabaneta de curva en curva, sin un tropiezo. Ahora paso frente a una casa de corredor espacioso, con puertas y ventanas pintadas de rojo. Las ventanas tienen barrotes, y el corredor un barandal. Hay una novela de Eça de Queiroz que me obsesiona: «El crimen de la carretera de Cintra». Sin que pueda decir por qué, veo la carretera de Cintra como la de Sabaneta. Media entre una y otra un abismo de casi un siglo, de océanos y montañas, que debo salvar saltando una barrera de idiomas y de la muerte misma: la de Eça de Queiroz. Debo desmentir el paisaje, debo desmentir la arquitectura, debo desmentir los vehículos, estos camiones de escalera, únicos, que sólo hay en Antioquia. No importa: ambas carreteras están unidas en una sola, en un recodo siniestro de la realidad. Tampoco sé por qué veo a Eça de Queiroz más viejo de lo que fuera.

Si bien describo la carretera a Sabaneta de día, viajando en camión, como la viví las más de las veces fue de noche, a pie. Salíamos de Santa Anita las noches de diciembre caminando por ella a ver pesebres: los nacimientos, que representan el advenimiento del Niño Dios en un establo de Belén. Cada mancha de luz en la oscuridad era una casita campesina, de dos o tres cuartos y corredor. El cuarto delantero lo ocupaba el pesebre. Dejaban siempre la ventana abierta, para que los paseantes de la carretera que quisieran pasaran al corredor y pudieran verlo. Íbamos de curva en curva, de luz en luz, de casa en casa por un mundo de humildad apacible viendo pesebres. Vienen ahora a mi lado mis primos, mis tíos, mis hermanos, y es la última caminata de diciembre hacia Sabaneta. Poco a poco voy quedándome solo. Ya no vienen mis tíos. Ya no vienen mis primos. Ya no vienen mis hermanos. Y un desconocido terror me invade porque la noche se vuelve silencio, y he dejado en Santa Anita a la abuela esperándome. Ya no pasa camión por la carretera, no pasa carro. Ya no cantan las cigarras y ha callado el viento. En el momento privilegiado, irreplicable, único, comprendo de súbito que no camino hacia Sabaneta: avanzo, solo, hacia el fondo de la Noche, y me adentro en el Infierno. Me detengo. Si doy un paso más, sé que nunca podré regresar a Santa Anita. Adelante está la casa campesina de amplio corredor con barandal y la

ilumina un foco. Doy el paso y voy hacia ella. Estoy parado ahora ante su ventana y mis manos agarran los barrotes, y mis ojos van hacia el interior, hacia el pesebre. Mas no hay pesebre: veo un señor muy viejo, acompañado por una perra negra, que escribe en un escritorio negro.

Torre de David: ruega por nosotros. Torre de Marfil: ruega por nosotros. Casa de Oro: ruega por nosotros. Arca de la Alianza: ruega por nosotros. Estrella Matutina: ruega por nosotros... Un millar de voces infantiles y juveniles ascendía en coro hacia la bóveda celeste, en un clamor unánime magnificado por la gran caja de resonancia de la Iglesia del Sufragio con sus altas naves. Consuelo de los Afligidos: ruega por nosotros. Salud de los Enfermos: ruega por nosotros. Refugio de los Pecadores: ruega por nosotros. Virgen de las Vírgenes: ruega por nosotros... Y arrastrado por el elán del ritmo, mi torvo corazón, solo en el conjunto, iba diciendo: Rosa de los Vientos: ruega por nosotros. Mar de los Sargazos: ruega por nosotros. Lobreguez de la Tarde: ruega por nosotros. Tumba del Día: ruega por nosotros. Túnel de la Noche: ruega por nosotros. Sombra de las Sombras: ruega por nosotros. Puerta del Infierno: ruega por nosotros. Senda del Vicio: ruega por nosotros. Caverna del Odio: ruega por nosotros. Luz de Saturno: ruega por nosotros. Fuego de Sodoma: ruega por nosotros. Copa de Urano: ruega por nosotros. Caída de los Ángeles: ruega por nosotros. Carro de Fuego: ruega por nosotros. Sepulcro de los Vivos: ruega por nosotros. Paso de la Muerte: ruega por nosotros. Sello Infernal: ruega por nosotros. Esperma del Averno: ruega por nosotros. Barca de Caronte: ruega por nosotros. Bruma del Orco: ruega por nosotros... Cada palabra mía ardía en un infierno de ira...

El oficiante tomó entonces el copón del tabernáculo y avanzó hacia los comulgantes. Se iban abriendo bocas como braguetas en un orinal inmenso, e iban saliendo y entrando lenguas. Salían vacías y regresaban con la santa hostia, con la Divina Forma. Yo abría la boca, sacaba la lengua, y con una humildad beatífica recibía al Cordero. Me retiraba a mi puesto con la cabeza gacha, sepulcro blanqueado, rumiando mi furia a dentelladas, triturando en el infierno de mi alma, de mi boca, la oblea redonda y delgada de pan ázimo. Luego me iba a la soledad de un inodoro, a sacarme con un palillo los pedazos que se me habían quedado entre los dientes.

Entre los cien naranjos de Santa Anita hay uno que se ha ganado su puesto en la historia: el injerto que produce las naranjas ombligonas. Está al término de la carretera de entrada, a la izquierda, llegando ya a la casa, y sus naranjas son jugosas, sin semillas, enormes, de cáscara gruesa y ombligos enormes. No se necesita medialuna para tumbarlas: basta extender la mano. Fáciles de coger,

fáciles de pelar, fáciles de comer, tesoros de miel que cuelgan abrumando las ramas con facilidades de pecado mortal. Ahora bien, por estricta disposición del abuelo, sólo se podían cortar con una podadora, no a jalones, y sólo al caer de la tarde. Pero ¿para qué se hicieron las leyes sino para violarlas? Y en consecuencia a las doce en punto, cuando está en su plenitud de furia el sol, el pequeño poseso extendía su mano, libre de impedimentos morales y de podadora, y jalaba hacia su boca ávida el dulce fruto prohibido. Sabía el abuelo el desacato por obra de malas lenguas sedientas, y ardía en una solemne verraquera, que es una rabia especial, propia de los antioqueños. Una especie de berrinche de gente mayor.

Mirando desde aquí las cosas sin apasionamientos, con objetividad, como soy yo, era el abuelo el que andaba mal, no su servidor, porque ¿de quiénes era Santa Anita sino de nosotros y ellos? Éramos dueños por mitades, y en consecuencia la mitad de las ramas del naranjo, con sus correspondientes ombligonas, era religiosamente mía, nuestra. Si el abuelo quería coger las suyas a las seis de la tarde, allá él; a mí se me antojaba a las doce del día. En la discusión que explotó en esas horas tórridas, la autora de mis días no se puso de parte del autor de los suyos, sino de la de su pequeño retoño, el místico blasfemador. E ipso facto, sin mediar trámites judiciales ni papel sellado, hicimos la partición de Santa Anita, y con una tiza marcamos el piso de la casa dividiéndola en dos. Fue cosa fácil porque la casa estaba trazada con una simetría humana: tres cuartos a la izquierda, tres a la derecha; dos baños a la izquierda, dos a la derecha; un patio con bugambilias a la izquierda, un patio con bugambilias a la derecha. El lado izquierdo se lo asignamos a ellos; es a saber: el abuelo, la abuela y Elenita. Les dejamos a Elenita porque es un encarte. Lo único que hace en todo el santo día es suspirar, llorar y regar macetas. Le echa una jarradita de agua a una azalea y suspira:

—¡Ay!

Le echa otra a un geranio y en voz baja se queja:

—A dónde irá el buey que no are.

Le echa unas gotas a un helechito colgante o a una melena, y se duele:

—Qué desgracia es vivir arrimada.

Y al punto le preguntamos:

—Elenita, ¿entonces usted por qué no se va?

Y ella:

—Si tuviera pa dónde, hace mucho que mi hubiera largado de esta maldita casa.

Las tribulaciones de Elenita no tienen término: la circulación no le funciona, y si se le toca un brazo le duele. Está gorda como mi abuela, y teme morir de infarto. El dolor de la mano izquierda debe de ser cáncer de la linfa, o leucemia.

—Elenita, ¿y usted no tiene lepra?

Parece que no, pero el hígado no le trabaja bien, y elimina mal. El día menos pensado le dan cataratas y se queda ciega. Tiene una enfermedad terrible que se llama «diabetis».

—Siento un dolor tan terrible aquí, por esta costilla...

Y nosotros:

—Elenita, ¿más bien por qué no se muere?

Y ella:

—Qué más quisiera yo, pero Dios no me quiere llevar.

—Pero si usted le reza, de pronto sí.

Sí reza, pero Dios no le hace caso. No está todavía en los designios de la Divina Providencia que Elenita se muera. Por lo pronto, mientras esté, se la dejamos al abuelo. Así que:

—Elenita, no pase de la raya, que usted es del otro lado; riegue las matas de allá; no toque éstas.

Nos íbamos adonde Lía a preguntar:

—Mami, ¿por qué Elenita se pasa todo el santo día con esa lloradera?

Y Lía:

—Algún día les digo: cuando crezcan.

Algún día nos lo dijo, ya que, puesto que no morimos, crecimos.

A las seis de la tarde hicimos las paces con el abuelo. O mejor dicho las hizo él con nosotros, porque fue él quien cedió, quien pidió cacao. Por interés: porque se iba a acabar el día y aún no le había dado su clase de piano. Nos reconcilió el «Ciribiribín»: Do si si la do, la sol, fa dooo...

— ¡Así no, carajo, con si bemol!

Antes de su empeño en tocar piano tocaba dulzaina. Pero no como don Alfonso Mejía en una hoja de naranjo: en una dulzaina grande, de verdad. Pocas cosas me pueden doler tanto como el recuerdo de una noche de absoluta felicidad que viví con él. Estamos con él y Ovidio esa noche en un cuarto espacioso de piso de tabla, que acabamos de construir sobre el garaje en los comienzos de Santa Anita. Yo aún no era pianista, de suerte que el abuelo era el músico de la familia. Está tocando en su dulzaina «María Cristina», y nosotros vamos traduciendo sus notas con palabras: «María Cristina me quiere gobernar, y yo le sigo le sigo la corriente, porque no quiero que diga la gente, que María Cristina me quiere gobernar». Treinta o más años después volví a oír la canción: en el altoparlante de una fiesta popular en un parque, en un país muy lejano: se había deslizado por una grieta del tiempo, entre otra música eléctrica de guitarras frenéticas. De golpe retorné por un instante a ese cuarto espacioso de mi pasado, y pocas veces he sido más infeliz. Ya al abuelo y a Santa Anita hacía mucho que se los había llevado el gran río. Cuando él tocaba «María Cristina» en su dulzaina, yo era un niño lleno de futuro; cuando la oí de nuevo en el parque, ya era un hombre lleno de pasado. Sumando lo uno y lo otro el resultado da igual: yo, la misma mísera cuenta. Álgebra elemental, de la que aprendí en la secundaria. El futuro todo está en el pasado, y la absoluta tristeza en la absoluta felicidad.

A los loros para que suelten la lengua se les da vino de consagrar. Se vuelven locuaces, y adquieren una gran facilidad de expresión. Se lo digo yo, que tuve uno fantástico llamado Fausto. Su lugar predilecto era una parra que había en un muro del solar de mi casa. Verde él sobre el verde de la parra, se diría un pleonasma. ¡Pero qué cosas decía! Erguía la cabecita, y agarrado con sus manos arrugadas como codo de vieja a una rama fuerte para no irse a caer, tomaba impulso y gritaba, con voz de tenor borracho:

— ¡Putas todas!

Era un animal inteligente, capaz de razonar a juzgar por el comentario que

venía luego:

—¡Todos hijueputas!

Como jesuita que afirma la existencia de Dios, no decía una palabra más y se hundía en su marasmo. Pero al día siguiente, cuando se le pasaba la borrachera, ¡qué de cosas! El gárrulo animal nos levantaba gritando:

—¡Qué pasó, hijueputas!

Y no transcribo más por pundonor de buen lenguaje. No sé de dónde sacó tamañas palabrotas Fausto, porque en mi casa hemos sido siempre muy bien hablados. Nos viene de familia, de Lía. Extraño animal el loro con esa tendencia suya al alcohol y a perder la compostura. El canario no es así. Si a usted le dan un canario, como me lo han dado a mí, póngale Gardel, que le va a cantar muy bien. Si es mujer, póngale Gardelina. Pero no les dé vino de consagrar. Se duermen los pobrecitos tiesos, patas arriba, y después no hay quién los haga despertar.

En Antioquia el Niño Dios nace en lo alto de una montaña. En una pesebrera, claro, con su mula, su buey y sus pastores, pero emplazada siempre en la cumbre, presidiendo el conjunto. Se diría que hay una razón estética en ello: que lo más importante, que es el establo, domine desde arriba el resto del pesebre. La razón, acaso, más humilde, es que Antioquia es una tierra montañosa. Por ello también nuestra representación del advenimiento de Jesús, nuestro pesebre, tiene cascadas y pueblitos antioqueños. Las cascadas se hacen de papel celofán, y las casitas llevan techo de teja y corredor. Foquitos de colores las alumbran por dentro. En los pesebres de Antioquia todo se vale: el Niño Dios, por ejemplo, puede ser más grande que sus papás. San José y la Virgen entre sí están proporcionados, y lo están por lo general con la mula, el buey y los Reyes Magos, pero puede haber un pastor gigantesco, cinco, diez veces mayor que cualquiera de ellos, cargando una ovejita que es el doble de san José. Por la carreterita que lleva al pueblo van caminando arrieros con una recua de mulas, y detrás de ellos, como si nada, viene un tigre. A un lado de la trocha se ve un pescado enorme, que se salió del lago. El lago es un espejo: el del tocador de mamá. Si la mamá no presta el espejo, se puede usar una ponchera con agua, pero ¡ajo con la instalación eléctrica, que electrocuta! El color predominante del pesebre es el verde, que lo da el musgo. Los niños de Medellín tienen que dejar la ciudad, de excursión, para conseguirlo. A nosotros nos basta salir del corredor de la casa, porque en Santa Anita hay de sobra. Con eso de que el abuelo la volvió un pantano...

Dicen que los pesebres de Elenita eran de un esplendor singular y ocupaban dos cuartos enteros. Yo no los conocí. Alfredo Escalante, su marido, liberal, le compraba muñecas las que quisiera, y casitas, pastores, santos y figuritas para su pesebre. La trataba como a una niña, o como a una muñeca. Como no tuvieron hijos... Se casaron ella de quince años y él de sesenta. Para Alfredo Elenita era su muñeca, y para Elenita Alfredo era su papá. Cuando Elenita enviudó de su papá, parece que tomó el vicio de llorar. Con Alfredo Escalante no coincidí sobre la tierra. Se había ido cuando yo llegué. Se le fue de sopetón a Elenita en un pueblo extraño, al que fueron juntos por asuntos de él: por uno de esos pleitos que llevaba Alfredo, que era rábula: abogado sin graduar. Desde su hotel en la plaza hasta el cementerio, fue siguiendo Elenita el ataúd, sola, por calles y calles, cubierta de un velo negro y llorando. «Pobrecita», comentaba la gente viendo pasar a la señora forastera, desamparada, con su ataúd, y les daba también ganas de llorar. Como Elenita era una mujer vieja, de treinta años, no se volvió a casar. Alfredo la dejó sola en el mundo, sin casa y sin un centavo: todo se lo había dado en casitas y santicos y figuritas de pesebre. Por eso Elenita vive arrimada.

— ¿Y usted, Elenita, qué hizo con su pesebre?

Lo vendió: para pagar el entierro. Es una lástima, pues de no haberlo vendido se lo podríamos incorporar al nuestro. ¿Se imaginan ustedes un pesebre de tres cuartos? Sería el más grande del planeta Tierra.

Las tristezas de Elenita se exageran los diciembres, por la ajena felicidad. ¿Puede haber alguien más feliz sobre la faz de este mundo que su hermana Raquel, mi abuela, con su esposo, sus hijos, sus nueras, sus yernos, sus nietos, su casa, su carro, sus pobres, sus vacas, sus matas, sus perros? Ahora Elenita le está regando los geranios. Hoy, ocho de diciembre, día de la Virgen, le va a pedir a su madre del cielo que se la lleve. Nosotros, en cambio, nos estamos preparando para la noche, para la inmensa felicidad que nos habrá de traer: a las siete vamos a alumbrar el corredor delantero, y a salir en el carro de papi a ver alumbrados por la carretera. Es la costumbre. Antioquia el ocho de diciembre se prodiga en luces para Nuestra Señora. En los corredores de las casas se hacen grandes arcos de guadua que se llenan de velas. Y de velas se llenan los barrotes de las ventanas, y los pisos y las chambranas, alineándolas, en distintos niveles, cuantas puedan caber. ¡Y a encenderlas! Quien mire a Santa Anita desde la carretera ve un prodigio: un altar de luz. Pero Santa Anita no es la excepción: igual está la casa de Alfonso Mejía, y las que siguen, y las que siguen, por toda la carretera hacia Envigado, hacia Medellín: las de los pobres, las de los ricos, todas, iluminadas todas con cientos, con miles de velas para la Virgen. En Envigado hay una calle en pendiente en que

las velas no sólo cubren las ventanas y las fachadas: cubren por cuadras y cuadras las aceras y el pavimento de la calle, son un millón. No pueden pasar carros, por supuesto, y los transeúntes maravillados no lo pueden creer. El ocho de diciembre, en la noche, Antioquia es un prodigio de luz.

Elenita no ha querido venir con nosotros a ver los alumbrados. Prefirió quedarse en Santa Anita con su muñeca, lo único que le resta de Alfredo: una muñeca decrépita de porcelana. Tan vieja es que se le ha caído el pelo postizo, pero si se mece aún dice «Mamá». Ella le ha pegado unos pelos suyos, blancos, en la cabeza. Para mi gusto, queda peor.

—Cuando sea grande y rico, Elenita, te voy a comprar una muñeca nueva.

Elenita no quiere entender que no está sola en el mundo, que me tiene a mí. El recuerdo de esa muñeca calva con unos mechones blancos de pelo ajeno me tortura.

Pasada la fiesta de la Virgen, el día dieciséis se hace el pesebre, porque empieza la novena del Divino Niño, con cantos y villancicos. Son tan únicos esos nueve días que llevan a la navidad, que incluso nos escapamos de rezar rosarios. La abuela y Elenita tienen esa afición; yo no: que los recen ellas. No es posible estar repitiendo la misma historia trescientos sesenta y cinco días al año. Los misterios que vamos a contemplar hoy son gozosos o gloriosos o dolorosos, a eso se reduce toda la variedad.

—Pero si fuera una película sí —dice la abuela con reproche.

Sí abuela, porque una película siempre es distinta. «El Corsario Negro» sólo lo he visto una vez. Y estoy harto de misas y de rosarios. Con los que recé contigo me sobran para toda la eternidad.

La novena es otra cosa. Nueve días al año se aguantan bien, y aligerados con villancicos... ¡Y qué días! ¡El cielo lleno de globos! Los globos se hacen de papel de china de muchos colores: azules, rojos, verdes, amarillos, combinados... Por lo general son un rombo de ocho pliegos. Uno de dieciséis es excepcional, y una cruz de veinte un tesoro. Llevan una candileja, que es la que arde, hecha de caucho y pedazos de vela envueltos en una bola de trapos viejos, que se empapa en petróleo. El humo negro que suelta la candileja, soportada en un sostén de alambre, es el que hace subir al globo. Es, ni más ni menos, su corazón. Cuando se apaga la candileja se acaba el humo y el globo cae. A veces cae de noche encendido sobre una casa

campesina, que son de bahareque, y la casa arde. Provocan unos incendios de padre y señor mío, en honor del Señor...

Hoy es un día cualquiera entre el dieciséis y el veinticuatro de diciembre. Salgo a uno de los dos corredores de Santa Anita a una hora cualquiera y miro al cielo y cuento: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, diez, veinte, treinta, ¡cien globos! ¡Qué maravilla! Se me bota el corazón. Ahora bien, agarrar un globo, en Antioquia, por más que haya y por más que todos caigan, es una hazaña, y le voy a decir por qué: porque detrás de cada globo hay veinte niños, con piedras y navajas, esperándolo en tierra. El globo puede caer con la candileja apagada, o bien encendida, pero como un corazón de enfermo que da los últimos estertores. Caiga como caiga para el caso da igual, porque los veinte niños, que para la ocasión se llaman chinchas (esto es: camajanes de menor edad, o aprendices de camajanes), lo reciben a pedradas: si el globo cae apagado lo rompen; si cae encendido lo incendian. Y usted me preguntará por qué. Muy simple: porque son veinte niños, y el globo es sólo uno, y si no es para mí no es para nadie, y ahí va la piedra. La cantidad de casas quemadas es nada al lado de la infinidad de niños acuchillados, porque los chinchas que cargan navaja no dejan impune el delito de que otros les rompan el globo. Y entre chinche que muere a navajazo, y chinche que muere navajado, ahí se va controlando la población de Colombia, que crece sin parar. El globo que va en el cielo, como un pájaro, no es de nadie. Pero cada niño que lo ve cree que es de él.

Hacer un globo es fácil, tanto como un niño, por eso sobran. Son ocho pliegos de papel de china que se parten en diagonal y que se unen con engrudo al revés. Se arma el rombo de seis caras, se le pone la candileja y se acabó. Lo difícil no es hacerlo, ni elevarlo; lo difícil es agarrarlo, y en eso está la hazaña. El veinticuatro de diciembre, día del advenimiento del Señor, los globos en el cielo de Antioquia no se contaban por docenas: se contaban por millares. Y ahí van los chinchas corriendo para acá, corriendo para allá, brincando arroyos, saltando tapias, subiendo y bajando faldas de montañas, persiguiendo un globo que vieron. Caía el globo, y de los cuatro puntos cardinales convergían niños, que venían a romperlo a pedradas. ¡Cuántos no cayeron en Santa Anita y acabaron así! Este libro no tiene más objeto que el de narrar la historia del único globo que entre los millares que palpitaban en el cielo agarré en mi vida, mi momento estelar, mi gran hazaña.

Era un mísero globo de ocho pliegos, confieso, y equiparado al que elevó Leonel Escobar en Santa Anita daría risa o tristeza. El de Leonel, de ciento veinte pliegos, es el más grande que hayan conocido los cielos de Antioquia. Leonel

Escobar, amigo de mi papá, y del partido conservador, ni qué decirlo. ¡Qué van a ser capaces los liberales de un globo así! No sé cuántos días se tardaría Leonel en hacerlo, o cuántas semanas. Para sostenerlo no alcanzaban las manos que había en Santa Anita ni en las fincas vecinas, y para inflarlo se necesitaron mechones y mechones, que con riesgo de incendio entraban y salían, llenándole la panza insaciable de humo. Cuando por fin el globo, con el último mechón, empezó a tirar, Leonel le prendió la candileja enorme y lo encaminó hacia el cielo: subió, subió, subió, ávido de inmensidad. Por la carretera nos fuimos en carro siguiéndolo hasta Palenque, hasta Sabaneta, hasta que la carretera se acabó. No regresó a la Tierra. Ha debido de irse a quemar en el sol, como Ícaro.

El veinticuatro Antioquia parece un bombardeo: se quema en fuegos de artificio porque nace el Niño Dios. Los polvoreros de mi tierra, que no aprendieron con los del gran Rey Luis de Francia, tienen un repertorio limitado de recetas. He aquí lo que hacen: papeletas, tacos, totes, chorrillos, buscaniguas, luces de bengala, pilas y voladores. Las papeletas (triangulares) y los tacos (cilíndricos) se limitan a estallar. De cuando en cuando le vuelan dos o tres dedos, o una mano, a un niño. O un oído, o un ojo, poco más. Como los totes y los chorrillos, los buscaniguas queman pies. El resto son luces de colores. Los voladores, como su nombre lo indica, vuelan: se van al cielo, penetrando en la oscuridad con un chorro de luz; al final, para terminar su exhibición, hacen ¡pum! Si el volador se vanea y no le vuela, hay el riesgo de que le haga ¡pum! en un ojo. O que le queme un pie. Nada más.

Nosotros, como todos los niños de Antioquia, fuimos polvoreros: hacíamos papeletas durante días y días, por gruesas y gruesas y gruesas para el veinticuatro. Así Medellín en diciembre se volvió un peligro; estaba uno tranquilo en su casa, haciendo globos o papeletas, cuando de súbito, más cerca o más lejos, sin avisar, se oía la gran explosión: había estallado una casa. Salían los bomberos como avispas de su avispero, haciendo sonar sirenas, y a sacar cadáveres, calcinados: salía la mamá, la tía, la abuela, el papá, los niños polvoreros... La casa quedaba en escombros, por la fiesta del Señor.

Las autoridades tomaron cartas en el asunto, y prohibieron las polvorerías en las casas de habitación. Pero esto regía para los profesionales, que eran los menos. ¿Y para los aficionados, que eran los más? Las polvorerías propiamente tales se convirtieron entonces en casetas de tabla ubicadas a lo largo de dos o tres cuadras, en una sola calle. Así en vez de volar una sola, volaban todas: veinte, treinta, cien polvorerías que estallaban en una explosión escalonada, ¡pum! ¡pum! ¡pum!, pero con voluntad unánime, en honor del Señor. Los cadáveres los extendían por cientos en las aceras. ¡Qué preciosidad! ¿Cómo puede haber un

diciembre sin muertos? Dígame usted. El solo olor de la pólvora me expande el alma.

«El muerto» se llama el treinta y uno de diciembre al año que pasó, y se representa por un muñeco de trapo de tamaño humano relleno de pólvora. Lleva de todo: papeletas, tacos, totes, chorrillos, buscaniguas, pilas, luces de bengala, voladores. En cada cuadra de Medellín hay uno, y se prende a las doce en punto de la noche. Estalla como un loco en una cacofonía de luces y de truenos sin ton ni son. Tira el sombrero y vuela por el aire como un pelele sacudiendo las patas. Y la barriga le estalla en arpegios de luces de color. «El muerto» es un disparate: como es la vida, como es el año viejo, el que pasó. El seis de enero se desarma el pesebre porque se acabó la fiesta. Y a pagar tamaña felicidad con un año de lúgubre cárcel en el colegio de los salesianos.

Al «tuso» Navarro Ospina le dicen así porque tiene el pelo cortado en cepillo. Alto, viejo, cadavérico, es el jefe natural del partido conservador en Antioquia, una momia, y manda desde hace cien años. Manda más que mi mamá, ¡piense usted! Los fines de semana, él y otros jefes del partido salen con mi papá a hacer campaña, por los cuatro rumbos de Antioquia y sus cien pueblos. Van en un carrito viejo, destartalado, una carcacha, por carreteras polvosas, tratando de vislumbrar a través de una nube de polvo los destinos del país. De noche, a veces, lo que alumbran los faros a la vera del camino, donde desemboca a la carretera una trocha, es un cadáver decapitado. Siguen de largo porque ya no hay nada que hacer. Además, si se bajan, y los que lo decapitaron son liberales ¿qué? Mejor seguir, y siguen en lo que van. Entonces el doctor Navarro Ospina saca su camándula y pide una tregua, para descansar por un tramo de los asuntos de este mundo y ocuparse un poco del alma. Usted probablemente no sepa qué es una camándula, pero lo va a adivinar: tiene cincuenta pepitas espaciadas de diez en diez, un crucifijo, y sirve para rezar. Se rezan con el doctor Navarro tres rosarios de un tirón. Por eso los llaman godos camanduleros. Godo es conservador.

Ahora bien, el tuso Navarro ya se va a morir. Y así la más reluciente estrella del estrellado cielo conservador será el doctor Manuel J. Betancur. Dios le dio el don de la palabra y el de la absoluta honradez. Ahora va en el carro estrechando a los demás con su gordura de Secretario del partido en la capital. Si la muerte no se le atraviesa en el camino, Manuel J. Betancur va a ser el próximo presidente de Colombia, suprema ambición, honor supremo, como la vasta vastedad de la vasta tierra. El doctor Betancur es el padrino de mi hermano Carlos, que acaba de nacer. De la pila bautismal de mi hermano a ceñirse la banda presidencial no hay más que un paso, pero el doctor Manuel J. Betancur no lo dio: murió a los treinta y tres años

de edad, de un infarto, en Bogotá. Lo mató su gordura, que junto con tantos dones también le dio Dios.

Como usted puede ver, y aunque ellos no lo crean, los doctores también mueren. Se sienten protegidos de la enfermedad, como detective del ladrón. Y el día menos pensado les roban, como a cualquier mortal. El doctor Manuel, empero, no era médico: era abogado. Como mi papá, y como el doctor Navarro. En Colombia sobran los abogados y se les dice doctor: operan al país.

Mi padre fue abogado sin querer: desertor del seminario, los únicos caminos que podía tomar, tan tortuosos y enredados como los del latín, eran los de la Ley. Su verdadera vocación, empero, es el ganado cebú. Tiene alma de poeta que se expresa en locuras de finquero. El ganado no le interesa por lo que pueda dar: le interesa por lo bello que es. Ve sus espléndidos animales blancos, de cuernos chicos y gran joroba, sobre el verde de un potrero, como el niño ve unas ovejitas sobre el musgo de su pesebre: como una preciosidad. Ni se los quiere comer, ni los quiere cambiar, ni los quiere vender. A él no le estorban, ¿le estorban a usted? Después de que le vendió su mitad de Santa Anita a su suegro, el que le alborotó las humedades, ha tenido varias fincas: les construye casa, les trae acueducto, les pone electricidad, les limpia los potreros, los cerca de alambre, los llena de ganado, les hace pesebreras, les monta bebederos, les siembra cultivos, las embellece de hortensias y rosales, y al final las vende por lo que le costaron, para comprarse otras y volver a empezar. Lo posee una furia demente de construir.

La finca que en su corazón reemplazó a Santa Anita, y con la que adquirió experiencia, estaba a lomo de mula a una hora del pueblo de San Carlos, conservador.

—Todo lo que alcancen a ver sus ojos, doctor —le dijo el anterior dueño tras de llevarlo cabalgando hasta el cerro más alto un día soleado—, de aquí hasta el horizonte es la finca. El pasto verde de que ve cubiertas esa infinidad de colinas es la maciega, el alimento preferido del ganado.

—Así es, doctor —aprobaba Pacho Marín, el mayordomo socarrón, que iba en el trato.

Con los ojos de la imaginación, que van cerrados, papi veía cabezas y cabezas de ganado, millares que le cabían en semejante extensión. Fue la tentación

de la montaña, y papi, al revés de Cristo, aunando a la ubicación conservadora la extensa hermosura, sucumbió. Regresaron a todo galope de caballo al pueblo a firmar las escrituras. La finca resultó una furia, un monte alzado que atacaba a traición. En el breve lapso en que un peón arrancaba con el azadón una maleza, se le venía encima, por detrás, una liana y lo envolvía a mansalva. El pasto verde de que veía papi cubierto el panorama de nuestro futuro no era tal: era maleza: la maciega: la yerba más perversa y tenaz que haya parido en su insania la puta tierra. El ganado no se la comía: la esquivaba con terror sin saber dónde meterse. Salamandra diabólica, el fuego era su elemento: cuando se apagaba el incendio por un lado, iba surgiendo el monte de maciega por el otro. Y vano esfuerzo era desenraizarla con azadón. Cien peones metía mi pobre padre a desyerbar un cerro: cuando le daban la espalda al caer el sol para regresar a casa, el monte se les volvía a alzar a carcajadas. Mi padre bautizó a su nueva finca con un nombre sublime: La Esperanza.

Cuatro horas de carretera tediosa, polvosa, separaban a Medellín de San Carlos, feliz prelude de una hora más que seguía a lomo de mula hasta nuestro espejismo de maciega. Por una varada u otra, las infaltables varadas, llegábamos anocheciendo al pueblo, donde una recua de mulas nos esperaba, pues el caballo para la trocha infame hacia La Esperanza era un animal inhábil. Con paso lento y firme instinto, las humildes mulas avanzaban con sus torpes jinetes ciudadanos, subiendo y bajando faldas de piedras resbaladizas, o vadeando pantanos. A uno de éstos fue a dar Aníbal, de cabeza, a ahogarse debajo de la barriga de la mula, de donde lo pudo sacar mi santo padre a jalones, liberándolo de un viaje directo al cielo dada su tierna infancia. Salieron hechos el Monstruo del Pantano. Culebras se escabullían por entre las patas de las cabalgaduras, con cascabeleos insinuantes de crótalo, o chasquear de látigo. La región era un serpentario, y en la botica del pueblo lo más que había era árnica y aspirina. Al que mordieran en un pie, se tomaba un aguardiente de carrera, sacaba el machete y se cortaba el pie. Si le llovieron de las ramas y le mordieron la mano, se cortaba la mano; si la cabeza, la cabeza. Lo importante era sobrevivir. Nos oscurecía siempre en camino. Iba entonces la cantimplora de aguardiente de mano en mano conjurando peligros.

Sólo faltaba cruzar el río, el San Carlos, para entrar en predios de La Esperanza. ¡Pero qué río! Señor más bravo no he visto, y he tratado el Tonusco. Suerte que era conservador. Arrastraba una furia de cien mil kilovatios hora, lívido de espuma y rabia, sacándole un chispero a la noche. ¡Qué importa que no hubiera luna! Blanca se veía en la oscuridad la anaconda... Las mulas, que al contrario de los humanos saben dónde meter la pata, esquivaban por fortuna con instinto providencial sus mil corrientes traicioneras subacuáticas, los infernales remolinos.

Nosotros, agarrados de los pelos, del cabestro, chapoteábamos zarandeados, haciendo la más infeliz figura. Nos sacaba la mula de un gran jalón a la otra orilla, y nos resbalábamos a tierra empapados, empantanados. Entonces se largaba inclemente el aguacero. Los relámpagos nos alumbraban la casa, al final de la trocha.

—¿Cómo les fue de viaje, doctor? —preguntaba recibiéndonos zalamero Pacho Marín, el mayordomo que nos acomodó el viejo dueño.

Nos tenía, la verdad sea dicha, un espléndido, humeante sancocho de gallina. Alumbrados con velas de sebo, revoloteaban a nuestro alrededor las chapolas. Caía una que otra al caldo caliente: de condimento. Sancocho de gallina con chapola en tazón grande de loza no he comido ni en París. Entonces, cuando ya no hacía mayor falta, salía la luna. ¿Y qué ciudad, qué pueblo, qué paisaje no es hermoso con luna? El astro engañoso nos hacía ver espléndido el panorama. La Esperanza nos haría millonarios. ¿Quién lo podía dudar en semejante noche con la panza llena y bebiendo aguardiente? Los fuegos fatuos nos llamaban desde las matas de plátano: el entierro está aquí. ¡Miren a quién se lo vienen a decir!

Un problema tenía la finca de San Carlos, y eran los chinches. Los hay de dos clases: unos, que ustedes ya conocen, perseguidores de globos con navaja, y otros más pequeños, del tamaño de un insecto, pero más insidiosos. A éstos me refiero. Pica el chinche y su comezón dura un año. Los de San Carlos eran prueba manifiesta de una Divina Providencia, que ha dotado de razón al ser pequeño. Como untábamos de gasolina y veneno las patas de las camas para que no se subieran, subían por las paredes, cruzaban el techo, y a la altura de la cama se dejaban caer: aterrizaban sobre la pobre víctima fulminada de cansancio y de aguardiente, y le dejaban de recuerdo, por un año, la comezón.

Otro problema tenía la finca y se puede decir puesto que ya se vendió. Pacho Marín y su parentela. Prolíficos como el castor, entre hermanos y primos eran cientos, e invadían la comarca. Conservadores, eso sí, pero con mañas de conservador enrazadas en picardía de liberal. Cuanto producía La Esperanza era para ellos: el plátano, para ellos; la yuca, para ellos; la panela que se sacaba en el trapiche de mulas, para ellos. Y lo que no se comían ellos era para sus marranos. De Medellín había que traerles cada semana: sal, azúcar, harina, frijoles, papas, velas, jabón, petróleo, lazos, fósforos, anzuelos, maíz... A cambio de buenas noticias: la novillona bonita, dizque la fulminó un rayo; el ternero capón, se lo llevó el río; la vaca horra, murió atrancada en un barranco; el marranito de ustedes, el flaco, se perdió; la yegua preciosa, la mató una culebra... Hoy se evaporaba un

tonel de ACPM para mover la planta, mañana se encogía un kilómetro de alambre para cercar potreros. Prestaciones, jornales, primas de navidad, ropa de Semana Santa, cumpleaños, regalos, y la finca hecha un desastre, porque «La maciega no la acaba nadie». Los Marines eran el campesino colombiano: la tumba de las ilusiones, la muerte de La Esperanza. Amigo mío, por favor, no le haga una revolución al campesino colombiano, que lo va a joder. Déjelo como está, que está más que bien. Siempre encontrará un patrón pendejo que ponga la tierra y trabaje por él.

Por ese caminito que iba al cerro más alto, un buen día soleado papi llevó cabalgando a un finquero novato con ínfulas de señor.

—Todo lo que alcancen a ver sus ojos, doctor —le dijo mostrándole desde arriba el panorama—, es la finca. El pasto verde que usted ve cubriendo esa infinidad de colinas es la maciega, el alimento preferido del ganado.

—Así es, doctor —aprobaba Pacho Marín, el mayordomo, que iba en el trato.

Le vendieron la finca. Corrieron a todo galope de caballo al pueblo a firmar las escrituras.

Tenía el padre Slovez un mapa mudo, que había que hacer hablar. Estaban representados en él los países, las islas, los continentes, los golfos, los ríos, las bahías, las penínsulas, las montañas, pero con el mero trazo, sin nombre. El desgraciado que lo hizo no se lo quiso poner, y lo teníamos que decir nosotros. Pasaba el padre a alguno al mapa mudo e iba señalando:

—¿Qué es?

—El estrecho de Ormuz.

Si era, seguía el dedo su camino; si no, el cura mandaba un coscorrón. Pasaba el maldito dedo por el Cabo de Hornos, por el Trópico de Cáncer, por la isla de Zanzíbar, y como en zafari de millonario se metía luego al pleno corazón del África, a señalar lagos y ciudades negras: Lago de Chad, Lago de Tanganyka, Ahaggar, Khartum, Armara, Tombuctú, Casablanca, Dakar, río Bahr el Arab, Burundi, Dahomey, Guinea, Costa de Marfil. Saltando por La Meca y Medina y los jardines encantados de Alá, aterrizaba en el archipiélago filipino, en el Mar Meridional de la China, y señalaba una islita que me hacía brincar el corazón: mi adorada Palauán. Y un puntito: Sarawak. Era el mar de Java, el mundo mío, el de

Mindanao, Borneo, Sumatra, el del archipiélago malayo por donde tantas veces navegué con Sandokán. Mi salón siniestro se alumbraba un instante con brillos de cimitarra. Por ese breve instante llegué a querer al cura odiado. Después partía el dedo hacia otros rumbos extraños, de los que yo nada quería saber...

Todas las materias las podía impartir el padre Slovez, salvo la de castellano, que como extranjero le estaba prohibida por la Secretaría de Educación. Era lituano. Cuando Rusia invadió los países bálticos huyó, y nos cupo en suerte a unos inocentes de un país neutral. Mucho he oído hablar de la sagacidad de los rusos, de su Comintern y su terrible KGB, y no me explico cómo lo dejaron escapar. Sería anticomunista por esa solísima razón. El padre Slovez católico, escuálido, con alma de pedernal...

De la curva de Alfonso Mejía en la carretera, en subida, viene el rugido de un motor fatigado: el primer camión de escalera del día, cubriendo el trayecto entre Sabaneta y Envigado. Amanecer de domingo en Santa Anita, cinco de la mañana. Arrancándome a jalones del sueño, la abuela y el abuelo me despiertan para que los acompañe al pueblo a misa de seis. Me ponía el traje dominguero, pantalón de paño azul y saco igual, el uniforme de gala del colegio del Sufragio, más una corbata negra cuyo nudo me enseñó a hacer el abuelo. Preludio del día ardiente que habría de venir, reinaba siempre un frío cortante en la madrugada. Un clima como para dañarle la salud de hierro a una estatua. Empecé a estornudar, y seguí estornudando por días, meses, años, hasta que me fui de Medellín, a dar tumbos por la vida. Algún amanecer en un país extranjero, sin embargo, cuando oigo el ruido de un motor cansado que me sugiere un camión de escalera tomando una curva en subida, me vuelve la tos. En el Hudson, tiritando, partía con el abuelo y la abuela rumbo a Envigado. Solos los tres.

Andando y andando las manecillas siniestras del reloj, vino la mafia de la cocaína a convertir a Envigado en un gran matadero. Pero en los tiempos de mi niñez era un pueblo feliz. Como sus palomares y yo. Su iglesia blanca, enorme, en misa de seis estaba atestada. Sobre el chisporroteo de las veladoras y los grandes cirios resonaba el órgano, y se iban a perder sus notas en un gran calor humano. Alguien, en cierto momento de la misa, se aclaraba la garganta, empezaba a carraspear, y un minuto después estaba toda la iglesia carraspeando con él. De rebaños hablaba ahora el sacerdote en el púlpito, y de ovejas descarriadas, y me miraba a mí. ¿Por qué? Yo empezaba a toser. Y la iglesia entera empezaba a toser. Éramos un solo rebaño bajo un solo pastor.

Acabada la misa nos íbamos a mericar, y a tomar en un puesto de la

parroquia café negro con empanadas calientes: iban saliendo humeantes, de una paila de manteca hirviendo. Felices, con la barriga en paz y en paz con Dios, regresábamos a Santa Anita.

Fue unas vacaciones de diciembre en Santa Anita cuando la Señora Muerte se cruzó por primera vez en mi camino, con su carga de dolor. Rosalba, ya antes la nombré, hija de Valerio, el mayordomo, era una linda niña pálida en la edad del primer amor. Una noche la llevaron al cine, a Envigado, y contrajo una pulmonía, estando acaso el terreno preparado por los bacilos del señor Koch. Para evitarnos el contagio, o la pena, tan pronto Rosalba enfermó, interrumpiendo nuestras vacaciones mis padres nos llevaron de regreso a Medellín. Unas semanas después, al volver a Santa Anita, desinfectada ya de microbios y de llantos, supe que Rosalba no estaría más. Me dio siempre esa niña una impresión de irrealidad, de que vivía entre brumas de ensueño. Se diría la heroína de una novela romántica... Y para no desvirtuar el parecido murió.

Lía impuso, en el acto, una piadosa cortina de silencio en torno al nombre de Rosalba. Si alguien la mencionaba, al punto cambiaba el tema. Estaba haciendo sus aprendizajes para lo que vendría luego, cuando nos empezamos a morir sus hijos y el resto de la familia. Ni una sola queja, ni una sola lágrima. Con dulce serenidad asumía todo el dolor y las jodas del velorio y del entierro, y durante ambos repetía:

—Para qué voy a llorar, si me duele la cabeza.

Tal su política. Vivo que se murió, se va al ataúd y al olvido.

Por lo pronto, mientras yo seguía entre los vivos, me metió a estudiar al Instituto de Bellas Artes, para tener en casa, a falta de papa, un pianista. El talento musical que me dio Dios es mediocre. Oído absoluto, eso sí, pero negado para la modulación y el acompañamiento. Imbuido por los pasillos y bambucos de mi tierra, me costaba un trabajo inmenso aceptar que se podía pasar de do mayor a la menor. Yo estaba bien para los tiempos de Monteverdi, no para después. La vida me ha castigado con un siglo de jazz y estrépito rock, que me revientan el hígado y la cabeza.

A doña Rosario, mi primera maestra, las clases le desencadenaban todo un repertorio de tics, piadoso cauce sin duda de una impaciencia contenida. En medio año la dejé atrás y pasé a estudiar con la señora Pennella, magnífica pianista italiana, sin tics pero con furia declarada. Su genio de profesora rabiosa, que

causaba pánico, conmigo empero se dulcificó: en una semana yo avanzaba lo que otros en años, y ella, íntimamente desconcertada, no podía entender cómo se encontraba en un submundo de cabras un niño así. Pero, ay, todo eran meras apariencias: yo, que podía repetir con manifiesta facilidad las notas que otros escribieron, tenía seca la fuente de la música en la profunda aridez de mi alma. Al santuario de Bellas Artes llegué como un mendigo, y tras de pasar años en él, como un mendigo me fui. He vivido siempre de limosnas musicales, que recibo con devoción agradecida.

Bellas Artes, contra lo que en un principio pensé, no era propiedad de la señora Pennella: era el reino de una niña, Teresita Gómez, de mi edad, pero de distinto color: negra. Y en el color estaba el milagro. Mi raza antioqueña, mezcla de blanco con negro, con indio, con tarado, con loco, es como el sancocho que lleva: papa, yuca, plátano, maíz, arracacha, hueso, carne, infame mezclanza de sangres mal batidas en agua caliente con sal. Carecemos de todo talento pictórico, auditivo, culinario, verbal. De la expresividad de lenguaje que nos legó el Siglo de Oro, el que nos conquistó, no nos queda ni la sombra. Paso a paso hemos ido avanzando hacia la absoluta mudez. Nos entendemos a insultos, como mi loro Fausto, y nada más. En cuanto a lo que sabemos pintar, son unas mujeres rollizas con el vientre abierto, como por una gran cremallera, en el que llevan una enorme mazorca de maíz, del tamaño de un bebé. Pintamos también, en Antioquia en que no hay lagos, paisajes de lagos copiados de una tarjeta postal que se extravió: van en la tapa posterior de los camiones de escalera. Y nuestra música, pasillos y bambucos, es tónica, dominante, tónica, dominante, hasta el último acorde del juicio final. Nuestro talento culinario se agota en el susodicho sancocho, que le recomiendo en caso de hambre crónica y crónica necesidad. Lo que hacemos bien es robar, pero hemos robado tanto que ya no nos queda a quién.

Teresita Gómez tuvo la gran bendición del cielo de no nacer antioqueña. Aunque en Antioquia aterrizó, su sangre pura era la de la Costa del Pacífico colombiano donde los negros están intocados, todo ritmo y pereza virginal, tal como desembarcaron de África en este continente de América, en el siglo de la esclavitud. Abandonada de recién nacida un amanecer a las puertas de Bellas Artes en una canasta, el cuidador del edificio y su mujer, viejos y sin hijos, la recogieron y en el santuario de la música la niña creció. El padre adoptivo, Valerio, atendía durante el día un puesto de panes y café en el hall del edificio. Era tan bruto, que tomaba los panes con la mano y se los acomodaba a unas pinzas para entregárselos al cliente. Pero Teresita, ¡qué prodigio de musicalidad! En la sala de conciertos de Bellas Artes tuvo lugar el primero que le oí. Las notas secas, martilleantes de Scarlatti que lo iniciaron, se fueron transformando en el suceder del programa en

las frases amplias, envolventes, del segundo Scherzo en si bemol menor de Chopin. Sus dedos negros, irreales, alma del blanco teclado del Steinway, iban deslizando la pieza cuando empezó a llover. Recuerdo el canto alegre, salpicado, de la lluvia que caía afuera, sobre el alto techo de la sala, haciéndole un travieso contrapunto a la música que sonaba adentro, con su doliente lirismo.

En el alma de cada niño hay un suicida, y no puede ser de otro modo dada la desconsideración de los padres. Al niño, a quien sin su consentimiento se trajo a este valle de lágrimas, aparte de la existencia el par de irresponsables le dan muy poco, siendo así que le deben todo: mimos, trenes eléctricos, consideraciones. Yo, alma de paz, el día menos pensado me vi instalado en plena guerra civil, ¿y a cambio qué? Del campo de batalla me iba a la cárcel salesiana, y de la cárcel salesiana al campo de batalla en un ciclo que se continuaba ab aeterno. Para los dos culpables no veía mejor castigo que despeñarme yo, la víctima inocente, de un glaciar del Himalaya y matarlos de dolor. No por cobardía ni por la común ansia de perdurar no cometí el acto trascendental, sino porque no les vi cara de escarmiento: habrían mirado el cadáver en el fondo del abismo, forzando los ojos un poco para ver mejor, y me habrían aplicado la política familiar: muerto que se fue al hoyo se tapa con dos toneladas de olvido, y se acabó. Así que aquí me tienen, poniéndole al mal tiempo buena cara.

Los diciembres recapitaban, y con uno que otro tren eléctrico algo trataban de reparar. Hay un diciembre que alumbra mi borroso pasado con un incomparable esplendor. Eran todavía los buenos tiempos de Laureano Gómez y los progenitores de la desgraciada criatura viajaron a México a las ceremonias de transmisión de mando, en representación de su país. Mi ingratitud ha olvidado el día en que se fueron; mi recuerdo agradecido rememora la noche en que volvieron, cargados de regalos: veinte de diciembre a las ocho, en Santa Anita, cuando rezábamos la novena del Niño Dios. Los faros de dos o tres carros iluminaron la portada, nuestra carretera, y avanzaron hacia el corredor, donde rezábamos, como surgiendo de la inmensidad. Eran ellos que volvían. No sé cuántas valijas de impunidad diplomática traían, reventando de juguetes y regalos: payasos de cuerda que daban una voltereta en el aire, jeeps con llantas de caucho como de verdad, trenes eléctricos con kilómetros de vía férrea, carros de bomberos para apagar incendios, sombreros de corcho para explorar en África, revólveres de vaquero con fulminante y ametralladoras preciosas para matar. Trajeron a José Alfredo Jiménez prensado en disco (y lo tuvimos cantando en mi casa por veinte años); sombreros de charro, chinampas de Xochimilco, sarapes, un calendario azteca, un marciano. Regalos para mí, para Darío, para Aníbal, para el abuelo, para la abuela, para los mayordomos, para el perro, para Elenita... Así es como hay que

viajar: para traer. ¡Y qué de historias! Pirámides consagradas al sol por los extraterrestres aztecas, y un pueblo de trescientas sesenta y cinco iglesias y veinte habitantes, consagrados al tequila bajo el sol. Durante el acto solemne de la toma de posesión, Lía se fue derecho hacia el nuevo presidente para felicitarlo por los seis años que le esperaban de poder omnímodo y omnímoda felicidad, pero se equivocó: felicitó al embajador de Tailandia, quien para su gran susto le contestó en chino internacional.

Éramos unos niños sucios con las manos manchadas de tinta, que abominábamos el baño. Antes de la pubertad, en Antioquia, frente al escalofriante invento de los tiempos modernos nuestros niños son rabiosamente europeos. Como quien dice, de tradición. La tinta, de marca Norma, era azul, en dos tonos: fuerte y débil, ambos hermosos. Yo pensaba en distintas profundidades del mar. ¿Quién pudiera escapar de la cárcel salesiana rumbo al mar inmenso, que suena en el caracol? Las plumas con que escribíamos, metálicas, ya las usó el ateo de Renan. Con un manguillo de madera formaban el encabador, y a la mínima presión de la mano se plegaban con docilidad permitiendo una caligrafía de trazos ora gruesos, ora delgados, voluntariosa. Un día aparecieron las plumas estilográficas con su depósito de tinta, que hacía innecesario andar de arriba para abajo con el tintero, y mandaron al diablo al encabador. Sólo que a veces descargaban con incontinenia la barriga, su vejiga, y nos dejaban de recuerdo en el bolsillo de la camisa una gran mancha azul. Nuestros cuadernos, de rayas simples o cuadriculados, de marca Norma o Bolivariano, llevaban en la tapa tres indicaciones impresas que había que llenar: «Colegio de:» «Cuaderno de:» «Pertenece a:» Cuadernos, textos, lápices, plumas, compases, tinteros, los útiles vaya, comprados al inicio del año escolar nos acompañaban hasta su término, del colegio a la casa, de la casa al colegio, guardados en la maleta, una bolsa colgable de cuero que viajaba a nuestro flanco como parte nuestra.

Tenía la apologética respuesta para todo y para todos: para el materialismo, para el ateísmo, para el determinismo, para Voltaire, para Darwin, para Renan. Parapeto contra el gran garrote de la intemporal herejía, era la ciencia que enseñaba a defender la religión católica de los mil ataques que le llovían por doquier. Empezaba probando la existencia de Dios a la desesperada, a la diabla: con argumentos históricos, físicos, metafísicos, morales. Echaba mano de la razón de la razón como dialéctico marxista, y de la sin razón del sentimiento como mi vecina Doña Pelotas. Hablaba de un Primer Motor Inmóvil, fuente de todo movimiento; de un Ser Necesario en un mundo contingente; de una Causa de las Causas, de un Gran Relojero. ¿No veíamos la armonía del Universo, ese preciso y precioso reloj de infinitas piezas ordenadas a un fin? Pues para darle cuerda y

mantenerlo en orden se necesitaba el relojero. Una omisión, sin embargo, le encontraba yo a los argumentos morales: ¿por qué no mencionaban las calificaciones de fin de curso? Alumno que reprobaba pasaba un año más de cárcel con los salesianos. ¿Querían prueba mejor?

Abiertas a las cinco de la tarde las puertas de la jaula que cuidaban las aves agoreras, se volcaba la algazara de la chiquillería sobre el parque de Boston, en cuyo marco se hallaba la cárcel. Unas horas más y una noche de tregua seguían, pero mañana el espanto de volver. A veces una enfermedad providencial me permitía quedarme un día en cama: amargado por la perspectiva de mi obligado retorno, tan cierto como la ira de Dios. Durante los años, empero, que con los zopilotes de sotana pasé, ocupé siempre el primer pupitre, el del mejor de la clase, y en premio sólo veía al cura odiado.

En el parque de Boston, en el centro hay una estatua de bronce: la de Córdoba, el vencedor de Ayacucho, el héroe de Antioquia, joven, bello, valiente, que pagó con su vida el sublevarse contra Bolívar el Ambicioso. El mármol del pedestal estaba rajado. Para cuando, cruzando el parque a mi salida del colegio camino de mi casa, pasaba yo con mi maleta frente a la estatua, había empezado ya a razonar, a blasfemar. ¿No era una cretinada eso de un primer motor inmóvil que se mueve? ¿Pues si no se mueve cómo comunica el movimiento? En Medellín abundan las cantinas con mesas de billar. Si en vez del gran reloj el mundo fuera un gran billar, el Gran Relojero sería entonces el Gran Billarista, el Campeón de Campeones. ¿Por qué no tomaba pues su gran taco y golpeaba mi cabeza de suerte que diera contra la de la estatua de Córdoba, para rebotar, por sobre veinte cuadras, frente a la catedral, contra la de Bolívar en la más espléndida carambola que conocieran los siglos? O si prefería, bien podía mandarla contra la rajadura del pedestal de mármol a que se despedazara, y en una masa informe de huesos y de carne mis ojos ya no vieran.

Al término del parque había unos escalones de subida que desembocaban en la calle del Perú, y unos altos eucaliptos de los que llovía una infinidad de pequeños conos sobre el cemento del piso. No hubo vez que no me detuviera a recoger uno, el cual haciendo el vacío me pegaba en la lengua. Había tomado el cono esa tarde, como siempre, y la calle del Perú continuando en mi blasfemia:

—¿También estás aquí en este pequeño cono que le da su nombre a las coníferas? ¿Y en el interior de las paredes de tapia donde viven los alacranes? Si en todas partes estás no estás en mí: Tú eres la luz, que es un desorden; yo soy la estática oscuridad. Manda un rayo ahora de tu omnipotente cielo que me destruya,

de suerte que la suprema prueba de tu existencia sea mi odio.

Algo extraordinario entonces ocurrió. Yo caminaba por el pavimento, solo, pero por la acera iban transeúntes y escolares de mi colegio, entre los cuales dos niños lituanos, de esos emigrados con quienes vino el padre Slovez, altos, fuertes, que le podían a todo el mundo si bien apenas si sabían hablar español: en los rostros de todos vi reflejado el terror. En un primer instante pensé que los lituanos venían a desafiarme o a golpearme, pero en el siguiente comprendí la razón del unánime terror: un camión de pasajeros se precipitaba hacia mí como un bólido. No hice el menor movimiento para esquivarlo: fue el camión el que con un brusco viraje me esquivó. La puta Muerte volvía a pasar a mi lado y se seguía de largo. Todas las miradas se fueron tras de mis pasos azoradas, sin entender: yo seguí caminando en la línea y al ritmo que traía, como antes, cabizbajo, para desmentir con mi actitud lo que acababa de ocurrir. Al llegar a casa sobre la mesa del comedor abrí mis cuadernos, mojé la pluma en el tintero y en uno de ellos, formando la primera letra con mil adornos como iluminista de un códice medieval, con mi encabador escribí: «Dios es un cerdo y hoy me quiso atropellar». Salpiqué luego mis palabras con gotas de tinta hasta cubrirlas con un inmenso charco negro para que nadie las pudiera leer.

Muchos años después, en el Hotel del Prado, en México, conocí el mural de Diego Rivera que representa un domingo en la Alameda. Perdida entre la infinidad de personajes que allí están retratados, en la gran fiesta de color que anima el pueblo está escrita una frase: la que Ignacio Ramírez pronunció al ingresar a la Academia de Letrán, y que tantos en voz alta o en la soledad de su conciencia entonces se dijeron: «Dios no existe». La leí sonriendo, sin darle más importancia que a la de una ingenua travesura jacobina, antediluviana.

Lía, a quien jamás le importó un ardite el qué dirán, un mínimo reparo tenía, empero, con el asunto de las sirvientas, pues ¿cómo una señora de su condición y con tantos hijos podía vivir sin ellas? ¿No tenía acaso con qué pagarlas? Así que, como los mayores éramos hombres y como mandaba a gritos, en previsión de lo que pudieran oír las vecinas y ya que no le costaba un centavo, nos cambiaba el nombre al femenino para que creyeran que les hablaba a las sirvientas: «¡Fernandina! ¡Dariína! ¡Anibalina! ¡Hagan esto y lo otro!» A Silvio lo llamaba Patricia. A veces se hacía presente con un silbido, que decía algo así como «Fufichu». Si en un momento dado no sabía quién estaba en la casa gritaba: «¡Alguno!» Pero con el correr del tiempo alguno se volvió nadie, y cerrados nuestros oídos a sus palabras nadie volvió a hacerle caso. La voz mandona de Lía sólo la oyeron entonces las paredes. O las vecinas.

Dinero tenía, empero, suficiente para pagar una o dos sirvientas, pues para eso al menos daba El Poder de mi padre. El Poder no era real: era un periódico que con ese nombre, el que designa la suprema ambición de los hombres, publicó cuatro años mi padre en compañía de su más cercano amigo, Víctor Carvajal, y que tal como la finca de San Carlos fue un desastre. Relegado del gobierno a la caída de Laureano Gómez por el generalote usurpador, mi padre hubo de volver a su primera profesión de periodista, la que tras su desertión del seminario iniciara en La Defensa, baluarte de su partido en cuyas prensas justamente, a su desaparición, ahora publicaba El Poder.

Había en mi tierra un loco que quiso convertir a Antioquia en un segundo Hollywood, y embarcó a todo el mundo en la nave de sus sueños, Procinal: Promotora de Cine Nacional. A Procinal lo anunciaba en El Poder, y en pago de los anuncios le daba a mi padre acciones en su quimera. Martinete, un periodista bandido, le dedicaba además día a día su programa de radio a la nueva compañía, y vendió acciones de Procinal por millares. El loco compró una finca en las afueras de Medellín, sede de la magna empresa, compró cámaras, proyectores, reflectores, reveladoras, copiadoras, moviolas, trajo técnicos de Italia y Alemania, y construyó un gigantesco pozo para las tomas submarinas que se pudieran ofrecer. Una única película filmó, y sobre la superficie: «Colombia linda», que se quedó inconclusa porque explotó la quiebra. Procinal se vendió en remate. Unos venezolanos adquirieron por centavos los equipos; los rollos de «Colombia linda» se liquidaron a peso kilo, pesados en una báscula de granero; y el pozo de las tomas submarinas, como la alberca persa de mi abuelo, se convirtió en escenario natural donde actuaban, en ralenti estilizado, sapos y ranas. No ha habido otro sueño más espléndido que Procinal en la gris historia de Antioquia: se lo digo yo que de estas cosas algo sé por venir de donde vengo. Para la posteridad, permítaseme consignar el nombre del soñador: Camilo Correa, que si no ha muerto seguirá en la cárcel.

—¿Pero para qué —le pregunté un día a papi— le aceptás a ese tipo acciones de lo que va a resultar una quiebra?

—¡Qué más da! —me contestó el pobre—. Si las acciones de Procinal no valen nada, tampoco El Poder lo lee nadie.

Sabrás Dios para qué le puso a su periódico semejante nombre si el poder, cuando lo tuvo, y en considerable medida ya que ascendió hasta el penúltimo peldaño en la colombiana ambición, le importó un comino. Uno de esos políticos que se reunían bajo los cuatro mangos del bosque, de aspiración más definida, llegó en cambio adonde por un impedimento profundo no podía llegar él: a sentar

sus trascendentales nalgas en el solio de Bolívar ciñéndose la banda tricolor, Supremo Bien. El impedimento, que noche y día le obstaculizaba a mi padre la plena realización de su carrera, era bien simple: la incomparable belleza del ganado cebú. ¡Qué espacio iba a haber para otras cosas disponible en su ocupado corazón!

Un suceso providencial vino a liberarnos, a mis hermanos y a mí, y para siempre, de la cárcel salesiana: el que don Nicolás Gaviria fundara su Instituto Colombiano de Educación. No sé qué movió a mi padre, un convencido de las excelencias pedagógicas de los seguidores de Don Bosco, a cambiarnos al nuevo instituto, veinte cuadras más lejano y en el que ni siquiera iba a participar como accionista según don Nicolás, su copartidario, en un principio le viniera a proponer. Supo del proyecto, nos cambió y basta. ¡A qué buscarle razones al milagro!

La niñez, dicen, es la época más hermosa de la vida. Quien lo dice no estudió con los salesianos. Tan excelsos pedagogos y amantes de la niñez serían ellos, que durante los seis años de condena inmerecida que con ellos cumplí detesté todo arte, detesté todo libro, detesté toda ciencia, que empecé a querer el día mismo que los dejé. El Primer Motor Inmóvil, a quien a ellos mantuve siempre asociado, acaso por su fundamental injusticia, dejó entonces de interesarme, para bien y para mal. Exorcizado por el cambio, dejé de maldecir. Un día de noviembre, bendito sea, por última vez crucé la puerta de la cárcel salesiana de salida, camino de mi casa y de las vacaciones de fin de curso. Habría sido el más dichoso de mi existencia de haber sabido entonces que no habría de volver. Pero no lo sabía, pues la decisión del cambio fue tomada luego. El avaro destino me escamoteó así mi más inmenso placer. Al término de las vacaciones entramos al Instituto Colombiano de Educación.

Era una raya luminosa, vibrante, con diseños en sus engrosamientos de pluma de pavo real. Un dedo de luz que decía insistentemente no. Surgía del fondo de mí mismo al acostarme, y persistía en mi retina por unos minutos, hasta que me marchaba yo en el carruaje del sueño. Acaso apareció conmigo, no lo sé; sé que al término de mi infancia se extinguió. Cuando viví lejos de mi abuela, en Bogotá, se exacerbaba. Era la raya convocadora del sueño.

Al vislumbrar ahora los restos dispersos del naufragio, una tabla de salvación viene hacia mí jugueteando en el oleaje. Adelanto la mano para agarrarla pero un embate del mar burlón me la sustrae. Mar dispersador de los naufragios. En el fulgurar de sucesivos relámpagos veo sobrenadando la gorra del capitán.

Veo un baúl de seminarista de latón claveteado. Veo un extinguidor de incendios. Veo un salvavidas blanco: la cresta de una ola lo levanta y lo atraviesa con pirueta de gato maromero que de ágil salto cruza un aro. El mar curioso y socarrón abre el baúl y escarba en su intimidad: saca una sotana, saca una biblia, saca un par de misales, y una novela libertina que se irá al fondo sin su imprimátur. Una ola comba extiende lujuriosa la sotana, mientras en el pico de otra van a su encuentro unas medias caladas de mujer. Yo ya no soy yo. El último relámpago me ilumina un paisaje desolado, y me hundo en la sorda noche del mar con un glu glu redentor.

La novela le fue un género negado a Antioquia. Éramos demasiado nosotros mismos para mentirnos en ficciones. De paso nuestra realidad tenía una luminosidad meridiana, que excluía toda atmósfera. El rojo era rojo rojo, y el blanco era blanco blanco y basta. ¿Qué atmósfera puede haber donde oscurece, llueva que truene, por la incontable eternidad a las seis de la tarde? Sin invierno, sin otoño, sin verano, sin ciclones, sin marejadas, en un limbo de deslavadas montañas donde la gentil cimitarra es un vulgar machete... ¡Claro que no puede haber novela en Antioquia! Y la mejor prueba es que no la hay. Por eso el intento de mi vecina Magda estaba condenado al fracaso. La edición entera de «El Embrujo del Micrófono» se le quedó arrumbada en un cuarto. Ni para encender la chimenea servía pues en Antioquia no hay chimenea pues no hace frío pues no hay invierno. No puede entrar uno tiritando a un chalet de los Alpes, donde al hogar del fuego se calienta el asesino, mientras nieva afuera. De «El Embrujo del Micrófono» leí unas cuantas páginas antes de mandarlo, ajeno yo a toda caridad cristiana, al bote de la basura. Una sola imagen me queda en la memoria de esa imposible novela: hablaba Magda de paredes de tapia blancas, encaladas, cuarteadas: las de mi casa, vaya, de la que estaba harto. Yo sólo quería oír hablar de mares embravecidos, de islas con palmeras, de kris malayos. No me cabía en el alma otro amor que el de la hija del gobernador de Palauán.

Con Magda Moreno no crucé una sola palabra en mi vida, y conste que vivimos frente a frente, con la mera calle de por medio, por muchos años. Era su pobre hermana Libia la que nos insultaba. En el colmo de la desesperación y de la impotencia para alcanzarnos nos llamaba tuberculosos, insulto que sí llegaba, pero para rebotar contra la coraza de una gran risa. Magda no: la mínima sensatez tenía, así escribiera novelas, como para no pelearse con niños. Nunca nos hizo caso. Cuando llegó Isabel, supe por ésta que Magda tenía en gran estima un libro de Daphne Du Maurier: «Rebeca», que me apresuré a leer. «Anoche soñé con Manderley» empieza. Yo también he soñado con Santa Anita, a la que jamás me será dado volver. Claro que «Rebeca» tiene una innegable atmósfera: la que nos fue

negada a nosotros. Basta hacer romper el mar contra un acantilado de Escocia para ponerlo a usted a soñar. Medellín no da para tanto. Si uno se duerme sus infinitos ladrones le roban los sueños.

Medellín no tenía biblioteca. Una organización internacional caritativa le regaló una que se llamó Biblioteca Piloto, por ser un proyecto guía para nuestra hispánica América del atraso. En un comienzo el nombre me sonaba mal, como tirado por los pelos, pero el ser humano se acostumbra a todo, hasta a una biblioteca con cachucha de capitán. La instalaron en una casona de la avenida La Playa, y mi tierra novelera se volcó a leer. Cuadras y cuadras y cuadras de lectores haciendo cola para poder entrar. Al nuevo animal, sin embargo, la cola se le fue reduciendo con el correr de los días, y quien en un principio tenía que esperar dos horas antes de lograr entrar, luego esperó una, luego media, y luego nada: el pueblo inculto y perezoso desertó, gracias a Dios, con su mugre, y yo pude seguir entrando a la biblioteca y saliendo cuando me venía en gana, como Pedro por su casa. En la fachada de la Biblioteca Piloto no había un distintivo ni un letrero, pero bien le hubieran podido inscribir por emblema, como a la de Ramsés el Grande según la descripción de Diodoro Sículo, «Remedios del alma». Santo templo de la evasión que ha sido uno de mis contados amores.

Entraba a mi Biblioteca Piloto con el alma trémula, como seminarista de visita a un burdel. Me dirigía a un estante, pero antes de tomar el primer libro le acariciaba el lomo, como si fuera un gato. Mi amor enfermizo adoraba los libros no sólo por lo que decían sino por la materia de que eran, por el objeto en sí. Era un amor absoluto por los dos costados de la carne y el espíritu, como quien dice la total perdición. Cuantos libros propios tuve jamás permití que nadie les pusiera un dedo encima. Intocados, intocables, eran mis amantes oficiales. Los de la biblioteca los tomaba con un amor pasajero, como amantes de ocasión. Con eso de que iban de mano en mano... Cuando compraba un libro en la librería corría a casa temeroso de tropezarme con algún conocido que lo quisiera hojear. Si tal horror ocurría, en el colmo de la desesperación, en mi cuarto, me daba a revisarlo frenético, hoja por hoja, como un marido celoso, buscando con una lupa las huellas que le hubieran dejado. Pero hasta la misma huella del borrador que los limpiaba me atormentaba. Un resto de perdición seguiría girando en los electrones de los átomos del papel... Indefectiblemente acababa por repudiarlos y tirarlos al bote de la basura, para tener que volver tarde que temprano a la librería, a comprarlos por segunda vez. ¿Y si un curioso infame los hubiera tocado antes de mí en los estantes del librero? ¿El librero mismo no les marcaba el precio? Por fortuna con lápiz, que se borraba fácil. Desesperado, con la lupa buscaba sus huellas en la página de la portada para borrarlas. Un día no resistí las carátulas manoseadas, y decidí empastarlos. Mi

torpeza chabacana hubo de aprender entonces a encuadernar, pues ¿cómo iba a tolerar yo las infinitas huellas de un encuadernador? Los libros, pasión de mi vida, se me convirtieron en el drama de Otelo. El amor, excluyente, acaba por lo general así: en celos rabiosos. Un día no pude más. Saqué todos mis libros al patio, llamé a mis hermanos, les ensucié las manos de tierra, y en un supremo acto de decisión a sus ávidas manos sucias les entregué mis impolutos amantes para que los mancillaran. Mi vida ha sido siempre una repetida historia: me la paso liberándome de mitos, de gentes y de cosas; ahora me libero de mí mismo.

Agotadas las obras completas de Verne y de Salgari con que empecé, los cuentos de Conan Doyle y de Poe, seguí en mi Biblioteca Piloto con la novela rusa, con la francesa, con la americana, con los libros de viajes, con los libros de ciencia, con los libros de historia; con enciclopedias, con diccionarios, con directorios, con recetarios. Vidas de pícaros, vidas de santos, vidas de sabios, sermones, discursos, memorias, compendios, tratados... Proyectando en mis ansias devoradoras absorberme la biblioteca de Alejandría, la de París, la del Congreso, la Mazarina, la de Lenin, la Vaticana. Ante la perspectiva de sus infinitos libros se me saltaban las neuronas recalentadas de mi cabeza. Por mucho menos fueron a dar otros a esa Casa Grande que hay en las afueras de Medellín, por la carretera a Bello, que hace un siglo inauguraron, cuando no había electrochoques, en tiempos de la camisa de fuerza, con Epifanio Mejía, el poeta de la raza.

Nos prestaban en la Biblioteca Piloto tres libros, para llevármolos por quince días a casa. De tres en tres, a la vuelta de pocos años se quedó sin uno. Y como usted comprenderá, una biblioteca sin libros no es biblioteca: es una pared en cueros, un cascarón sin alma. Así la dejó mi lectora tierra agradecida. Al fin de cuentas robar libros no es robar. ¿No ven que son cultura? Es como robarse un cuadro, o un piano, o un camión para cargarlos. La organización internacional caritativa no fue más allá de su antioqueño experimento piloto.

Como la falsa moneda de la canción, que de mano en mano va y que nadie se la queda, iba Elenita de casa en casa, cumpliendo su destino de arrimada. O mejor: iba como una pelota. La abuela nos la chutaba a nosotros, nosotros a Teresita, Teresita se la devolvía a la abuela. Donde su otra hermana, Toña, no podía ir porque vivían peleadas. Se disgustaron porque Carlos, el marido de Toña, no le pagó un dinero que le prestó Alfredo, el marido de Elena. Sin averiguar si dejaba deudas, a Carlos se lo llevó el Magdalena. Después murió Alfredo, y las dos hermanas quedaron viudas, peleadas, abandonadas. En poco tiempo las emparejó la muerte, la vida. Ahora bien, Toña, al contrario de Elenita, no se dejó coger ventaja, y se fue a dirigir un asilo de ancianas; a un pueblo feo, cercano a Medellín,

en una falda: La Estrella: demasiado nombre para semejante moridero. Allí vivió hasta el final, lidiando viejas. Elenita, en cambio, cada año o dos se iba a llorar a otra casa, y a regar otras macetas. La verdad es que no tenía mucho donde escoger: lo mencionado arriba y basta. Si no se hubiera disgustado tan definitivamente con Toña hubiera tenido un lugar más para variar un poco, pero este mundo está lleno de condicionales: si no se quejara tanto, si no llorara tanto, si se ayudara un poquito... ¿No ves, Elenita niña, que en este mundo vivimos todos arrimados? ¿Sobre el borde a punto de caer? ¿Que al final de cuentas nada es de nadie, ni siquiera la fría tumba pues al cabo de pocos años nos sacan del ataúd y nos pasan a un osario? Elenita a nadie quiso y nadie la quiso a ella. Salvo yo: ¡cómo no iba a quererla si era hermana de mi abuela!

Ya cerca de su final, cuando habían muerto mi abuelo y mi abuela, por última vez Elenita hubo de irse de mi casa: le llevaron su ropa adonde su hermana Teresita, para entonces viuda como ella, pero invadida de hijos, de nietos y de pobrezas. De donde Teresita volvieron a chutar, y nos metieron el gol: Elenita regresó, por unos días, para morir en mi casa. Yo, miserable, con infinitos años encima y sin un centavo, quemadas todas las naves, quemados todos los sueños, me hallaba entonces en Bogotá, de vuelta de muchas partes y de muchas cosas. Corrí al punto a Medellín para estar en su último instante a su lado: llegué al entierro. Pese a que en mi familia había habido varios otros antes, estando yo ausente, al de Elenita fue al primero que me fue dado asistir. La llevamos a uno de esos cementerios nuevos que con un eufemismo llaman campos de paz, cerca al aeropuerto, con todo el ruido de los aviones, pero que por lo menos no tienen pinos, ni cruces, ni faramallas. La llevamos mi padre, mi madre, mis hermanos y yo. Nadie más. Sin una flor, sin muchos rezos, sin una lágrima. Así es mejor. Elenita no me quiso, yo lo sé: yo la quise infinitamente a ella. Para mí el amor se basta solo. De niño soñaba con ser rico para darle una casa propia a ella que no la tuvo y que tanto la deseó, y colmarla de regalos. Los niños somos como los pobres: generosos: damos con la imaginación.

La mañana aquella en que desertó la primera de nuestras infinitas criadas me enviaron por la leche a la tienda de la esquina; a la de arriba: la calle plana del Perú se convertía en nuestra cuadra en pendiente. Llena la gran olla de varios litros, sosteniéndola dificultosamente con ambas manos emprendí el camino de regreso, de bajada. Unos cuantos pasos y tropecé volcando la olla. La limpia leche se fue regando hacia abajo, se fue extendiendo en una mancha creciente, interminable, de indetenible pureza sobre la sucia acera.

La moneda de cinco centavos, la de menor valor, de cobre, alcanzaba para

comprar una gaseosa o una paleta. Jamás su dulce peso me acarició el bolsillo. Jamás la tuve. ¿Para qué?

—Las paletas las hacen con agua sin hervir —decía Lía—, llena de microbios. Tomen jugo de naranja, que en la casa hay de sobra.

Imposible para ella entender que se quiere lo que no se tiene, o la sed abrasadora bajo el tórrido sol de los desfiles, en que marchaba en pleno el colegio salesiano, y a cuyo término mi pobre niñez desfalleciente no tenía la mísera moneda para comprar la mísera paleta.

—Mejor —contestaba Lía—. El azúcar de las paletas y de los refrescos da más sed. Y a mí me engorda.

Ella, por supuesto, no marchaba: se quedaba adelgazando en la frescura de su casa.

Ante la casa campesina de amplio corredor con barandal que ilumina un foco, tomadas mis manos de los barrotes de su ventana van mis ojos hacia el interior buscando el pesebre. Mas no hay pesebre: veo un señor muy viejo acompañado por una perra negra, escribiendo en un escritorio negro.

—¿Ves, Bruja —dice señalándome a mí—, quién está parado en la ventana? Es un niño curioso. ¿Lo dejamos a entrar?

He entrado al cuarto y ahora estoy de pie, a sus espaldas. Intrigado, leo lo que escribe. Escribe que de niño ha salido una noche de diciembre con sus hermanos por la carretera de Santa Anita a ver pesebres: los nacimientos que ocupan un cuarto entero en las casitas campesinas. Se ha detenido ante una de ellas, de amplio corredor con barandal que ilumina un foco, y mira por la ventana buscando el pesebre. Mas no hay pesebre: un viejo escribe en un escritorio negro, acompañado por una perra negra. Ven, Bruja niña, que el viaje de circunvalación ha concluido. Ven conmigo. Dejemos esta trampa de la existencia. Salgamos de la casa de amplio corredor con barandal, donde se enloquece el tiempo, a la noche tibia, a tomar la carretera. Es la vieja carretera que recorrió Eça de Queiroz hace más de un siglo, sólo que no va a Cintra: va a Santa Anita desde Sabaneta. Tú que me acompañas sin recelos hasta el fin del mundo, hasta lo hondo del Infierno, Bruja niña, Bruja negra, ven conmigo que voy a enseñarte a Santa Anita. ¿No sientes que empezó a soplar el viento? ¿Que ya cantan las cigarras? Los foquitos de las casas campesinas parpadean y la noche tiembla. ¿Ves la casona al final de la

curva, a la izquierda, con sus puertas y ventanas pintadas de azul? Es la finca San Rafael. Con el correr del tiempo la harán un convento. Un convento feliz. Una veintena de monjas que quieren a mi abuela le alegrarán con el cascabeleo de sus risas sus últimos años. Y la casa grande, que está enfrente, en un alto, también con puertas y ventanas de azul es Santa Anita. ¿La ves bien? ¿A quién ves en el corredor florecido de azaleas en la plácida tarde? ¿En la mecedora? Sí, en la mecedora. Una señora gorda de pelo blanco. Es ella, es mi abuela. Tiene los ojos verdes, dulces, vidriosos, de un esmeralda pálido, deslavado. Ven conmigo, te la voy a presentar, ella adora los perros. Ve con tu perra negra si quieres, pero ten cuidado, niño, no vayas a dar un paso en falso y a salirte de los confines del sueño. Cierra bien los ojos y vuelve a ver la raya portentosa de luz que dice no.

De día, viajando de Santa Anita a Medellín en camión de escalera, voy como siempre en el puesto del extremo de una cualquiera de sus siete bancas, para sentir la brisa. En su pequeño llano, en una explanada, pasa ahora a la izquierda la finca Oviedo, que también tiene las puertas y las ventanas de azul, y entonces veo al niño, al viejo, que va con su perra negra por la orilla de la carretera. Es una perra enorme, de piel lustrosa, reluciente, como no he visto en la vida otra igual.

¿Ves, Bruja? Todo el mundo te mira, todo el mundo te admira. En esta tierra no hay animal más hermoso que tú. Aquí no se conoce el gran danés. Los perros en Medellín son perros chandosos: perro callejero cruzado con perro callejero. Los que en Bogotá llaman gozques. De cuando en cuando se ve un perro pastor, o un perro lobo como ese Diablo que tuvimos en Santa Anita, negro como tú, aunque más pequeño. Tuvimos muchos otros, pero el que más quise se llamaba Capitán. Capitán de oro con melena de león. Lo quise como te quiero a ti. Ven conmigo, no te alejes, que tú no conoces esta tierra, no te me vayas a perder. Esa finca que ves en la explanada es Oviedo. Fíjate bien: tiene el nombre escrito en la portada. Es lo usual. Por eso lo sé. Me sé todos los nombres de todas las fincas de toda la carretera entre Santa Anita y Medellín. Por algo mi niñez y mi juventud han transcurrido de un lado al otro, haciendo el mismo trayecto: de la casa del Perú a la finca, de la finca a la casa del Perú: en bicicleta, en carro, en camión, y un día, por un motivo que algún otro te habré de contar, lo hice a pie. Entonces los tenía a ellos, ahora te tengo a ti, siempre he sido afortunado.

Aunque por lo general no sé a quién pertenecen, de todas estas fincas te puedo decir de qué partido es el dueño: el de Oviedo es conservador, el de Otraparte es liberal. Y no me preguntes cómo lo sé: porque si tú eres bruja yo soy mago, por eso lo sé. Pasando la quebrada Ayurá déjame enseñarte a Otraparte: la de puertas y ventanas rojas, ¿la ves? Acércate un poco para leer lo que dice en la

portada, bajo el nombre de Otraparte: «Cave canis seu domus domini». ¿Sabes qué quiere decir? Cuídate del perro o del amo de la casa. ¿Qué te parece? ¡Venirte a amenazar a ti! ¡Venirme a amenazar a mí! Te voy a contar de quién es Otraparte: de Fernando González, el filósofo, un iconoclasta, quemador de curas y de santos, como yo. A todos los quemamos en la hoguera del sentido común y de la sana razón.

Fernando González ya está viejo ¡y se le ocurren unas cosas! Se le olvida a veces ponerse los calzones y sale en pelota aterrando a todas las sirvientas y viejas de Otraparte. ¡Y se sigue por la carretera! Menos mal que desde hace treinta años vive enclaustrado: desde que tumbamos al partido liberal. Un filósofo chocarrero, si tú quieres, pero filósofo al fin, el único que hemos tenido en Antioquia. El más antioqueño de los antioqueños, al punto de que no lo es. Diez o veinte libros ha escrito, que salvo yo nadie lee, entre los cuales uno que me gusta en especial: «Viaje a pie», como el que estamos haciendo ahora. ¡Sálte por lo pronto de esa cuneta, Bruja, que te vas a empantanar! Y oye otra historia de más interés, que no es de payasadas de filósofos sino una historia de perros: los que importaron los Echavarrías de Europa.

Los Echavarrías son la familia más insigne que tiene Antioquia, su aristocracia. No es una aristocracia de sangre ni de blasones, que no aceptamos aquí. Es la aristocracia del trabajo en una tierra de perezosos. Ellos construyeron la primera industria, la que dio el ejemplo en esta comarca, en este país. Por el camino abierto otros después construyeron otras, pero la de ellos siguió siendo siempre la más importante. Más allá de Otraparte mira hacia donde está el río. ¿Ves la infinidad de chimeneas? Son nuestras fábricas. Cigarrillos, aguardiente, gaseosas, enlatados, cemento, acero, baldosas, útiles, vicio, comida, en ellas hacemos de todo, hasta cocaína para desvariar. En fin, para no hacerte el cuento largo como dicen en México, y no perderme en rodeos, lo que te quiero contar es que los Echavarrías fueron los primeros en traer a Medellín perros finos, importados, como tú. No sé de qué razas ni si tuvieron gran danés. Lo que sé, porque lo traía el viento de la envidia y de la pública murmuración, es que en darles comida se gastaban un dineral. Y se indignaba Raimundo y todo el mundo:

—¡Qué infamia darles carne a esos perros habiendo tanto niño desnutrido y tanta pobre mujer sin con qué comprarles leche a sus hijos, sin con qué comer!

Como los Echavarrías ya no están, como ya los mataron, aquí contesto por ellos: Si no tenían ni para la leche de sus hijos, ¿quién las mandó a malparir?

Pero cambiemos de tema, cambiemos de rumbo. Te voy a enseñar por el Club Campestre la finca más hermosa que tiene Medellín: El Carmelo, con la que siempre he soñado, y que tarde o temprano, cuando sea rico, habré de comprar. Se ve perfectamente desde la carretera, circundada por una verja blanca. Blanca es la verja y blanca es la casa, y el blanco se intensifica sobre el pasto verde verde que te hará saltar el corazón. Entre severa y alegre, entre misteriosa y campestre, tiene dos pisos, tiene mansarda, y una infinidad de balcones y de ventanas. Pero no vayas a creer, Bruja, que es un castillo. Si tal fuera no me interesaría. El único que verás por esta comarca es ese del filo de la montaña: un remedo de castillo que construyeron los Echavarrías sin saber. No sabían que no se improvisa un castillo, como no se improvisa un fantasma ni una tradición medieval. Pero no critico, comento, pues en él vivió don Diego Echavarría, a quien yo conocí: me lo encontraba indefectiblemente en los conciertos, en primera fila, con su mujer y su hijita. No te puedo decir a cuántos músicos protegió. Por él pudo irse a estudiar a Europa Blanquita Uribe, que se convirtió en una gran pianista. En el Steinway caoba del castillo Blanquita le ofreció un concierto, al que yo asistí. Había en el parque de entrada un surtidor de agua juguetón. ¿Y sabes qué tocó Blanquita? Tocó «Juegos de agua» de Ravel: para hacerle con la caja de resonancia fresca, penumbrosa, asordinada del castillo un eco al raveliano surtidor.

A don Diego Echavarría lo secuestraron y lo mataron: mi tierra lo secuestró y lo mató. ¡Y eso que con su familia había construido un barrio obrero! ¿Ves lo que hace el pueblo, Bruja, el pueblo desnutrido? Secuestra y mata por no trabajar. La Universidad de Antioquia que para el pueblo es gratis, que es del pueblo y para el pueblo, por el pueblo vive en huelga desde hace veinte años. Ni estudian, ni trabajan, ni progresan. Ni dejan estudiar, ni dejan trabajar, ni dejan progresar. Se revuelcan en la mugre incestuosa de sus tugurios, esperando la revolución. Todo se lo roban, todo lo destruyen, todo lo empuercan, y al que algo tiene lo secuestran.

¿Y sabes qué hace la Ley? ¿La gran ramera? ¿La colombiana Ley? Alcahuetea. Cobra, para empezar, un impuesto de soltería que te voy a explicar: el que es soltero y sin hijos paga, pero al que tiene uno se le rebaja tanto, y al que tiene dos se le rebaja más. Es un estímulo que al Estado no le cuesta, así le cueste al patrón: al obrero que tiene un hijo éste le paga mensualmente una recompensa, y al que tiene dos le paga dos. Así hasta diez o veinte, con la mayor tranquilidad. En pago el obrero se pone en huelga, y su mujer a parir. Primas, cesantías, seguros, aguinaldos, vacaciones, prestaciones, jubilaciones, que se joda el explotador ya que no hacemos la revolución. A la vuelta de unos años hubo en Colombia cinco o diez millones de desocupados pariendo hijos y esperando el final de tanta injusticia, y uno o dos lavando inodoros en Venezuela o en Nueva York: a los industriales de

mi vieja Antioquia que el hampa no asesinó los quebró la Ley. ¿Y sabes qué hace la susodicha y respetable señora con los que se fueron al exilio a trabajar? Si por nostalgia regresan, o a un entierro o a morir, les cobra el impuesto de ausentismo por traición.

En tanto llegamos a El Carmelo, Bruja, tú que me entiendes, óyeme este sueño mío, que debe quedar entre tú y yo. No es un sueño con los ojos cerrados: es un sueño con los ojos abiertos, del lado de acá de la realidad. Me veo llevando al hombro un costalado de mangos dulces, maduros, apetitosos, jugosos, y como por inadvertencia los voy regando aquí y allá, a lo largo de estas carreteras de Colombia para que quien pase, recalentado por el sol de los caminos, abreve en ellos la sed. Dos o tres pasos adelante van cayendo, como moscas fulminadas con Flit. ¿Y sabes por qué? Te lo voy a decir, pero no lo vayas a contar: porque a cada mango le he inyectado con una jeringa desechable, dos o tres gotitas de piroarseniato de sodio, Na₄ As₂ O₅. Después en recompensa me dan la Cruz de Boyacá, lo máximo, para mi colección.

Un día las acciones de estas fábricas quedaron valiendo un carajo, y un zángano las compró. Compró infinidad de quiebras, que sumadas significan la máxima seguridad. Míralo, ahí va, en su Rolls Royce negro, flanqueado por cinco carros siniestros de guardaespaldas y dejándonos una nube de smog. A ése no lo habrán de secuestrar. Era un pobretón, que le quitó lo que tenía a su primera mujer, y como decíamos los niños de mis tiempos en el juego de bolas o canicas, se encabó. Empezó a ganar y a especular, a especular y a comprar. Él no es de esta comarca, es forastero. Aquí llegó porque las fábricas en quiebra estaban aquí. Y comprando, comprando, entre lo mucho que compró compró El Carmelo. Ya vamos llegando Bruja, y lo que te voy a mostrar no me lo vas a creer. Mira El Carmelo: ahí está: dime qué ves. Ruinas, ruinas, ruinas y más ruinas, y el pasto verde que te prometí ya lo invade con sus ratas la maleza. ¿Y sabes por qué la tumbó? Porque descubrió que era el sueño de infinidad de antioqueños. Por eso la tumbó: para demostrar. Para demostrar lo pendejos que somos, su infame poder que nada había construido la tumbó. Me tumbó mi sueño. Está en su derecho: dentro de la ciega Ley. Cercando el lote de escombros queda un tramo de verja, y un trozo de la portada donde aún se lee, para enseñanza: «El Carmelo». Son los signos de los nuevos tiempos, Bruja, de una vieja y siempre nueva ruindad.

Alto, escuálido, traslúcido, hecho de espíritu, don Nicolás Gaviria, rector del instituto, era un fantasma que transitaba con delicado paso por civilizaciones, siglos, milenios, en la única clase que impartía, la de Historia Universal. De sólo oírle hablar de las pirámides, de los faraones, del buey Apis, de la flor de loto, ya

quería yo ser egiptólogo, y andar como lord Carnavon y Carter esculcando momias. A él, como a mi tío Ovidio, le debo el mal incurable de querer saber. Todo, todo, todo lo quiero saber.

Para empezar, quiero saber el chino antiguo, el de la dinastía Ming, que destronaron los manchúes. Quiero saber la lengua de Islandia en que anónimos poetas escribieron los «Eddas». Las rutas de tierra del cazador prehistórico y las rutas del mar de Odiseo. El ciclo de la glucosa, los orbitales del átomo, el funcionamiento del magnetron. Las amantes de don Juan y los amantes de Verlaine. Y no sólo me obsesiona el pasado: me obsesiona el futuro, me obsesiona el condicional. ¿Dónde estaremos en el año tres mil? ¿Y qué habría podido pensar Cervantes de los hermanos Karamazov desde su limitado horizonte español? ¿Y de Cervantes, qué habría podido pensar Omar Khayyam? Quiero conocer las mil hazañas del pueblo de navegantes al que cantó Camoens, y las insulsas mentiras inventadas por los cronistas de Indias. Quiero hablar las lenguas uraloaltaicas, y leer en su original japonés los Ghenji Monogatari de Shikibu sin que se me escape el menor matiz. Quiero penetrar el sentido profundo de la «Guía de los Extraviados» de Maimónides, donde acaso me encuentre yo, para perderme en seguida en los laberintos del Talmud. Me interesa la vieja gramática española de Nebrija, y la catalana actual de Pompeyo Fabra. Las leyendas de los abencerrajes, las exploraciones de Livingstone, las guerras de Cataluña que historió Francisco Javier de Melo, y las campañas de Marruecos del mariscal Lyautey. Quiero guardar en la memoria la ecuación de Kepler, el Tolkappiyam, la ruda canción del alba de los minnesinger y el dulce canto de amor de los troveros. Los versos del filandés Lönnrot, del escandinavo Runeberg, del catalán Verdaguer, los poemas portugueses de Antero de Quental y los provenzales de Frédéric Mistral y de Aubanel. La lengua lemosina, y la vieja lengua d'oc. Esto, para empezar, es lo que nunca sabré.

Nada más concreto en su tangible horror para oponerle a la ilusa tentación de lo absoluto que el tirón de un pez al picar. Se va llevando luego el anzuelo por el río tensando la cuerda a jalones secos, concisos, como llamadas del destino: de su pobre destino que cortamos al sacarlo a nuestra infame realidad. En el San Carlos, de aguas claras y alma turbia, solíamos pescar sardinas: desde la orilla, a mansalva, echando el anzuelo cebado con un pedazo de lombriz al remolino. No se echa el anzuelo en el charco apacible donde el río de Heráclito está quieto y donde, desmintiendo al filósofo, cuantas veces quieran se pueden bañar las señoras, en camisión. En el charco no: allí el pez ve la cuerda y sospecha que es un peligro del más allá. Se pesca en río revuelto, en la ceguedad del remolino, en que el pez, empero, que pica no se ve: se siente simplemente el tirón, el campanazo cruel que

nos manda jalar. Sacar un pez del agua es como tumbar un turpial del aire con cauchera, el nombre que toma la honda vil en Antioquia. De este pecado atroz me libró al menos mi mala puntería: mis piedras le pasaban indefectiblemente a dos metros al pájaro, que seguía cantando, e iban a tumbar un zapote o un aguacate hundiéndome en la total irrisión.

No era el río San Carlos especialmente generoso: para sacar una sardina de dos dedos o una sabaleta esmirriada había que esperar una hora o dos: demasiado para la febril impaciencia de mi filosofía de vivir. De cuando en cuando bajaba a horcajadas en un tronco, por el río, Venancio el pescador. Con el agua hasta el cuello, sumergido en el más traicionero remolino, lanzaba el anzuelo y ¡zuas!: anzuelo lanzado pescado sacado, que iba metiendo en una jícara de hilo. Un día me dijeron su secreto: Venancio tenía la contra, una piedrecita negra que guardan bajo la lengua las culebras mapaná, y que hay que robarles vivas, mientras duermen, soñando con alguna mujer a quién tentar. Utilísimo secreto. Además, qué gracia es pescar según manda el refrán, metiendo la reverenda parte posterior al agua...

¿Conoce usted algo más infame que un locutor de fútbol? Yo no. O mejor dicho sí: los de la vuelta a Colombia, pues éstos nos arruinan semanas y semanas enteras, y el otro sólo el día del Señor. Arrancaba la vuelta a Colombia en bicicleta y se paralizaba el país. El asesino guardaba su cuchillo, y se cruzaban de brazos los ladrones: dejaban de trabajar. ¡Y a oír radio! Había radios encendidos por doquier: en el comedor, en los cuartos, en la cocina, en el techo; en la casa de al lado, en la casa de enfrente, en la esquina de arriba, en la esquina de abajo, en el parque de Boston, en el atrio del Sufragio, en las carnicerías, en las tiendas, en los cementerios, en los hospitales, radios para los vivos, radios para los enfermos, radios para los muertos, en Medellín, en Antioquia, en la vasta república de Colombia, radios por doquier en pleno frenesí de transmisión. Del tormento chinoruso-nazi-japonés no había dónde escapar. Y se exacerbaba el suplicio en Antioquia porque de Antioquia era Ramón Hoyos, el pentacampeón: cinco vueltas consecutivas a Colombia ganó, para mi mal.

Las etapas del magno evento duraban entre medio día y un día entero, según su dificultad. Por esas carreteras sin asfalto de Colombia iban los ciclistas de bache en bache, de pinchazo en pinchazo, subiendo faldas como cabras, y bajándolas en picada como gavilán. Ascendían hasta los nidos del cóndor en la estratosfera, donde las nubes se deshacen a jirones, para soltarse luego hacia la sima por la pendiente traicionera. En una curva u otra, a un despeñadero iban a dar. Así acabó el famoso Tito Gallo de las primeras vueltas a Colombia: en el fondo

de un abismo de donde lo sacaron, según siguieron contando por años los locutores en los tiempos muertos de sus relatos, tarado de por vida. Y yo me preguntaba: «¡Qué! ¿Cómo estaba, pues, antes si así salió?»

Acompañando a los ciclistas iban los transmóviles de las emisoras, y más transmóviles esperaban apostados de tramo en tramo de la carretera y en la recta final: no se les quedaba un solo metro de terreno por cubrir, no se les escapaba detalle. Y en cada transmóvil su correspondiente locutor: veía aparecer en una curva el pelotón de ciclistas, se suavizaba la lengua de un lengüetazo en un tarro de crema Nivea, y a transmitir, a desvariar.

Era Carlos Arturo Rueda el locutor estrella de la cadena Todelar, el locutor de locutores, el campeón de la lengua. Jamás este órgano movedizo que Dios nos dio para distinguirnos de los animales se ha usado con más incontinencia, ni a más velocidad: abría la boca Carlos Arturo y soltaba un chorro vertiginoso de maravillas. Las cosas que yo le oí no tienen nombre, y un día las voy a recuperar con el arcófono, el aparato que estoy inventando para recobrar la voz de los antiguos (a ver qué tanto fue lo que dijo el tan mentado Sócrates). Y una vez recuperada su voz, entronizarla como reina y señora en el museo de la palabra. Porque Carlos Arturo Rueda no era un simple locutor: era un poeta, que iba ensartando metáforas con la furia de una máquina Singer, a la velocidad del rayo. Imágenes chocarreras si quiere usted, inconsistentes, desviroladas, pero en un atropello vertiginoso tal que no le daban a uno tiempo de pensar. Con una metáfora desataba una inundación, y con la siguiente la secaba. Veía venir a Ramón Hoyos bajando a toda máquina, y lo comparaba a un bólido de fuego que caía providencialmente del Averno a apagar un incendio. ¿Un bólido que cae del Averno, y el fuego apagando incendios? ¿No quería más bien decir que cayendo del cielo los provoca? Salvo que el bólido los apagara del golpazo, pero Ramón Hoyos no chocó, seguía bajando. A ese paso el día menos pensado nos iba a incendiar un aguacero. ¡Qué más da! La velocidad de la lengua dejaba atrás a la bicicleta, y Carlos Arturo emprendía el vuelo: Colombia entera a su estela, palpitando al unísono, se iba sobrecogida tras él, prisionera de su delirio verbal.

Los locutores de fútbol son otra cosa; carecen del sentido lírico y de inspiración. Acaso no dé su deporte para tanto. En un estadio no hay nubes, ni cóndores, ni abismos, ni bólidos de fuego, ni gavilán. ¿Sabe usted de algo más antipoético que una patada en la espinilla? Y esos hombres adultos, con las piernas peludas al aire, persiguiendo a patadas un balón... Con elementos así ni el mismo Shakespeare puede hacer un poema.

A un solo partido de fútbol he asistido en mi vapuleada vida y me produjo, confieso, una rabiosa emoción. Jugaba en el estadio de Medellín, el Atanasio Girardot (un héroe, un espadachín), Colombia contra el Perú. Mi tío Iván, de ocioso, me llevó a conocer. Empezaron con una banda desafinada tocando los dos himnos nacionales: primero el de ellos, el del equipo huésped; luego el nuestro, el del anfitrión: a Iván y al estadio entero se les chorreaban las lágrimas (a mí no: la susodicha canción no me saca ni media gota con sal, es muy fea, y con unos versos rípidos, disparatados: «La Virgen sus cabellos arranca en su agonía» dicen por allá). Chutaron la bola y empezó el partido. En primera fila había cinco o diez peruanos, apabullados por el clamor de la multitud. Tomaba el balón Colombia, y el estadio entero, como impulsado por un resorte en el trasero se ponía en pie. Rítmica, obsesiva, ciegamente la muchedumbre enardecida gritaba agitando en las tribunas banderitas y banderotas tricolor: «Co-lom-bia-Co-lom-bia-Co-lom-bia». Y yo, nieto de mi abuelo y como él un caballero, al punto comprendí dónde estaba mi lugar: prometí diez trisagios y diez misas de tres curas, y en el fondo de mi alma empecé a rebatir con todo el corazón: «Pe-rú-Pe-rú-Pe-rú»: les pegamos una paliza de tres a cero. Salió el estadio desolado, con el rabo entre las patas, y yo exultante: saboreando en la oscuridad de mí mismo el gusto salobre, con picazón de pimienta, de la traición.

El deporte como espectáculo, en verdad, jamás lo entendí: que gane un caballo o que gane otro lo mismo me da, puesto que no soy caballo ni corro yo. De tarde en tarde, sin embargo, por desocupación, improvisaba con los vecinos frente a mi casa un partido de fútbol: en mi cuadra donde, ya lo dije, la calle del Perú se vuelve pendiente. Formábamos los dos equipos, y al azar de una moneda jugábamos la posición: al que le tocara la portería abajo se jodió: pues no sólo tenía que salvar la valla del equipo contrario: tenía que meterle el gol a la fuerza de gravedad. Momentáneamente, de cuando en cuando habíamos de suspender el partido porque por la calle del Perú, ahora sí como bólidos, bajaban dos buses de pasajeros apostando carreras. Cierta tarde que persiste en mi recuerdo, el partido se suspendió por muy distinta razón: porque irrumpió una patrulla de policía, porque llegaron los tombos.

Las patrullas eran entonces unas camionetas cerradas que se llamaban bolas, con redondeces de mujer (cuando años después las desechó la policía, se usaron para transportar huevos). A los presos los metían atrás, encerrados, e iban dos tombos en el puesto delantero y dos más afuera, sobre el pescante, con su revólver y su fusil. Paró, digo, una de esas bolas en pleno partido nuestro de fútbol, y:

—¡A correr que llegaron los tombos! —gritaron los niños.

Y se dispersaron todos en carrera loca: menos yo. Aplicando una política que me habría de dar buenos resultados más adelante, si bien entonces estaba en período de experimentación, me quedé quieto, para desconcertar el peligro: el tigre vuelve la cola y se va. Sólo que para conseguir tal efecto se requiere sangre fría y una absoluta seguridad, cosas que en esa época de aprendizaje estaba yo lejos de poseer. Un titubeo y se me vinieron encima los tombos. Así pasó. Ahora bien, en tanto me metían a la bola uno de mis hermanos corrió a mi casa a avisar. Tenía la bola en su cabina encerrada dos bancas largas de madera para los presos, y una sola ventanilla, cruzada por una red de anejo de gallinero: por ella, desde la oscuridad interior de mi jaula, pude ver lo que ocurría afuera: Lía salió de mi casa con un machete, el que usábamos para partir panela, y corriendo tras el vehículo que arrancaba empezó a gritar:

—¡Maricas desvergonzados sin pantalones! ¡Por qué en vez de atropellar niños no se van a agarrar asesinos y ladrones, que aquí hay de sobra! ¡A ver si son tan machos y se atreven a parar!

Y les arrió la madre. ¡Quién iba a parar! Aterrados, los policías aceleraron, y la bola se le perdió y yo con ella. Cuando Lía rompió con las dos únicas amigas que tenía, y abrumada por la ropa sucia de sus nueve hijos se enclaustró en su casa, que se le derrumbaba a pedazos, alguna vez salía empero a la exterior realidad, a la que tan ajena vivía, a hacer lindezas. ¡Qué miedo les iba a tener a cuatro tombos forajidos de alma negra, con revólver y cachucha y uniforme de mesa de billar! Con el machete les hubiera bajado a dos o tres o cuatro la cabeza y san se acabó.

Me llevaron ante un juez de menores acusado de dos cargos: uno mío y otro de ella. El de ella, que le había arriado la madre a la autoridad, cosa cierta; el mío, que me agarraron en la calle jugando dado, lo cual era una falsedad. Juego de azar, los dados estaban al margen de la Ley porque no pagaban impuesto. Cuando el juez me los mencionó, yo con sincera extrañeza le respondí:

—¿Dados? Me encantaría jugar dado, pero no tengo con qué. Lo que estaba jugando era balón.

Mis cínicas palabras de inocencia echaron por tierra la falsa imputación de los cuatro tombos, y antes de que se presentara alguno de mi casa a hablar por mí, el juez me dejó partir.

Engañados todos por mi pureza corporal (que después también perdí), me apodaron en el Instituto Colombiano de Educación «el niño Jesús». Era un niño

Jesús sí, pero rabioso, con el corazón dañado, con el alma enferma. Esa tarde en que en mi vida irrumpieron los tombos, al rencor a los salesianos le sumé otro rencor, y por un movimiento natural del espíritu, que entre tantas muchas formas procede de lo particular a lo general, los salesianos los amplié a Dios, y la policía a la Ley. Y de rencor en rencor me fui adentrando en la noche oscura del odio, donde dispersas brillaban una que otra chispita de amor. El amor, pienso yo, sólo vale así. El que quiere a todo el mundo no quiere a nadie.

Entre mis devociones, que son amores, hay un singular personaje cuyo nombre aprendí en la historia de esta tierra colombiana sobre la que me precedió, dejándome, para que lo encontrara, un rastro insistente de luz al partir. «Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan...» Son unos versos suyos que hoy como siempre me duelen y me deslumbran, imbuidos de ternura, imbuidos de dolor: la abuela arrulla a un niño: mi abuela me arrulla a mí. Cuando empezó a perder su juventud y su belleza, mi poeta le puso término al disparate por mano propia. Motivo insuficiente, dirá usted, acaso con razón, pues tras las supremas decisiones nunca hay un solo motivo: hay un cúmulo de motivos, que en el caso de que hablo podría enumerar: la muerte de su padre, la muerte de su hermana, la ruina de su familia, un naufragio en Venezuela, una sensibilidad delicada exacerbada en París, y para rematar, la gota de agua que desborda la taza: la mezquindad de un poblacho cretino y pretencioso llamado en esos tiempos, según su fe de bautismo, Santa Fé de Bogotá. Al alcance de la mano, sobre la mesita de noche, negro, conciso, reluciente espera un revólver, acortador de caminos.

Perdido en el lodazal del tiempo, veo también a un señor de barba, muy respetable, con todas las apariencias de sensatez, pero tocado, según yo, por la chispa divina de la locura. Como mi poeta, era también de Santa Fé de Bogotá, y como él también se fue de joven a París, pero para no volver. Allí emprendió una empresa colosal: el «Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana». La vida le alcanzó para agotar tres letras: A, B y C. En lo que va del siglo, un instituto de investigadores a él consagrado no ha podido hacerlo avanzar ni una más.

Voy a terminar este recuento de mis contados amores a quienes no conocí, con un poeta más, de Antioquia justamente, y que partió justamente en el instante mismo en que vine yo. Ya en un verso lo había dicho: «De mano en mano la antorcha va encendida». En los múltiples giros de la vida, en un país extranjero, prisionero en la celada de sus versos empecé a vislumbrar que otro antes que yo había vivido mis momentos y recorrido mis caminos, y desandando mis pasos lo empecé a buscar, me empecé a buscar, tras de su huella, volviendo sobre la mía:

por Cuba, por Costa Rica, por Honduras, por Nicaragua, por El Salvador, por México, por el Perú. «Yo no sabía que el azul mañana es vago espectro del brumoso ayer...» Siete años lo busqué, para encontrarme yo.

—Este niño, doña Lía, tiene las amígdalas inflamadas —dijo el doctor—, es mal del trópico.

—Todo el mundo en el trópico tiene las amígdalas inflamadas —concluyó Lía, con esa manía suya, nuestra, de generalizar.

Ella, que sin ser médico se creía tal porque su hermano Iván lo era, y que recetaba antibióticos mortíferos a diestra y siniestra, por caridad, razonó así: «Las amígdalas sirven para combatir la infección: cierto; pero también es cierto que cuando se inflaman, lo cual ocurre tarde que temprano en el trópico, se vuelven una fuente de infección. Total, uno menos uno cero». Y frente a las amígdalas de sus cinco primeros hijos, varones, resolvió sacárnoslas a todos como si fueran inútiles corbatas, y al por mayor, de una vez, como quien compra por costalados salchichas: así le salía más barato y mejor. Y tomando el cuarto más grande de la clínica Soma, con cinco camas, el mismo día nos hizo operar.

—Si tengo que atender un enfermo y luego otro y luego otro, atiendo cinco de una vez.

Salimos de esa clínica adoloridos, mudos, con dos glándulas menos y un recuerdo más. Recapacitando hoy con la distancia del tiempo sobre esos hechos, descubro el gran peligro cotidiano en que vivimos con Lía bajo el mismo techo, y la tesis obstinada suya de que todo lo que cuelga sobra.

Con la varicela, con el sarampión, con la viruela, con las paperas se comportó igual: cuando alguno de nosotros pescó una de esas enfermedades de la infancia, nos encerró a todos juntos en un solo cuarto para que nos contagiáramos, y salir del problema entero de una vez. Papi, su marido, se le escapó de la operación de las amígdalas porque desde hacía años se le habían secado de tanto fumar Pielroja, los cigarrillos que fumaba Medellín. Recuerdo que Blanca Fadul, la turca, la esposa de Nicolás, uno de los infinitos hermanos de mi abuelo, fue al día siguiente a nuestra operación colectiva a visitarnos, llevándonos para que nos distrajéramos una colección de cuentos: cuentos japoneses, cuentos chilenos, cuentos noruegos. Recuerdo, en gran confusión, unos dragones chinos atacando en Antofagasta. Dos o tres días después volvimos a la normalidad, a hablar.

Hay que decirlo aquí, porque la verdad es santa, que los de la clínica Soma eran desde entonces unos desalmados negociantes. Nunca tomaron la medicina como debe ser: como un apostolado, una vocación caritativa según la tomó mamá, quien, sin embargo, no había prestado el juramento de Hipócrates. Fundaron ellos una clínica como quien pone una churrería y basta. Si no le sirve así, se va a otro lado y se acabó. Discípulos, vaya, de esos del Instituto del Tórax, de Medellín, que importaron la primera máquina de rayos X, y con los salesianos y demás curas dueños de colegio montaron el gran negocio: niño que se quería matricular, al principio de año tenía que sacarse en el mencionado robadero una radiografía de la caja torácica con el fin de probar que no estaba tuberculoso, así le resultara de tanto abuso de las fuerzas ultraterrenas uno o dos o tres cánceres del pulmón. A la memoria de Jean Baptiste Poquelin, Molière, digo y sostengo aquí que los médicos de hoy son como los suyos, como los de siempre: una pública calamidad.

A los de la clínica Soma Los Locos, esos vecinos de Santa Anita liberales, que eran sabios y rápidos como mamá, se las cobraron bien: les habían llevado a uno de sus hermanos mayores a que lo atendieran, y entre médicos y enfermeras, qué otra cosa se puede esperar, lo dejaron morir. Fueron entonces los veinte Locos resignados a retirar al difunto para darle sepultura, y no se lo permitieron sacar: antes le tenían que cancelar al director una cuenta inmensa: que tanto de suero, que tanto de oxígeno, que tanto de sangre, que de un caldo tanto, que de una gelatina tanto, que tanto de una pastilla, que tanto de una jeringa, que tanto de una inyección... Y la tira interminable de la cuenta se iba desenrollando, desenrollando, desenrollando como una culebra inmensa sacada de un dedal de prestidigitador.

—De lo que hasta aquí llevamos —dijo el doctor para terminar—, se saca el quince por ciento de impuesto al valor agregado, y se le suma a la suma más el impuesto de ausentismo por defunción.

Para pagarle habrían tenido que vender las vacas, los camiones, las porquerizas, la finquita, y en consecuencia tomaron una decisión:

—¿No quieren dejar sacar el cadáver? —le dijeron al director—: Ahí se lo dejamos enterito. Lo entierra usted.

Dieron media vuelta los veinte Locos y se fueron como habían llegado: en pelotón.

Para júbilo de optómetras y oculistas, un día me descubrieron que mis insistentes dolores de cabeza, aparte de los salesianos se debían a que no veía bien.

Digo me descubrieron porque el ciego primerizo no distingue: ve borroso, y cree que el mundo es así. Y sin importarles que quedara hecho un búho, me chantaron unas gafas inmensas. «¡Cuatrojos!» me gritaban los chinchos del barrio de Boston, lo cual es un insulto terrible, casi como hijueputa, pero duele más, porque éste por lo general no es merecido y aquél sí. Y es que en Antioquia hay más cegatones que mal nacidos. El hombre allí no suele ser polígamo como en la Costa: tiene una sola mujer, su mujer, esperando, y con eso se contenta: mi señora, quince hijos y ya.

Los grandes anteojos, gruesos como culo de botella, un día me los robaron en Guayaquil. Iba en un bus de pasajeros en la orilla, en la ventanilla, con esa manía mía de sentir la brisa, cuando en la parada de la plaza de Cisneros de pronto ¡zuás!: me los arrancaron en pleno barrio de Guayaquil que es un zoco árabe, un hervidero de ladrones donde dejan en pelota al ladrón de Bagdad. ¡Y vaya un ciego a ver un ladrón entre mil! Me hicieron pasar la gran vergüenza ante el bus entero, pero mi historia de las gafas ese día se acabó. Y no me vuelvo a poner unas gafas ni a palos, así no vea la pulga que me pica, porque me revienta el hígado oír que me griten cuatrojos por toda la eternidad. Cuando me bajé en la esquina de mi casa, sentí la falta de un peso en el bolsillo: un carterista, de pasada, me había robado la billetera en el bus. ¡Qué más da! Aparte del carnet de la biblioteca y de la tarjeta de identidad postal no tenía un centavo. El carnet en la biblioteca me lo volverían a dar, y ¡quién me iba a escribir a mí!

En Colombia, por si usted va, sobran ladrones. ¡Con tanta ley y tanto desocupado! Uno va en un bus, y lo bolsea un carterista; se baja, y le arranca el sombrero un ciclista. Si a usted lo atropella un carro, le cae una multitud a ver en qué lo pueden aligerar. Eso sí, al final lo llevan en ambulancia a la seguridad de una clínica.

Todo en Colombia se lo roban: se roban los postes del teléfono, se roban los cables de la luz; se roban las tejas de las casas, se roban un automóvil, se roban una gallina, se roban un marrano... Si usted deja estacionado su carro por media hora en la calle, he aquí cuando regrese lo que va a encontrar: que le robaron las plumillas del parabrisas, las tapas de las llantas, el radio, las cuatro llantas, el carro, el motor, el acumulador. ¡Y ojo en la gasolinera, que allá se llama bomba de gasolina! El empleado, que es descuidado, se guarda en el bolsillo, por inadvertencia, la tapa del radiador. Cuente las pastillas del frasco de remedios antes de dejar el mostrador de la farmacia, porque le faltan tres. Mire, por ejemplo, a ese señor tan elegante que se está bajando de su automóvil. Fíjese qué cosas tan extrañas hace: le quita al parabrisas las plumillas y se las echa al bolsillo del saco. Entra a esa oficina del gobierno a pagar un impuesto, y observe usted: cada cinco o

seis minutos sale a echarle un vistazo a su carro, a ver si todavía está. Mírelo a los ojos, y le apuesto lo que quiera a que le digo lo que está pensando: «¡Qué suerte — piensa él—, aún no se me lo han llevado!» Pero si le toca una cola larga se fregó: ¡adiós carro!

Va una rubia despampanante partiendo calle con su preciosa cola de caballo, su pelo largo, y entra a un almacén a comprarse unos zapatos: a gastarse enterito el sueldo del primer mes. Vuelve a salir a la calle, instalada ya en sus zapatos nuevos, de tacón alto, hecha una preciosidad. De paso por un bote de basura tira los viejos, que los saca un mendigo, y sigue por la acera su camino, feliz. Mas he aquí que en sentido opuesto vienen corriendo dos ladrones: uno la levanta en vilo, y el otro le saca los zapatos, y en zig zag, en carrera loca, uno con un zapato, el otro con el otro, se pierden por entre la multitud. ¡Adiós zapatos! Dolida, corrida, avergonzada, sigue la pobre rubia su camino descalza de regreso a casa, llorosa, secándose las lágrimas, cuando al dar la vuelta a una esquina la inmovilizan dos ladrones: otros: con unas tijerotas enormes de cortar pasto. Y de un tijeretazo le aligeran la cola de caballo que le costó cuatro años: para hacer pelucas. Colombia linda es así.

Don Germán, el suegro de mi hermano Aníbal, tenía un Chevrolet viejo que consentía como nuevo, reluciente. En la acera de su casa, en Envigado, se sentaba en una mecedora a vigilarlo, a contemplarlo. A darle brillo de amor con sus ojos alertas. Una tarde lo estacionó como siempre frente a su casa, pero sobre la acera opuesta, lo cual en poco más cambiaba la cosa: siete metros más lejos y un poco más de vigilancia. Pasadas dos horas de arrobada contemplación don Germán empezó a pensar que convenía más pasar el vehículo a su acera: más seguridad mientras más cerca. Cruzó la calle con el fin de moverlo, abrió la portezuela, subió al vehículo y arrancó: el carro se despanzurró. Mientras él había estado vigilando por un lado, los ladrones, agachados, le robaban las dos llantas por el otro: le dejaron el carro montado sobre ladrillos.

Pienso en el buen ladrón, pienso en el mal ladrón, pienso en el ladrón de Bagdad. Pienso en Dimas y Gestas que cuelgan en sendas cruces a lado y lado de Jesús. Y no les recomiendo el país. Al bueno y al mal ladrón aquí les roban la cruz: los dejan como cuerpos fosforescentes colgando de la oscuridad.

Andando y andando el tiempo, de vuelta a Medellín tras una ausencia de años, iba con mi padre en un bus. Él, como siempre, propio, limpio, impecable, con su sombrero oscuro y su acrisolada honradez. Yo, como siempre, desarrapado, ensimismado en mis pensamientos. Lo iba compadeciendo: qué tristeza ver en

semejante vehículo a mi padre, que había sido senador y ministro, viajando en medio de las sirvientas como cualquier obrero...

—¿Y por qué más bien no sacás tu carro? —le pregunté.

—¡Qué —contestó—, dónde querés que me lo meta! ¿En el bolsillo? Donde lo deje estacionado se lo roban.

—En un estacionamiento.

—Le cambian mis llantas nuevas por viejas.

—¿Y por qué no tomás un taxi?

—¿Para que me atraque el taxista?

Sí, en efecto, con todo y sus carteristas y sus atropellos, el menor de los males era el bus. Con gran suerte, ahora viajábamos sentados, en una banca de dos: él en la orilla, yo en el pasillo: desde que me robaron las gafas se me curó la manía de querer sentir la brisa. Y volaban mis pensamientos hacia el pasado, hacia aquella lejana ocasión, cuando el bus de la realidad, como el del recuerdo, paró justamente en la plaza de Cisneros, en el corazón del ratero barrio de Guayaquil. Volví de sopetón al presente, para descubrir intrigado una cosa: disimulándola bajo una manga del saco, mi padre llevaba abierta su navaja: una navajita que usaba para sacarles punta a los lápices o para alguna otra ingenuidad.

—¿Y para qué llevás esa navaja abierta? —le pregunté.

Y él:

—Para clavársela a la primera mano que entre por esta ventanilla a robarme el sombrero.

Antes de que la mano entrara, por fortuna, el bus arrancó.

Cuando en esos días volví al centro, a reconocer, una señora que salía de un almacén cargada de paquetes me vio y se echó a correr: pensó la desgraciada que era un ladrón...

Era un rombo amarillo y negro de dieciséis pliegos, y caía aún encendido: sin fuerzas para ascender más lejos iba a morir. Venía sin duda de lo alto de la

montaña a cuya base estaba Santa Anita, y su candileja de repente se apagó: el corazón hizo ¡pum! «Éste es mi globo» me dije, como el adolescente de los «Trenes rigurosamente vigilados» se dice, ante la gorda bien dispuesta: «Ésta es mi mujer». Lo vi desde el corredor posterior de la casa, cayendo a un centenar de metros, sobre la pesebrera, y hacia allí corrí.

—¡Rápido, rápido — gritaban Rodrigo y mis hermanos a la zaga —, va a caer sobre el techo, hay que subir!

Por el pilar de madera trepé con el susto de una lagartija, con la prontitud de un gato, y me vi de súbito corriendo solo sobre el tejado mientras el globo venía hacia mí. Tendí los brazos al cielo implorante para recibirlo, cual una bendición celestial: entonces, convocados por la magia del Demonio o por la arbitrariedad de Hitchcock, surgieron de entre el platanar de abajo veinte chinches con piedras y caucheras, y mandaron hacia lo alto una andanada que se diría un chaparrón. Mi globo se deshizo en el aire y yo, con las manos vacías, aún tendidas hacia lo alto, caí fulminado, lapidado, haciendo tronar las tejas: era san Esteban de los Globos quien caía, el primer mártir de Santa Anita. La candileja apagada, pero todavía palpitando, caliente, dándome en la cabeza me remató.

Ensangrentado, desconcertado, descalabrado, me bajaron Rodrigo y mis hermanos del techo, y dentro de la pesebrera, cirujanos improvisados en el fragor de la batalla, en el bebedero de las vacas me lavaron la cabeza, mientras las dueñas de casa, compadecidas, decían «Múuuuuu».

«Deja que bese chiquilla tus labios rojos como cerezas» dice el foxtrot, y en propaganda radial adaptado: «Coltejer es el primer nombre en textiles, y fabrica para usted mejores driles, dril Armada dura más, y no se acaba jamás, úselo y verá que sí, ¡es el mejor! La coleta Margarita, de Coltejer, la más bonita, y para usted, caballero, el dril Armada, es el primero». Coltejer era la fábrica de los Echavarrías, y exportaba varios millones de dólares en el dril de la canción a los Estados Unidos, para vestir a sus soldados cuando los andrajos de la guerra. Era un dril caqui que resistía mil lavadas en lavadero de piedra, y del cual Lía nos hacía los pantalones. Al subir el dictador que tumbó a Laureano prohibió toda propaganda radial cantada porque se le hacían una ridiculez, y nunca más volví a oír «Besos y cerezas» en su versión industrial antioqueña. El dictador se hacía llamar Teniente General Jefe Supremo, lo filmaban en cueros chapoteando en un charco, y la transmisión diaria del aparato embrutecedor que él trajo acababa indefectiblemente, a los acordes del himno nacional acompañando, con su imagen traicionera de policía cachuchón.

Si bien en buena parte Medellín estaba construido en un llano, en el valle del Aburrá, que como su nombre lo indica es plano, todo el mundo «bajaba» al centro. ¿Y cómo se puede bajar en plano, dígame usted? Con dos razones se lo voy a explicar. Una, Medellín estaba rodeado de montañas: las que formaban el valle, y un barrio u otro estaba encaramado en ellas, como Prado, Manrique o Aranjuez. En la cuadra nuestra, ¿la calle del Perú no se volvía pendiente? Siguiendo pendiente arriba un día con mis hermanos, llegamos hasta el pico del cerro del Pan de Azúcar a conocer el gran letrero de Coltejer que se encendía en las noches, en la montaña oscura, para competir como un mensaje inequívoco del cielo con cuantas ambigüedades pudieran decir la luna y las estrellas. Los que vivíamos, pues, en pendiente, sí bajábamos al centro, y ahora le voy a explicar la razón de que los que vivían en plano bajaran también. Es que todos los de Medellín somos o venimos de familias de los pueblos. Y como los pueblos antioqueños, nidos de pájaros, están a horcajadas de las montañas, cuando los padres o los abuelos venían a la capital del departamento, subiendo y bajando cuestas, en la cuenta final bajaban más, de suerte que «bajaban» a Medellín. Si un extranjero va ahora y nos oye decir en plano: «Vamos a bajar al centro», piensa «Éstos están locos». El loco es él.

Yo crecí con Medellín. Era yo un niño berrietas y ella una ciudad chiquita; crecimos juntos, nos corrompimos juntos, la vida nos echó a perder. La llamaban «la ciudad de la eterna primavera», y a mí «el niño Jesús»: el niño Jesús resultó un demonio, y su Medellín —con tanta fábrica, con tanto carro, con tanto ladrón respirando— un infierno en verano. Su clima, empero, en mi recuerdo es dulce y suave. Sin ir más lejos de la casa de las Marines (de las incontables visitas de Santa Anita), veo una calle larga larga, en sombra bajo la copa de los altos árboles: los árboles se los robaron para encender el fogón. Y el río Medellín que bullía de peces, claro y límpido, se fue muriendo, muriendo, hasta acabar en una turbia alcantarilla. La juventud, cuando no se le cruza la muerte, termina siempre así: en la vejez hijueputa.

En la oscuridad de las noches, en las montañas circundantes, empezaron a palpitar como estrellitas unos foquitos de luz; usted diría Venus o Júpiter; no, eran casitas campesinas. De foco en foco se fue haciendo una galaxia, y una noche vimos todas las montañas alumbradas: Medellín se desbordó del valle, y como osado ciclista se fue a subir y a bajar montañas. Del manicomio, por la carretera norte, como loco escapado sin camisa de fuerza, dando brincos se siguió hacia Bello, hacia Girardota, hacia Copacabana, y aún no la pueden detener. Envigado, que era un pueblo independiente, con carácter propio, se le convirtió en un barrio: de marihuanos. Y Robledo y Sabaneta e Itagüí. Poseída por el demonio del expansionismo soviético a todos se los anexó: quería que todo el mundo fuera

Medellín. De tanto que creció, de tanto que cambió, un día no la reconocí. ¿Pero es que me reconocía yo? Crecimos juntos, cambiamos juntos, yo había cambiado también. El niño se hizo joven y el joven viejo, y el pueblo una gran ciudad. Ahora le digo adiós: una señora de negro llama a mi puerta y le voy a abrir. Medellín seguirá sola su camino, hasta dar al mar.

El amor, avispa de insidioso veneno, volvió a enterrarme su punzón. Era una chiquilla de bucles de oro que tenía un gato negro que se llamaba Chopin. Por los días en que preparábamos el concierto de fin de curso la conocí: tocando en el Steinway de Bellas Artes la perversa sonata «Tempestad». Mal comienzo. Cuando hay música de por medio la picazón duele más. La sonata empieza con un acorde que se desgrana y sigue con un Allegro fugaz. Sigue un Adagio, un nuevo Largo, un nuevo Allegro... A mitad del nuevo Allegro, pasando del re menor al la menor se me desquicia el alma: un fuerte acorde de dominante que al punto se trueca en piano, e irrumpe el segundo tema, el motivo insoportable con su carga de dolor. Once compases tan sólo de un pasaje que no termina: se derrumba en una cascada de lágrimas...

—Este jovencito y esta jovencita —sentenció un cínico en Bellas Artes— están perfectos para ser novios: podrán tocar el piano a cuatro manos, y algo más.

En el concierto ella tocó su sonata y yo un impromptu de Schubert y un estudio de Chopin: sin sentimiento, como toco yo, como un traganíquel viejo y rayado, cansado de oír su voz.

Llegó el concierto, pasó el concierto y salimos a vacaciones, pero mi pobre amor seguía igual, en el aire. Había dejado pasar los días y los días, las tardes y las tardes con sus ensayos, y a la muchachita de los bucles de oro nunca me le declaré. Mis ojos tontos le decían simplemente lo que se callaban mis palabras. Y ella no sabía qué pensar. Declarársele a la novia es asunto tan arduo para un chiquillo como confesarle al cura un pecado contra el sexto mandamiento un inexperto pecador. No lo sabe hacer. Desconoce las técnicas envolventes del rodeo, y se queda como juez nuevo, paralizado, incapaz de dictar sentencia porque ignora la fórmula.

A su casa, en el barrio de Belén, fui una noche a visitarla. Me hizo pasar, me presentó su gato, me mostró su piano y me regaló una foto suya. Luego se fue de vacaciones a una finca, sin anunciármelo. A La Estrella acaso, o a Caldas o a San Antonio, a uno de esos pueblos cercanos a Medellín, que ya he olvidado. Una opaca mañana de diciembre hasta allí fui a buscarla. Bajé del camión en la plaza, y

caminé un par de kilómetros por una carretera desierta. En el polvo de su fealdad encontré la casa: en el corredor delantero estaba mi chiquilla, acompañada de la importuna presencia de dos amigas. Lo mucho que tenía que decirle al punto se trocó en nada. Recuerdo que permanecí breve tiempo, mi incomodidad y mi torpeza, y unas sonrisas de sentido ambiguo de las muchachas. Di media vuelta y desanduve mis pasos.

Una vez más la volví a ver, pasados muchos años: era una mujer soltera. Me habló con amargura y reproches de la música, como de un convento que le hubiera echado a perder su vida. Yo nada contesté, pero mi silencio pensaba: si mi tímido amor hubiera encontrado las palabras... Si no hubieran estado esa mañana las muchachas... Quedó mi amor circunscrito a la foto de una chiquilla que se fue decolorando, marchitando, como una flor dejada en la tumba de Chopin, y a los once compases adoloridos de una sonata. Una remota mañana de diciembre, y en un corredor campesino unas muchachas... Leyendo hoy el pasado con la fluidez del libro que está escrito, advierto que sólo esa mañana, en el corredor de esa finca de esa carretera pudo haberse cambiado mi rumbo. En una encrucijada polvosa, en un cruce absurdo de caminos, descubro una opaca mañana de diciembre a la fortuna, jugándose a los dados con el viento mi destino. Por la mañana opaca y polvosa, con el estorbo fardo de mi amor a costas camino de regreso a casa; y como un mendigo borracho con un costal de basura, lo voy regando a lado y lado de la carretera.

Quiso Lía aprender a hacer pan y se compró un horno. En honor a la verdad, los primeros le salieron bien. Con la incredulidad desatada y la nariz olfateando alerta (la gata golosa y maromera que se va tras un hilito de olor colgada de un alambrito de humo) corrimos a la cocina a investigar si éramos presa de alucinaciones olfativas. No: Lía sacaba los panes humeantes del horno. ¡Panes! Nuestros grandes ojos de asombro no lo podían creer. Sí: panes: blandos, calientitos, para las salchichas: panes al por mayor.

Pero el milagro del primer chiripazo no se le volvió a repetir. Parece que ella y la levadura no se entendían bien. Abría el horno para ver cómo iba su obra de arte, y no digo la mano: con sólo ponerles encima la mirada los panes se desinflaban haciendo ¡puf! Quedaban duros como rocas, meteoritos calientes recién caídos del espacio exterior.

—¡Señor, haz que estas piedras se conviertan en panes! —invocaba mi pobre padre en el desayuno tras de romperse un par de dientes contra el acantilado.

Y decía bien: con uno de ellos en una guerra intestina Darío me descalabró. Las cicatrices que me ha dejado la vida en la cabeza no tienen cuento.

Después Lía quiso hacer el bizcocho de novia, el del matrimonio y la primera comunión. Lleva leche, mantequilla, huevos, harina, levadura, maní, fruta cristalizada, panela quemada, pasas, vino, azúcar y una pizca de sal. Como con los panes, la primera vez le atinó. Pero nunca más. Y es que si no tenía mantequilla le ponía manteca de cerdo, si le faltaba panela quemaba azúcar, la fruta cristalizada la reemplazaba de prisa con jugo de naranja, y ni las pasas, ni el maní, ni el vino le eran de absoluta necesidad; y la levadura menos, ¡total no iba a subir! En cuanto a las cantidades, medía los litros con tazas y las onzas con cucharas. ¿Cuatro huevos decía la receta? Para que alimento se le ponen seis.

Con este menosprecio por las recetas, con este libertinaje culinario, la cocina resulta un solemne disparate. Se puede innovar cuanto se quiera, pero con un mínimo de respeto por la tradición. Improvise usted y module, pero no le dé una patada en el trasero a la tonalidad. Es lo que no le perdono a Hindemith, ni a Honneger, ni a Prokofiev, ni a Bela Bartok, ni a Darius Milhaud. Llegaron con un mazo a despanzurrarme el piano, y a sacarle maullidos de gato al violín. Y las violas, los chelos, los contrabajos, las flautas, los cornos, las tubas, los oboes, las trompetas, los trombones, los timbales, cada quien con su propia rabia, rompiéndose el alma a trompadas en plena batalla campal.

A mitad de camino entre la Argentina y México, y frente a Cuba y las Antillas con el simple charco del Caribe en medio, Colombia de ingenuos bambucos y pasillos era fácil presa del atropello musical de unos y otros. Primero la invadieron con avalanchas de discos; después empezaron a llegar los conquistadores en persona: Lucho Gatica, Toña La Negra, Fernando Fernández, Leo Marini, Hugo Romani, Los Tres Diamantes, Los Panchos, Johnny Albino y su Trío San Juan... Se presentaban en La Voz de Antioquia y en La Voz de Medellín y Ovidio, que había reunido una colección impresionante, copiada a máquina, de las letras de sus canciones, iba entre el tumulto a ambas emisoras a mendigar autógrafos. Por lo que a mí respecta, oficiante en el sagrado templo de las Bellas Artes, le profesaba un solemne desprecio al bolero maricón. ¡Qué lejos estaba entonces de imaginar las trampas que en los recodos del futuro me tenía armadas la nostalgia! ¡Cómo iba a verme en un viejo que lagrimea oyendo «Un Rayito de Luna» de Los Panchos! Por la puerta mal cerrada de mi sensibilidad, una noche se me coló la música del mundo hasta el mero corazón.

Era una noche de esas encendidas de Medellín en que ardían sus barrios en

mil hogueras de cannabis índica, y deambulaban, calles arriba, calles abajo los camajanes, arrullados por sus sueños de paja. De mano en mano, de boca en boca, iban y venían los cigarros de la alucinación como luciérnagas, y tras el humo embriagante se fue filtrando la música: «Vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra, que aunque vaya a pelear en otras tierras, voy a salvar mi derecho, mi patria y mi fe...» Era Daniel Santos, el Jefe, Señor de las noches de los hachidis, asesinos, cantando con su voz sincopada por el humo en un traganíquel de cantina. La voz me atravesaba el alma, mi alma oscura de Medellín como un puñal.

Los altos árboles de la calle de las Marines sombrean con su ramaje mi recuerdo. Ellas eran tres: Tulia, Ester y Teresa. Tulia flaca flaca, Ester blanca blanca, Teresa santa santa. Con mami las unía un débil parentesco y una fuerte amistad, basada en no sé qué pues le llevaban veinte años. Fuerte amistad digo ya que las Marines, las últimas en Medellín, bien que mal nos seguían tolerando cuando el resto de las puertas se nos iban cerrando. Por los tiempos de mis recuerdos, como las Marines éramos tres: la Santísima Trinidad del Diablo. Obligada Lía a llevarnos en sus visitas, nos tenían pánico.

—¡Ahí llega Lía! —gritaba la alarma.

Y corrían a ponernos la escoba patas arriba y a desempolvar el cordón de san Francisco y la medalla de san Benito. No era que llegara Lía, la mártir, que se limitaba a conversar: era que llegábamos nosotros, sus hijos, a revolver, a destruir: llegaba la revolución.

Con el demonio de la movilidad adentro haciéndonos cosquillas en la barriga por la pared interior, íbamos, veníamos, subíamos, bajábamos. Veíamos un cajón: a esculcarlo; una escalera: a subirla; un pasamanos: a resbalarnos; una veladora encendida: a apagarla; una flor exhibiéndose: a cortarla; una puerta cerrada: a abrirla; una ventana abierta: a cerrarla; un perro dormido: a despertarlo; un gato inocente: a perseguirlo; un canario prisionero: a liberarlo; un avispero en paz: a alborotarlo; un jarro por el piso: a patearlo; un tarro de confites: a acabárnoslo. Todo lo indagábamos, todo lo revisábamos, todo lo preguntábamos. Que por qué esto, que por qué lo otro, que a qué venimos, que cuándo nos vamos, que cómo se llama esta señora, que por qué está rica, que por qué está pobre, que por qué está vieja, que por qué está coja... Buscábamos bajo las camas, tras de las sillas, sobre las mesas... No había intimidad encerrada con candado que pudiera resistir los embates de nuestra curiosidad. ¿Una muñeca que decía «mamá»? La despanzurrábamos. ¿Una escoba patas arriba tras una puerta? La enderezábamos.

¿Un cordón de san Francisco? Nos lo poníamos. ¿Una medalla de san Benito? Nos la colgábamos.

—¿Y ahora qué hacemos, Lía, con esta aburrición?

Nos lavábamos con jabón las manos, y corríamos al solar terregoso a empuercárnoslas. Ausente de pecado mortal, la niñez es la época más tediosa de la vida. Un día, por fin, la deja uno atrás con su vacío incolmable.

Una hora de visita y ojos implorantes nos decían: «Niños, por favor, ya dejen de joder». Una hora más y ojos asesinos nos retorcían el pescuezo. Lía, sin darse por enterada, hablaba, hablaba, hablaba. Al fin, Dios es justo, Dios es bueno, se marchaba con sus tres endemoniados sin exorcizar, y respiraban las dueñas de casa: hoy descontamos, por lo bajo, diez años de purgatorio. Donde Teresita Pizano, simple y sencillamente no nos podían ver: se atrancaban con doble pasador y candado. De visita en visita, con sus solos tres primeros hijos Lía se cerró todas las puertas de Medellín. No había casa que nos resistiera.

A la iglesia del Sufragio irrumpimos una tarde que se volvió institución. Lía tomó el vicio de rezar, y cargaba con su Santísima Trinidad a cuestras. Subíamos al púlpito a predicar en silencio, con la sola gesticulación, y bajábamos a los altares a arremedar santos en extática inmovilidad. Jugábamos a los escondites en los confesionarios, y a veces, de sopetón, nos descargaba sus cuitas una beata desasosegada, o sus culpas un irredento pecador.

—¿Cuánto hace? —preguntábamos con voz fingida.

—Quince años padre.

—¿A cuántos mató?

—¡Sálganse de ahí, niños! —mandaba Lía en voz baja, perentoria.

Y de un gran salto sobre la baranda del altar mayor invadíamos el terreno reservado al cura y vedado a los fieles, ¡y a celebrar misa de tres padres! Como Pedro por su casa, como cura por su iglesia, entrábamos y salíamos de la del Sufragio, con tanta soltura, con tanta naturalidad, que un padrecito que era la paciencia misma se impacientó, y a tirones de oreja nos sacó a los tres usurpadores a la calle. Saliendo tras de nosotros Lía, furiosa, «¡Cura marica!» le gritó, y por poco no le arrea la madre. Esa tarde se le cerró de paso la casa del Señor, último baluarte en caer. Capaces de derrumbarle su sólido optimismo a Teresita Pizano, no

precisábamos más de una hora para desquiciarle la paciencia al santo Job.

Como gato que conoce su casa palmo a palmo, conocíamos la iglesia del Sufragio: no había rincón ni santo que se hubiera escapado a nuestra minuciosa inspección. Del bautisterio soplaban un viento frío, chiflón del más allá, y en la pila de agua bendita, al entrar al templo, sin falta metíamos la mano para darnos la bendición de los cien mil microbios. Viejas rezanderas solían llegar hasta allí a llenar botellas vacías de aguardiente con el agua santa, santo remedio para heridas recalcitrantes e infecciones: morían ellas con su mal. Una reja siempre cerrada desafiaba empero con su candado nuestra curiosidad: era la entrada a la escalera de caracol que subía al campanario. Pasaron varios años; un atardecer, con don Luis, el profesor de ortografía, franqueé la reja y emprendí el ascenso a la alta torre. Girando, subiendo, girando, subiendo por la escalera tanto tiempo prohibida, llegamos hasta las aéreas campanas. Traía el viento el sordo rumor de la ciudad y un enjambre de abejas extraviadas. No sé qué iban a buscar a semejante altura. ¿Flores de Marte? Escudado del vértigo en un pasamanos de hierro, dejé volar mis ojos sobre Medellín. Y palomas encantadas, planeando sobre los tejados bermejos se fueron a buscar mi casa, a posarse con leve giro en su techo, en mi pasado: desde ese techo, cuando no tenía cinco años, había visto la torre, mirando hacia arriba; ahora desde la torre, mirando hacia abajo veía el techo: tenía once años, y era el último que pasaba con los salesianos. ¡La perspectiva y yo habíamos cambiado tanto! Por primera vez podía verme a mí mismo como a otro. Y como ese remoto atardecer en que con Ovidio y mis hermanos oía el radio sobre el techo de mi casa, volvió a ponerse el eterno sol tras las montañas. Cambiaba yo, pero en un rosario ciego de crepúsculos giraba en redondo el tiempo.

Teresita Pizano era de un inquebrantable optimismo: se le moría el marido y decía: «Me quedan mis hijos»; se le morían los hijos y decía: «Me quedan mis nietos»; se le morían los nietos y decía: «Me queda el televisor». Y desde las seis de la tarde en que empezaba la transmisión hasta la una de la mañana en que terminaba, prisionera de su haz de fotones y arrellanada la inmensa mole de su persona en un asiento resistente de hierro, con los ojos atentos y una sonrisa que se le desbordaba del alma veía la televisión. ¿Qué habría hecho en la Edad Media? ¿En el Renacimiento? ¿En la guerra de los Mil Días? Sin duda rezar. Ahora, a mitad del siglo XX, tomaba el mágico aparato, puesto que existía, como un camino hacia Dios.

Entre las muchas penas de esta vida que le curaba el televisor, tenía Teresita un hijo, o dolor de cabeza, a quien le dio desde jovencito por hacer lo contrario de todo el mundo escupiéndole la cara a la decencia, emperifollada señora que

amenaza con su marido, el qué dirán. A Armando Arango la señora en cuestión y su marido le importaban un comino. Si el qué dirán quería vivir atado toda una vida a esa vieja fea y mezquina, arrugada y celosa, y a la sopa engordadora de papas con harina del matrimonio, allá él. El que quiera engordar con sopa, ¡que con su sal se la coma!

Puesto que Armando era hijo de Teresita, hermana de mi abuela, era mi primo en segundo grado; una especie de tío primo mío, como quien dice, en razón de la edad. Un día se esfumó de su casa, y tras de varios años sin dejarse ver volvió. Volvía de la guerra de Corea con un uniforme de soldado norteamericano, una pata quebrada y unas muletas. Así lo conocí. Así lo llevaron los suyos a Santa Anita una tarde memorable de mi niñez.

—¡Raquelita! —le dijo abrazándola a mi abuela.

Y en el tono como en el diminutivo como en el abrazo sentí que la quería, al igual que la quería yo. Y puesto que la quería a ella lo quise a él, con esa lógica soberana mía del amor: Colombia limita con Venezuela, Venezuela limita con la Guayana, luego Colombia limita con la Guayana; mentira geográfica que en mi cabeza, si se me antoja, será verdad.

La murmuración familiar decía que la pierna quebrada de Armando era un embuste, que el uniforme de soldado era un disfraz, que el kimono chino que le trajo a Teresita se lo compró a un contrabandista, que nunca estuvo en Corea, y que simple y llanamente era un redomado simulador. Muchos años después, cuando mi juventud se quemaba en la misma hoguera en que antaño se había quemado la suya, volvimos a coincidir: una noche, en una cantina. Hablamos de Raquelita, por supuesto, y de vaguedades; no hablamos de nuestro destino común. Nunca más lo volví a ver. El ulterior camino tortuoso de su vida lo seguí a tramos: de chisme en chisme. Supe que trabajaba de actor en la radio, que se había marchado a Barranquilla, y que se hacía llamar Armando von Battenberg, nombre rimbombante tomado de algún verdugo nazi, si no de esa familia noble de Alemania que se extinguió a principios del siglo XIV para reaparecer, por la magia de Aladino, a mediados del XIX.

No sé si Armando Arango, barón von Battenberg de pacotilla, espectro de radionovela, luchó o no en la guerra de Corea. Ni me interesa. Los héroes de fusil y granada me causan horror. Frente a la catedral de Medellín, instalado sobre su caballo, sigue el héroe máximo de América: bañado en una siempre renovada lluvia de porquería que desde el cielo, día por día, le dejan caer las palomas. Era un

hombrecito bajito, de una ambición desatada, que cuajó en bronce. Lo llaman el Libertador, si bien con el pasar de los años yo sigo sin entender de qué tanto nos libertó. ¿De España? España no es un nombre vacío: es un fanatismo de clérigos y tinterillos, una cerrazón del alma. Siglo y medio después de la hecatombe que el señor del caballo con su quimera de gloria provocó, ¿no seguimos igual? ¿Acolitando curas? ¿Dictando leyes entre asesinos? ¿Ambicionando puestos? Los puestos esos de cagatintas que le quitamos al español. Somos un país de puesteros legalistas y de lambecuras irredentos. El Libertador de nada nos libertó. Al hombre lo liberan héroes anónimos, como sé que mi primo Armando lo fue, en la guerra incruenta de la cotidiana mezquindad. Son mis soldados desconocidos, sin monumentos. Baal se alza sobre un pedestal de barro, que hay que tumbar a patadas.

Quiero que me acompañes, Bruja, en un viaje con la imaginación, la máquina del tiempo que inventó Wells. No te voy a llevar a la Roma de los Césares ni a su crueldad; tampoco a la Italia de los Borgias incestuosos que dirimen la lucha por el poder con la discreción del arsénico; ni a la guerra de secesión en que se matan a escopetazos yanquis y sureños, tan ajenos a ti y a mí. Te voy a llevar a una noche plácida de mi niñez que discurre al ritmo alegre de las ruedas de una bicicleta. La noche es tibia y oscura, mas la iluminan, de cuando en cuando, los faros de un carro o de un camión. La bicicleta es de Ovidio y tiene luz propia, tiene dinamo: pedalea uno y se alumbra un foquito; deja uno de pedalear y se apaga; una especie de cocuyo, ¿ves?, con su pequeña planta eléctrica caprichosa que sigue los ímpetus de una pasión.

Las manos en el manubrio, Ovidio va manejando; yo voy atrás, en el asiento posterior o portaequipajes, que en Antioquia se llama la parrilla. ¿Cómo se llama en Alemania de donde vienes tú, de donde viene tu raza gran danés? Partiendo de la casa del Perú salvamos de un suspiro la bajada. Una, dos, tres, cuatro cuabras y dejamos atrás el parque de Boston, nuestro barrio, y ahora cruzamos el barrio Colón, de camajanes. ¿Sabes qué son? Viciosos, cuchilleros. Sin ir más lejos, mira esos cinco o seis de la esquina pasándose un cigarrillo. ¿Sabes qué es? Marihuana... En estos momentos no nos atracan porque vienes tú con nosotros, vigilándonos. Corres al flanco de la bicicleta, como la brisa, ¡y ay del que se atreva a acercárenos, a querernos tumbar para robárnosla! ¡Pobre de él! Pasado el barrio Colón, tomando la carretera, ya no hay peligro. O mejor dicho, sí lo hay, un único peligro disperso en mil: los baches del pavimento, no vayamos a caer en uno de ellos y a despeñarnos, sin remedio, en el presente.

— ¿Qué horas son?

—Son las siete.

—Vamos bien.

Ovidio pedalea, pedalea, pedalea, y la bicicleta avanza como si la impulsara el viento. Las llantas dicen una «ch» prolongada al cruzar un charco. Una mata de plátano, cerca al corredor de una casa, quedándose atrás nos dice adiós con su penacho. ¿Ves esa lucecita que se desprendió del cielo? Es una nave marciana o una estrella fugaz. Los marcianos aterrizan en la recta que sigue de El Poblado, por la que vamos en este instante, pero cuando nadie los ve. Ver un marciano aterrizando es más difícil que agarrar una angula con la mano izquierda enyesada. Por eso los descreídos sostienen que no los hay. Ver para creer, dicen ellos, pero es al revés: hay que creer para poder ver.

La cortina de la noche se va abriendo, abriendo, abriendo a nuestro paso de luz, reverente.

—¿Qué horas son, Ovidio?

—Son las ocho.

—Vamos a llegar a Santa Anita a las nueve, no está mal.

A falta de marcianos vimos un choque. A la altura de la gruta de la Virgen que está para llegar a El Carmelo nos rebasó un carrito zigzagueando, mientras en sentido opuesto, adelante, venía un Dodge por su carril. Con un reguero de vidrios y haciendo ¡Puuuum! coincidieron en el tiempo y en el espacio. Del Dodge bajaron tres hombres lívidos, como si acabaran de ver a la muerte en pelota; del carrito culpable bajó un borracho trastabillando y les increpó:

—¡Borrachos pendejos, me chocaron el carro!

Cruzamos el reguero de vidrios con la bicicleta al hombro, no se nos fuera a ponchar, y un rato después, sin ningún percance, llegamos a Santa Anita.

Por la puerta de su cuarto, que daba al corredor delantero (a esa puerta, como nosotros, llamó otra noche Capitán, que volvía a la finca a morir), la abuela salió a abrirnos, aún dormida.

—¡Qué son estas horas de venir —nos reprochó—, me van a matar del susto! Acabo de soñar que chocaban dos carros por la gruta de la Virgen, cerca a El

Carmelo, haciendo pedazos a una bicicleta.

Ardía en su cuarto la veladora de la Santísima Trinidad, protectora nuestra de todo peligro. En el comedor, mientras nos servía de comer, recuerdo que aludiendo a la bicicleta la abuela nos insinuó:

—No vayan a dejar afuera el caballito.

Las sonatas y los conciertos de Mozart, en la edición de la Schirmer's, me turbaban el sueño. Se apoderaban de mis noches y me movían los dedos, poniéndome a desgranar escalas y apurar arpeggios en el aire. En el teclado mudo de la oscuridad, en el limbo que separa la vigilia del sueño, a veces me atascaba como disco rayado en un trino interminable, esperando vanamente que entrara el tutti de la orquesta para concluir mi cadenza y con una gran ovación el concierto.

—Éste ya se enloqueció —comentó mi papá una noche viéndome alucinado, sonámbulo, en plena actuación—. ¡Claro, hijo de Lía! Le viene de familia. ¡Con tanto loco y tarado!

Y me despertó.

Reflexionando hoy día sobre las pesadillas que me deparó Mozart, advierto que, más que a su música, se debían a la belleza de impresión de la Schirmer's: eran demasiado nítidas sus notas como para que a través de los ojos no me llegaran al cerebro. Ahora bien, un músico a quien le entra la música por los ojos, y no por los oídos, se jodió. Mejor que cuelgue el clarinete.

No sólo no colgué el clarinete, que también estudié, sino que emprendí el aprendizaje del violín, del saxofón y la trompeta. El violín, torcedor de cabezas, me producía neuralgias; la trompeta me ponía los labios de negro (que al fin y al cabo son los mejores trompetistas); y el saxofón me hacía chorrear agua de la nariz y los ojos. Con la primera hora de ensayo tratando de sacarles a la fuerza una nota se me encharcaban los pulmones, y los vecinos empezaban a protestar contra la pared a patadas. Tal vez porque nos habíamos mudado al intolerante barrio de Laureles, donde se creen ricos... «Vendo casa barata motivo saxofón» anunció alguno, y a las once de la noche, hora perfecta para estudiar por su frescura, llamaban a la policía, y me interrumpían mi solo de trompeta con sordina con una bola de tombo. No entendían los desdichados que para que resulte un buen músico hay que sacrificar cien vecinos.

Al fin desistí. Ya que de tanto sostener entre cabeza y hombro el

instrumento de Paganini me iba a quedar mirando de perfil como pintura egipcia, y con trompa de negro de tanto soplar tubos de viento, traicionando la perseverancia de mi abuelo colgué el saxofón, la trompeta, el violín, el clarinete, y lo que es peor, el piano mismo que, cual un perro guardián, había acompañado a mi infancia protegiéndola de las fealdades del mundo. Mandé el estudio de la música al demonio, y como el común mortal me dediqué a oír tocadiscos. Es el mal de mi vida; termino en las decisiones más extremosas: o todo o nada.

Creo que decidí bien. Las mínimas satisfacciones de la música se ahogan en un mar de problemas. Horas y horas de estudio, vecinos y vecinos iracundos, ¿y al cabo qué? Después de estudiarla mil veces, la polonesa en la bemol de Chopin no sabe a nada. El sentimiento muere con la repetición. Esa polonesa fue una de las ilusiones de mi niñez, y al fin la dominé: como quien domina a su mujer al cabo de diez años. En amor y en música lo que no se da de una vez que no se dé.

Como si con el pleito desmesurado de la lancha Policarpa Salavarrieta que le hundieron en el Magdalena mi abuelo no tuviera de sobra, se embarcó en otro igual, pero ajeno: de Nicolás, su hermano, el casado con Blanca Fadul, la turca. Tenía Nicolás una fábrica de confecciones, y de paso un sobrino de su mujer que allí trabajó veinte años, hasta el día en que el muy ingrato resolvió demandarlo: o le pagaba las prestaciones de semejante añal, o le entregaba la fábrica.

Abatido, cabizbajo, derrotado, a un paso del embargo y con sus propios abogados vendidos al sobrino traidor, se presentó Nicolás una mañana en Santa Anita a exponerle su desesperada situación a mi abuelo. Estaba perdido: si le liquidaba al sobrino las prestaciones, se liquidaba él pues la fábrica no valía tanto; y había que liquidárselas, pues al empleado lo protegía la Ley.

—¡Cómo que la Ley protege al empleado —cortó indignado mi abuelo—, la Ley me protege a mí! Vamos a demandar.

Metió un papel sellado en su máquina, y ante el desaguisado insufrible contra su hermano, ante el infundio, el entuerto, el desafío, el agravio, la sinrazón, el desafuero, la iniquidad, el abuso, la vil ofensa, el atropello, redactó tres demandas: una contra el sobrino, otra contra los abogados, y otra para rematar contra el juez. ¡Que no se fuera a creer el ladrón que no le podían robar a él!

Hoy he ido con mi abuelo a conocer la fábrica en litigio de Nicolás. Consta de veinte máquinas viejas de coser, y de veinte obreras viejas que en ellas llevan veinte años trabajando. Las máquinas, en mi opinión, no valen ni como chatarra;

las obreras —flacas, pálidas, desdentadas— no sirven, no digo como carne de placer: ni para hacer salchichas; y en cuanto a lo que llevan trabajando, veinte por veinte cuatrocientos, son cuatrocientos años de prestaciones, que el día que se les antoje religiosamente van a cobrar.

—Abuelito —diagnostico entonces yo—, lo mejor es que Nicolás le entregue la fábrica al sobrino.

¡Cómo, ingenuo de mí! ¿Veinte máquinas que dentro de poco van a valer una mina de oro en el museo de la industria textil? ¿Y veinte obreras experimentadas? No se podían tirar las cosas así como así a la calle... ¡Qué mocoso torpe era yo! ¿Y los cuatrocientos años de prestaciones? Ningún problema: si ya hay un pleito por eso, se tramita con veinte más.

Ahora está el abuelo sentado a la mesa del comedor. Tiene instalada su máquina Remington de escribir (que casi conoció Gutenberg), y redacta un memorial. El pleito del sobrino contra Nicolás, o viceversa, está en sus comienzos, apenas lleva tres años, aún lo evacúa un juez. Calcula mi abuelo que para cuando llegue al Tribunal el hombre ya habrá llegado a la luna, y que para cuando desemboque en la Corte Suprema de Justicia el tiempo habrá dejado atrás a la novela de Orwell, el año ese tan mentado de 1984. Luego sigue el Consejo de Estado, y agotado el Consejo sigue la Corte Celestial: allí lo habrán de fallar.

—Abuelito, ¿por qué no le limpiás las letras a esa máquina? La «a» parece una «o» y la «o» parece una «e».

No, no se las limpia: así confunden más.

Mula avezada a los tortuosos caminos de la Ley, mi abuelo no da un paso en falso. Si por casualidad mete la pata en un pantano y lo siente muy hondo, la saca al punto: afuera le quedan tres. Empezó su vida como barbero y peluquero, y de tanto oír hablar gente en su peluquería aprendió a conocer como nadie los recovecos del alma humana. Ahora es jurista. Papeleos, diligencias, procedimientos, formalidades, para él la vida es el proceso de nunca acabar. Proceso que se acabó, reo que se murió. Aunque no estudió en la Facultad de Derecho, ni mucho menos se graduó de abogado, de una cosa estoy convencido: si mi abuelo se le enfrenta en un pleito a mi papá se lo gana. Y es que mi papá es abogado de profesión: mi abuelo de vocación. En cuestiones jurídicas habla con la más asombrosa propiedad; cuando pronuncia «el Tribunal de lo Contencioso Administrativo» la boca se le hace agua, y a mí también.

—No, mi querido Nicolás —le está explicando ahora a su hermano—, la Ley tiene resquicios y cuarteaduras que hay que saber aprovechar.

Claro, me digo yo, y pienso en las paredes de mi casa; resquicios y cuarteaduras donde viven los alacranes: cuestión de hacerlos salir a picar: al juez.

Hay en el comedor de Santa Anita un reloj de péndulo coronado por un caballito blanco de marfil. Da las horas con una campanita que dice: ¡Tin! ¡Tan! ¡Tin! ¡Tan! Sí, Tin Tan, como el actor de cine cómico, ídolo de los camajanes, que tiene un yate veloz impulsado por motor de coca y marihuana. El reloj está en una pared, en otra hay un san Francisco de Asís dándoles limosna a los pobres (alcahuetiando); contra la otra está la nevera, y la cuarta pared está abierta para quien quiera mirar. Con el reloj atrás, mi abuelo se instala en un extremo de la larga mesa a escribir. Hora tras hora, con su voz cristalina, el reloj dice Tin Tan.

Como la abuela no quiere saber de sus memoriales porque anda ocupada en la cocina, el abuelo me los lee a mí, atento señor de diez años.

—¿Cómo te parece? —me pregunta al final con el gesto triunfal de un prestidigitador que se saca un conejo de la manga.

—Me parece muy bien, abuelo, los vas a joder.

Van y vienen los memoriales, los oficios, las requisitorias como pelotas de ping pong: ataca Nicolás y responde su sobrino, ataca su sobrino y responde Nicolás.

—Cuando yo crezca, abuelito, voy a ser abogado, y con vos y conmigo juntos nadie va a poder.

Los años con sus meses, los meses con sus días, los días con sus horas van pasando, y el pleito de Nicolás contra su sobrino o de su sobrino contra Nicolás sigue igual: empantanado; metieron las cuatro patas las dos mulas y ahora pugnan por salir. El expediente llega a las diez mil hojas y es un ovillo tan embrollado que no hay juez que lo logre desenredar. Si se encontrara al menos un cabo suelto... No, todos están atados formando nudo. Que siga entonces corriendo el tiempo ciego, repitiendo el claro nombre, obsesivo, de Tin Tan. ¿No se te hace, Bruja, que mi abuelo andaba algo chiflado? ¡A quién se le ocurre preguntarle a un niño cómo le suena un memorial!

El pueblo, que es una puta, después de lambisconearle cuatro años al

dictador, para no trabajar lo tumbó: se le cruzaron de brazos una semana y el Teniente General Jefe Supremo se tuvo que marchar. En el avión que lo llevaba al exilio, a España, refugio de tiranuelos, desayunó huevos con tocino, pan, jugo de naranja y café. Fue lo último que supimos de él.

Caído el usurpador Colombia volvió a la legalidad y mi padre a la prosperidad. Atando cabos con su pasado, fue a dar de nuevo al torrentoso río de la política de donde el pueblo, lúcido y soberano, que siempre acierta, que elige bien, en las primeras elecciones libres lo sacó a flote eligiéndolo senador. Tras la ruina de su periódico El Poder, había pasado el infeliz los últimos tiempos de la dictadura ejerciendo su profesión de abogado, que detestaba. En azarosos camiones de escalera, iba de pueblo en pueblo por Antioquia sacando presos de las cárceles, asesinos con diez o veinte muertos en su conciencia que de nuevo afuera, en la calle, tornaban a dedicarse al control de la población. Sin duda era esta labor cívica la que los movía a querer salir pues las cárceles de Antioquia son idílicas: casonas pueblerinas de dos pisos de tapia con barandal, y un aguacate frondoso en medio del patio. Alguna conocí. Desde el patio se divisaba el campanario de la parroquia. Una bandada de loros guasones cruzó por entre las campanas y vino a aterrizar en las verdes ramas del árbol, a confundirme la vista, a hacerme creer que no eran loros sino aguacates.

Asesino sacado de la cárcel, asesino que no paga. ¡Y quién le cobra! Aún hoy no sé qué milagros hacía entonces mi padre para pagar día tras día, año tras año, los costados de salchichas que consumían sus hijos. Un sábado en la mañana, ya elegido senador, viajaba en uno de esos camiones de escalera a uno de esos pueblos criminales de Antioquia a liquidar su último pleito, cuando al llegar al alto de Minas y emprender la bajada el camión se desbarrancó.

He aquí proyectada en ralenti, para ver mejor, la vertiginosa sucesión de los hechos, que filmaron desde la corte celestial: primero el camión llega al alto e inicia el descenso; luego salta una chispa y se incendia el motor; luego salta el chofer a la carretera asustado; luego salta mi padre; luego salta el camión: al abismo. Con medio centenar de pasajeros, cuatro gallinas y un marrano, sin frenos ni control, se fue pendiente abajo, y saliéndose de la carretera, dando tumbos, dejando tras de sí por entre los matorrales un rastro de fuego y muerte, cayó rumbo a los profundos infiernos. El chofer culpable huyó y mi padre, siguiendo las huellas de la destrucción, bajó por la montaña a contar cadáveres: uno, dos, tres, cuatro, cinco, diez... desparramados. Alcanzó a sacar a un viejo que se quemaba debajo de una llanta con su carriel y ochenta y cinco años bien vividos: si le salvó uno no le salvó dos. Las llamas, que avanzaban en tanto por la maleza, le abrasaban el maletín con

el expediente del último pleito. De esa barranca salió mi padre para el Senado.

El Senado de Colombia tiene las alfombras raídas. Se lo digo yo que lo visité incontables veces acompañando a mi padre, padre además de la patria. Tiene las alfombras raídas pues el país es tan pobre que no se las puede renovar. Y las cortinas se las comió un sol antediluviano; el astro rey las ha quemado a tramos dándoles un toque de distinción. Por las quemazones se cuele el viento, que barre la plaza de Bolívar, y algún ruido asordinado del exterior: el pregón, por ejemplo, de un vendedor de periódicos que se desgañita, como si fuera una novedad: «¡Cinematográfico asalto al banco de Caldas! ¡Cuatro atracadores vivos! ¡Cinco policías muertos!», o un chirrido de llantas atropellando a un peatón. Afuera Colombia roba y mata, adentro se hace la Ley. Lo uno es consecuencia de lo otro, es el eco.

Todo lo han legislado, todo lo han gravado, todo lo han inmovilizado. No se mueve la hoja de un árbol ni sopla el viento en Colombia sin pagar un impuesto que regula una ley. La ley es para tranquilizarles la conciencia a los del Congreso, que creen que están trabajando; el impuesto es para sostener algún burócrata, que se rasca la panza inflada tras de su escritorio, mientras con indolencia altanera les impide al árbol y al viento volver a moverse y soplar.

Con un millón menos de leyes, con un millón menos de impuestos, con un millón menos de cagatintas groseros acaso los comunes mortales, los que vivimos fuera del presupuesto, volviéramos a animarnos y a ganar con qué comprarle un par de alfombras persas al ladrón de Bagdad: una para el Senado para que no pase vergüenzas; otra para nosotros, para poder volar. En tanto, siguen el Senado y su Cámara adjunta dictando leyes, con la perseverancia de una máquina española de hacer churros, y nosotros viviendo una realidad de película: desquitándoles por un lado a los impuestos, por el otro a las balas perdidas de un atraco o a la furia de un chofer. Porque en esta tierra mía de fracaso acumulado se maneja así: se ve a un peatón cruzando la calle y se acelera a ver si se le alcanza a dar, como a conejo encandilado en noche oscura y ebria de carretera.

—¡Quitate hijueputa! —le grita desde el carro el chofer, y se quita o muere.

Por esos pasillos de alfombras raídas del Senado, corazón de la patria, entre la infinidad de desocupados que día a día se colaban a pedirles empleo a los políticos (más puestos públicos para impedir volar), vi desfilar unos cuantos personajes que como el lejano compañero de campañas de mi padre, también habrían de sentar sus ambiciosas nalgas en el solio de Bolívar. De uno de ellos,

conservador, mi padre fue ministro; de otro, liberal, fue su adversario durante el interminable debate que por noches y más noches revolcó al Congreso, hasta acabar aprobando la reforma agraria, ley infame por la cual se les quitaba la tierra a sus legítimos dueños y se repartía entre los campesinos, marrulleros cuanto criminales y perezosos.

Abanderado del demagógico proyecto (al que se oponía, por supuesto mi padre, justo y sensato), era un hombrecito bajito, Carlos Lleras, cuyo trasero no se levantaba más de unos escasos centímetros del piso si bien su espíritu volaba alto, ennegrecido de odio a los conservadores. Años atrás, como jefe del liberalismo, les había prohibido a sus copartidarios dirigirnos la palabra. ¿Se imaginan ustedes a Colombia partida en dos por la raya del silencio? ¿Como cuando nos peleamos con el abuelo y dividimos a Santa Anita con una tiza? A la derecha de Dios padre se me hacen los conservadores; a la izquierda de Satanás los liberales...

Ya en el poder Carlos Lleras —esto es, durante su mandato—, mi hermano Aníbal, en compañía de un pícaro, emprendió una expedición a la Guajira y a la Sierra Nevada de Santa Marta, Costa Atlántica colombiana, en busca del pigmeo americano, de cuya existencia dizque había hablado Paul Rivet. El pícaro, Adolfo, pálido y esmirriado y de un asombroso poder de simulación, acababa de estar en Chile, país de estafadores donde estafó a todo el mundo. Se instaló para empezar en el mejor hotel de Santiago a comer caviar y a beber champaña, cosas que en absoluto le gustaban, acostumbrado él a los míseros frijoles y a la mazamorra, pero que su importantísima posición de personaje internacional le obligaba a consumir a mañana, tarde y noche. Del hotel salía a un teléfono público a llamarse a sí mismo, y como por supuesto no estaba, fingiendo una voz de secretaria se dejaba recados:

—Dígale a su excelencia el embajador colombiano que se comunique de urgencia con el intendente de la provincia de Aconcagua.

En la tarde le hablaba el alcalde de Valparaíso, y horas después le dejaban recados de la Corte de Apelaciones de Antofagasta, o de la Cámara del Acero Internacional, que no existe. Para las llamadas internacionales tenía un timbre y una voz lejana que sonaban a larga distancia. Así se hablaba desde Nueva York, desde París, desde Pekín, desde la Patagonia misma (que al final de cuentas ya le quedaba cerca). Que lo necesitaban ipso facto, que su presencia era indispensable, que el mundo no podía vivir sin él... Pero si las llamadas que recibía las hacía en el parque cercano, desde un teléfono público, las internacionales a sus amigos las hacía desde su cama, desde su propio cuarto del hotel:

—Comuníqueme señorita, pagando aquí, con el señor antropólogo Aníbal tal, en Medellín, Colombia.

Y hablaba con mi hermano dos horas. Llegó hasta hablar a Shangai, para probarse su seguridad. Cumplida una quincena de estancia en el hotel, cuando le presentaron la kilométrica cuenta, plácidamente dijo:

—En diez minutos paso por la administración a pagarla.

Pasó, en efecto, por la administración, pero de largo: saludó con la cortesía habitual, y al botones que le abrió la gran puerta de salida le dejó de propina una profunda inclinación de cabeza; y abandonando en el cuarto su maleta vieja con unos calcetines sucios, salió a la calle y se fue. ¿Dónde estará?

Autograduados ambos de antropólogos, andaba Adolfo con mi hermano Aníbal camino de la Sierra Nevada y la Guajira, rumbo a la Gloria. En las inmediaciones de la Guajira, península semidesértica de contrabandistas y traficantes de droga donde como única ley rige el revólver, la Sierra Nevada es un inmenso sembradío de marihuana que se levanta en punta hacia las nieves eternas y el cielo azul. Del cielo azul le llueve una bendición rica en alcaloides, que expedidos en las más ingeniosas formas van a competir con los rayos láser en los templos frenéticos de Nueva York.

A lomo de mula avanzando por el basurero marciano de la Guajira, arenales cubiertos de botes vacíos de cervezas holandesas y alemanas, pilas gastadas de transistor con el gato de las siete vidas, bultos de cocaína sin embarcar, cornamentas de reses calcinadas por el sol, llegaron los dos sabios a las estribaciones de la sierra. El transmisor de radio que llevaban para comunicarse con Bogotá entonces se silenció: la expedición se había perdido. Y los dos anónimos aventureros, a medida que transcurrían los días y los días de suspenso, extraviados en la vastedad de la sierra, fueron pasando de las páginas interiores de los periódicos a la primera plana, y sus nombres otrora desconocidos, cual nuevos Livingstones y Stanleys, fueron creciendo en las letras de los titulares hasta desbordarse de la página impresa. «¡Se tragan las nieves eternas de la sierra a los antropólogos exploradores!» Diez días después del último contacto con la civilización volvió a hablar el transmisor:

—Estamos vivos. Emprendemos regreso mundo exterior. Llevamos prueba fehaciente hipótesis Rivet verdad científica. Llevamos pigmeo.

Y en un avión de la Fuerza Aérea Colombiana, esperados por un enjambre de reporteros de los diarios capitalinos, aterrizaron un viernes histórico con el pigmeo en la altiplanicie de Bogotá.

Ardiendo en ansias por conocer el espécimen que traían, el día mismo de su llegada fui a visitarlos al hotelito donde se hospedaron: lo tenían guardado celosamente en el baño, empeñados en sustraerlo de la pública curiosidad hasta que llegara el gran momento de la revelación. A mí, como concesión especialísima dado el lazo de la sangre con mi hermano, como un anticipo fugaz, por un instante me lo permitieron ver. Le hablaban ellos en un dialecto del bantú africano, y contestaba el pigmeo con monosílabos o con un entrecortado español. ¿Que cómo se dice yuca en su antigua lengua?

—Uk.

La yuca en el protobantú se dice uk.

—¿Y cómo se dice matrimonio?

—¿Matrimonio? Pigmeo no saber.

—¡Claro! —replicaba al punto Aníbal—, no existía el matrimonio entre los primigenios bantúes, y por lo tanto tampoco el divorcio ni los vocablos correspondientes: con menos palabras se las arreglaba el hombre de los comienzos mejor.

¿Y cómo se decía plátano verde en su sagrada lengua?

—Suk.

Se decía suk.

Y de los nombres del plátano y la yuca deducían Adolfo y mi hermano que los pigmeos de la Sierra Nevada habían llegado a nuestro continente cuando aún no se levantaban las pirámides de Egipto ni hacía estragos el diluvio universal. La separación entre el protobantú detenido americano y el bantú evolucionado de África era tanta como la que va del pitecantropus erectus a ti y a mí. De aquí que el pigmeo guajiro o sierranevadense apenas si les entendiera a los dos sabios. Por cada palabra que su flamante pigmeo no entendía, había que calcular, según Aníbal, medio milenio de separación... Cronolingüística elemental, mi querido Watson. La antropología americana toda, enterita, quedaba de la suerte puesta de

cabezas. Los grandes hallazgos siempre son así: parecen en un principio simples casos particulares, pero la penetración intuitiva del investigador de genio acaba por descubrir en ellos espectaculares revelaciones, de un valor general. Yo, con la boca abierta, dejaba vagar mis ojos por la estancia vacíos de concretidad, cuando he aquí que se cruzaron con los del pigmeo, quien desde su maraña mental prehistórica me estudiaba con la marrullería de un campesino colombiano actual. Y comprendí en el acto que el pigmeo que traía mi hermano de la Guajira era un solemne cabrón.

Los hechos posteriores habrían de probar el acierto de mi impresión inicial. A escasos dos días para el gran encuentro con la ciencia colombiana en el aula máxima de la Universidad Javeriana, el pigmeo empezó a chantajear:

—Pigmeo querer radio transistor, oír BBC de Londres.

Sí, sí le iban a dar el transistor, pero una vez que pasara la conferencia.

—No; antes. Pigmeo no dar conferencia de prensa si no tener antes radio transistor.

No era una conferencia de prensa: ésa fue la que tuvieron la víspera; se trataba ahora de una disertación.

—Pigmeo no dar entonces disertación.

No la iba a dar él, la iban a dar los dos sabios. A él sólo lo querían de prueba.

—Pigmeo no ser prueba de nadie. Primero radio transistor.

Los obligó a ir a conseguirle un transistor de fayuca en el contrabandista barrio de San Andresito.

—No, ése no —dijo el pigmeo al verlo—. Pigmeo querer transistor de nueve bandas.

Cambiado el transistor barato por uno de nueve bandas, a regañadientes aceptó el pigmeo acompañarlos al solemne encuentro con la ciencia. Lo ataviaron con sus plumas, orejeras y taparrabos, lo pintarrajearon con colorete y hollín, y en un taxi se lo llevaron a la Javeriana. En el aula máxima, ante el Instituto de Comunidades Indígenas, el Museo del Hombre, la Facultad de Antropología y la

Universidad en pleno Aníbal y Adolfo sustentaron su disertación. El pigmeo, aleccionado para no hablar español, a las insinuaciones de sus descubridores, en incomprendible bantú contestaba con monosílabos y gruñidos, vívida muestra de su antigua lengua, que los dos sabios traducían con fluidez al idioma de Cervantes. ¡La prueba del origen africano del hombre americano estaba allí! ¡A quitarse el sombrero mis señores!

Regresaron al hotel con el pigmeo en un estado de delirante excitación: se había enamorado el condenado, hombre al fin pese a su pequeña estatura, de una de las estudiantes de la Facultad de Antropología, rubia, de rotundas piernas y minifalda. Para dos días después había sido concedida la audiencia con el presidente Lleras en el Palacio de San Carlos, pero el pigmeo, una vez más, se rebeló.

—Pigmeo querer hacer amor con muchacha rubia.

Y era imposible hacerle entender que la estudiante rubia de la Javeriana por nada del mundo iba a aceptar venir al hotel.

—Entonces pigmeo no ir tampoco Palacio de San Carlos.

Hubieron de resignarse en consecuencia los dos sufridos antropólogos a buscarle al pigmeo una puta y pintársela de rubio, para darle al desgraciado la ilusión de que tenía entre los brazos a la estudiante de las hermosas piernas javerianas. Tras de contrabandistas, los ponía el marrullero a hacer de celestinas. La mañana misma de la audiencia con el presidente, al despertarse simple y tajantemente declaró:

—Pigmeo hoy no querer rubia. Querer morena, o mandar presidente al carajo.

Y a conseguirle una morena de carrera, al precio que fuera.

De la presidencia les mandaron un reluciente automóvil negro, que estacionó frente al hotel. Salieron los dos sabios a la calle con su prodigio, y abriéndose paso entre la curiosidad callejera subieron al automóvil. Al Palacio de San Carlos entraron como Pedro por su casa, sin antesalas, sin un minuto de espera, y escoltados por la guardia presidencial avanzaron por salones y pasillos de mullidas alfombras que se tragaban sus pasos. En la sala de audiencias los esperaba el presidente. Se abrió una puerta y pasaron ellos; se abrió otra y se precipitaron los reporteros. Los sabios, con su pigmeo ataviado de plumas y

pintarrajeado de mil colores, como el papagayo que llevaba cargado al hombro Colón al presentarse ante los Reyes Católicos al retorno de su primer viaje a América; los reporteros, cámara en mano. Mas he aquí que el Jefe de Información y Prensa de Palacio se interpone a gritos:

—¡Fotos no, fotos no!

Tal era el tono de su desesperación, que se diría que los reporteros en vez de flashes, como indios del Amazonas iban a disparar con cerbatanas sus dardos envenenados de curare. «¡Fotos no, fotos no!» gritaba el desdichado, pero ya todo era en vano. Relampaguearon los flashes por los cuatro puntos cardinales, y al día siguiente veía yo a mi hermano retratado en la primera plana de los periódicos, con su pigmeo y Adolfo y el presidente Lleras, sonrientes. Descontando la gruesa suela de sus zapatos, el presidente era un par de centímetros más bajo que el pigmeo.

A este país mío de ladrones un día le dio por asaltar bancos, y lo hizo a cabalidad: un banco asaltado en promedio cada veinticuatro horas, cada vuelta obstinada del sol.

—¡Manos arriba, partida de hijueputas! —gritaban los atracadores encañonando a todo el mundo—. ¡Al que se mueva le volamos la cabeza!

Y hacían tenderse en el suelo a las pobres viudas y ancinos jubilados que iban a retirar sus ahorros para invertirlos en las corporaciones de vivienda. Los dueños de las corporaciones a su vez, cuando reunían dos o tres milloncitos de los ahorradores, salvados de un asalto, se esfumaban dejando cuatro miserables casas a medio construir y un gentío haciendo cola en la calle, esperando frente a una taquilla cerrada a que les devolviera su dinero Dios Padre Nuestro Señor.

Tendida la clientela del banco en el suelo, los asaltantes procedían a hacerle abrir la caja fuerte al gerente, y en talegos de harina se embolsaban lo que encontraban. Disparando a la salida, mandaban al más allá a algún empleado o cliente, de pasada, por joder, para que tuvieran más qué contar los sobrevivientes. Ya en la calle se montaban en su taxi, ¡y ojos que te volvieron a ver!

Lo del taxi, para quien es forastero, requiere una explicación: no es que el taxista haga parte del asalto, aunque también él es atracador (atraca a sus pasajeros por las buenas, tras de mucha plática, o por las malas con una varilla de hierro), pero en esta ocasión va al asalto contra su voluntad, embaulado en su taxi. Como

quien dice, de atracador ha pasado a atracado, y voy a explicar cómo fue. Recoge en algún lado a un pasajero, quien dos cuadras adelante resulta como él, atracador.

—Pará en la esquina de adelante, hijueputa, o te vas a morir —ordena el colega.

Y ante el frío cañón de un revólver contra la nuca el taxista tiene que obedecer. Para el taxi en la esquina y sube el resto de la pandilla. Al taxista lo meten en el compartimiento de atrás como equipaje, esto es, lo embaúlan, junto a la llanta de refacción y el gato, ¡y al asalto! ¿Y por qué, preguntará usted, no dejan al taxista simplemente en la calle? ¡Ah no! Porque por un teléfono público da aviso inmediato a la policía, porque no deja trabajar. Además un taxista embaulado da cierta seguridad: si en la persecución una patrulla dispara le puede dar, atravesando la lata, y del trabajo en curso, al menos, el gran bandido es inocente.

Pero ¡ay!, es tal este país mío que ni a los atracadores los deja progresar. Cada vez que ocurría un asalto sonaba en Medellín una sirena, Uuuuuu... Uuuuuu..., como de un inmenso tren, y se paralizaba la ciudad. Todo chofer detenía su coche, se bajaba a la calle y abría el baúl trasero. Así el único carro que seguía andando era el taxi del asalto, y en la autopista Norte o en la autopista Sur lo interceptaban. Con una andanada de balas lo hacían ir a desbarrancarse al río Medellín, de aguas turbias, sin peces, de alcantarilla.

Así echaron a perder también esa modesta fuente de trabajo de los asaltos, y el país, forzado por las circunstancias, se tuvo que entregar a secuestrar. Sólo que las familias de los secuestrados no pagaban el rescate:

—Mi papá dejó dicho, señor secuestrador, que ni un centavo; que se encargaran ustedes de darle de comer.

A nuevo mal nuevo remedio. Muertos los primeros secuestrados se vio claro que el prometedor negocio tampoco servía. En Colombia nada sirve. ¡Con semejante falta de solidaridad!

Yo, discípulo del sempiterno candidato a la presidencia doctor Goyeneche, discípulo a su vez del sabio español Pero Grullo, tengo para Colombia y su infinidad de males una expedita solución: que dejen atracar. Los atracadores se irán a gastar el dinero de su atraco a un cabaret; el dueño del cabaret se comprará un carro; la fábrica de carros venderá más; y al vender más empleará más obreros; y al haber más obreros habrá menos desempleo; y al acabarse el desempleo se

acabarán los atracadores y los secuestros y los robos y los asaltos, y sonreirá la gente, e irán todos a la universidad, y acaso a este servidor le den un puesto, aunque sea de limpiador de oficinas, y al final del año habrá ahorrado con qué comprarse su alfombra persa, para poder volar.

Pero no, no dejan atracar ni dejan nada, y Colombia entera se ha paralizado. Años lleva de mal genio, con el mal de Parkinson. Ayer la sacudió un temblor de tierra mañanero y le tumbó media docena de iglesias: techos de iglesias que les cayeron a los feligreses encima, paralizados por el desempleo y el terror. ¿Por qué en Colombia el cielo sólo castiga a quienes le rezan? A los que estábamos bebiendo trasnochados, en la cantina, nada nos pasó...

En tanto tiembla la tierra, atraca el atracador y se rasca el burócrata la barriga, fume Pielroja, su fama vuela de boca en boca. Los cigarrillos Pielroja, de la Compañía Colombiana de Tabaco, con su humo tranquilizaban un tanto a la nación. Los Pielroja de mi infancia venían en un empaque de papel mate, con la cabeza del indio, roja y de plumas rojas. ¡Cuánto daría hoy por una sola de esas cajetillas, de las que se hicieron millones! Pero tan comunes fueron que no se conserva ni una. Es la gran paradoja, cuyo sentido profundo aún no captan los arqueólogos, de que cuanto más hay de una cosa menos queda.

Ha anochecido. Dejando a la abuela y al abuelo en Santa Anita hemos salido a la carretera a ver pesebres. Es la última noche de la novena y mañana será navidad. El cielo se cubrirá de globos y estallarán por millares los voladores; vendrá el Niño Jesús con sus regalos y no habrá noche más hermosa para mí. En tanto, voy ahora con mis padres, con mis tíos, con mis primos, con mis hermanos, y el viento mismo que sopla trae la felicidad. Está en la noche, está en el aire, está en la sombra, se ve, se siente, se respira. Ya pasamos la finca San Rafael y caminamos rumbo a Palenque y Sabaneta. Antes de Sabaneta, a la izquierda, en las colinas verdes de una lejana montaña he visto ponerse el sol rojizo; ante el sol hay una finca encantada, San Francisco, donde Elenita trabajó como ama de llaves y donde el tiempo se ha detenido: palpita sólo en el crepúsculo. Antes de Sabaneta también, a la vera del camino, a la derecha, se encuentra un tenducho; allí paramos una vez con el abuelo, en su Hudson, a tomarnos cierto refresco embotellado que se llama vinol. Pero eso fue una tarde calurosa y ahora la noche es fresca. Desde el corredor de una casita campesina, horadando las tinieblas, me llama un foco de luz. Me separo al punto de los míos y corro hacia él. Entonces un desconocido temor me invade y quiero detenerme, volver atrás, pero una fuerza ciega mueve mis pasos. De súbito comprendo que la finca es un remanso: del torbellino del tiempo, en que he caído yo. Y el río impetuoso me arrastra hacia el futuro,

justamente adonde no quiero llegar. Solo, en el corredor de la casita campesina que alumbraba un foco, ante su ventana, tomadas mis manos de los barrotes van mis ojos hacia el interior, sintiendo que voy a encontrarme. Pero no, nada de eso; en vez de la temida revelación veo el pesebre: humilde, dulce, plácido. Ya han llegado los Reyes Magos a la pesebrera, y a lado y lado de la cuna aún vacía están San José y la Virgen, la mula y el buey. También están los pastores, cargando sus ovejas. Las casitas del pesebre las alumbran foquitos rojos, verdes, anaranjados, amarillos, azules... Un pez enorme se ha salido del lago de espejo y avanza al lado de unos arrieros por el camino de aserrín. Esta noche es la última de la novena, mañana vendrá el Niño Dios; mañana veinticuatro, a la media noche, a las doce, palpitante el cielo de estrellas y de globos, y del tronar de luces y chispas de los voladores... Se llenará entonces la cuna vacía y tendrá sentido que Melchor y Gaspar estén inclinados y Baltasar arrodillado, porque habrá nacido el Salvador. A mis espaldas suenan las risas de mis primos y mis hermanos, los comentarios. Dentro de poco habremos de regresar juntos, por el camino de la dicha, a la abuela, al abuelo, a Santa Anita. Yo volveré con ellos, desde la noche del odio.

Hoy ha amanecido el día azul. Hondo, puro, translúcido, sin una nube. En el corredor delantero Elenita está regando las macetas; en el posterior papi, Lía, Ovidio, mis otros tíos, la abuela y el abuelo hacen en grandes pailas la natilla y los buñuelos, que en Antioquia no faltan en navidad. En torno a la paila mis primos, mis hermanos, infinidad de niños revolotean como chapolas alrededor de una llama. A Santa Anita la inunda un mar inmenso de luz. Me he ido al corredor delantero a consolar a Elenita que llora porque está sola, empeñada en no entender que me tiene a mí. Entonces miro al cielo y veo el globo cayendo. Es un globo rojo de dieciséis pliegos que cae encendido. Ha salvado la palma, ha salvado el carbonero, y volando sobre el túmulo de piedras donde vigila la serpiente pasa por sobre la ilusión de piscina que quiso hacer mi abuelo. Irá a caer en la proximidad del limonero... Y me precipito hacia él.

Veinte chinchas surgen por el conjuro mágico del Diablo de las entrañas de la tierra. Pero surge también Capitán, que es mi amigo, ladrando, enfurecido, y el segundo hijo de Valerio el mayordomo: Hernando, con un garrote, escarmentador de cabezas. Y la furia del perro y el garrote, blandido en círculos enceguedos dispersan a los chinchas, mientras el globo viene cayendo hacia mí con la candileja aún prendida, cayendo, cayendo, don de Dios del cielo azul, viniendo dulcemente a mis manos. Lo recibí como quien logra un prodigio ensayado muchos años, y soplé: la llama moribunda se apagó.

En la tarde lo elevamos: con la ayuda de todos frente al corredor delantero

lo elevé. De las ocho puntas sostenían ellos: papi, Lía, Elenita, el abuelo, la abuela, mis hermanos. Yo, de rodillas en el piso, encendí la candileja; el humo negro lo fue inflando, dilatando, y cuando empezó a tirar, ávido de inmensidades, soltaron todos de las puntas y entonces me levanté, y solo lo fui guiando, lo fui llevando hacia un espacio despejado donde no fuera a enredarse en los penachos de las palmas ni en los ramajes de los árboles, y despidiéndolo con un impulso de adiós lo dejé partir. Se fue yendo hacia lo alto, rumbo a la vastedad azul sin límites, rojo él y palpitando, encendido su rojo corazón.

© 1985, Fernando Vallejo

© 2003, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

© De esta edición:

2012, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Cra. 11 A No. 98 – 50 Oficina 501

Teléfono (571) 705 77 77

Bogotá, Colombia

www.alfaguara.com/co